

Revista editorial de fantasía, terror y ciencia ficción

VALINOR

06 / SEPTIEMBRE DE 2014



Guillem S.F.

Noticias • Relatos • Entrevistas • Poesía • Ilustración

CADA DÍA 13 ENCUÉTRANOS EN WWW.EDITORIALVALINOR.COM

16+

Valinor. Revista Editorial.

Ilustración de portada: Cecilia Gf.

Equipo de la Revista Valinor:

Jessica Tornos. Redacción, prensa.

Myriam Crespo. Redacción, ilustración.

Violeta Moreno. Redacción.

Diego Bober. Dirección, redacción, ilustración, maquetación, diseño gráfico.

Contacto:

Correo de la revista: revista@editorialvalinor.com

Correo de la editorial: info@editorialvalinor.com

www.editorialvalinor.com



Revista Valinor by Editorial Valinor is licensed under a Creative Commons International License.

No se permite el uso comercial de la revista.

Queda prohibida la modificación de la revista y su contenido.

Todos los derechos de los textos e imágenes pertenecen a sus autores, en caso de ser citados deberá ser mencionada siempre su autoría.

VALINOR

Editorial

Muchas novedades trae el nuevo curso. Y también muchas sorpresas.

La principal y más llamativa es el nacimiento de la «Hermandad del Cisne», a la que hemos dedicado las páginas de nuestro artículo a fin de explicaros al detalle en qué consiste y presentar nuestro nuevo foro. Dados los numerosos comentarios que nos llegan a través de las redes y la web y viendo las ganas de participar que demostráis día a día, el 17 de septiembre verá la luz el Foro de Valinor. ¡Estad atentos! Esperamos veros a todos por allí a partir del miércoles.

En cuanto a los contenidos de este mes, como podréis ver, cabe destacar el relato de Julio M. Freixa que, saliéndose de los cánones habituales de extensión que publicamos, viene a traernos el misterio a las páginas de Valinor con una aventura que no debéis dejar pasar. También traemos nuevas aventuras de Garcan, que parece que ha venido para quedarse, una nueva tira de Otto y una gran variedad de relatos entre los cuales incorporamos por primera vez un *survival horror*.

Como veis, nuestro sumario engorda cada vez más. Las colaboraciones que nos llegan desde ambos lados del océano que nos une

son numerosas, y somos conscientes de que, a veces, este entusiasmo masivo nos obliga a tardar un poco en contestar los correos, así como también a tener que aplazar la publicación de los relatos hasta meses posteriores.

Esto quiere decir que se van llenando meses y meses con vuestras obras, con vuestras creaciones e ilusiones.

Poco a poco estamos formando una comunidad imaginativa y de brillante colaboración. Esperamos que sea por muchos años y que dé frutos para todos. Como siempre, nunca podremos estar lo suficientemente agradecidos a todos, lectores y colaboradores, por vuestra participación.

Y ahora, sin más, ¡disfrutad de la revista!

El equipo de Editorial Valinor

¿Quieres ser publicado en nuestra revista?

Envíanos tus relatos cortos, noticias, anuncios, artículos, poemas, microrrelatos, fotografías o ilustraciones a:
revista@editorialvalinor.com

COLABORACIONES

Para este viaje hemos contado con la ayuda de:

G. Escribano, escritor.

Cecilia Gf, ilustradora.

Julio M. Freixa, escritor.

Arthur Charlan, escritor.

Dennis Mourdoch Morán, escritor.

Ferrán Vega Villanueva, escritor.

Isabel Cisneros, escritora.

Géraldine de Janelle, escritora.

Boebaert, ilustrador.

Jeremías Vergara, escritor.

GRACIAS A TODOS

V
a
l
i
n
o
r

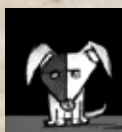


SUMARIO



Noticias

Breve repaso a la actualidad que nos interesa. **PAG. 6**



Otto

Tira cómica de Boebaert. **PAG. 66**



Valinor te necesita

Mensaje del Equipo Editorial. **PAG. 8**



El camino a casa, crepúsculo

Un poema de Jeremías Vergara. **PAG. 67**



El Castillo de Cachtice

Juego de la Hermandad del Cisne. **PAG. 11**



Garcan y la profecía del elegido

Relato de fantasía épica por G. Escribano. **PAG. 14**



Imaginarium

Cecilia Gf, ilustración. **PAG. 19**



Tierra Quebrada

Entrevista a Nunn y Aven. **PAG. 24**



El Jinete Onírico

Relato de horror y misterio por Julio M. Freixa. **PAG. 28**



Titán

Relato de ciencia ficción por Arthur Charlan. **PAG. 44**



Tres Jefes

Relato de fantasía épica por Dennis Mourdoch Morán. **PAG. 49**



Cuando estemos listos

Relato survival horror por Ferrán Vega Villanueva. **PAG. 52**



Eddan y Kiri, la bruja

Serie de relatos de aventuras por Isabel Cisneros. **PAG. 58**



Christall, la niebla

Serie de relatos de terror y aventuras por Géraldine de Janelle. **PAG. 63**

Noticias

Barcelona acogerá la Eurocon 2016

La convención más importante de literatura de género tendrá lugar del 4 al 6 de noviembre y contará con la presencia de Andrzej Sapkowski, Richard Morgan, Aliette de Bodard o Enrique Corominas entre otros autores.



La Eurocon, mayor convención de literatura de género a nivel europeo que se viene celebrando anualmente desde 1972, tendrá lugar los días 4, 5 y 6 de noviembre de 2016 en Barcelona, ciudad ganadora de la votación que ha tenido lugar en la Shamrokon, la Eurocon 2014, que este año se celebra en Dublín.

Los organizadores serán Pep Burillo, profesor de matemáticas de la Universitat Politècnica de Catalunya; Alejo Cuervo, propietario de la editorial y de la librería Gigamesh; Cristina Macià, traductora y coorganizadora de la Semana Negra de Gijón y del festival Celsius 232; el escritor Ian Watson; la diseñadora Ana Díaz Eiriz y los coorganizadores de la Hispacon 2014 Oskar Arias, Lupe Lorenzana, Raquel Lozano Álvarez, Ismael Ávalos Pérez y Miquel Codony.

Entre los asistentes confirmados, la convención ya cuenta como invitados de honor a los autores Andrzej Sapkowski, Richard Morgan y Aliette de Bodard, el editor jefe de SF Portal Jun Miyazaki y el ilustrador Enrique Corominas. La convención también contará con la presencia de la European Science Fiction Society, encargada de entregar anualmente los ESFS Awards.

Los interesados en inscribirse en el evento ya pueden hacerlo a un precio especial de 25 €, mediante PayPal y solo hasta el próximo 31 de agosto en la [página web](#) de la convención.

“A Good Marriage” supone la vuelta de Stephen King al cine



Se trata de una adaptación de un relato corto del mismo título aparecido en su colección “Full Moon no Stars” que el escritor lanzó en el 2010.

Hacia tiempo que no veíamos películas basadas en relatos de Stephen King, especialmente si comparamos el aluvión de films que proliferaron en los ochenta y noventa. A la espera que se concrete tanto “The Dark Tower” o “It”, ya ha aparecido el tráiler de “A Good Marriage”, adaptación de un relato corto suyo del mismo título aparecido en su colección Full Moon no Stars que el escritor lanzó en el 2010.

King además es el responsable de adaptar su propia obra, mientras que la dirección del film corre a cargo de Peter Askin “Company Man”.

“A Good Marriage” nos muestra la vida de una pareja aparentemente feliz y perfecta, con más de veinte años de matrimonio, mientras su esposo está en un viaje de negocios, Darcy Anderson descubre como este tiene un lado extraño y horrible que nunca había sospechado descubriendo que podría ser un asesino en serie. La película está interpretada por Theo Stockman, Joan Allen, Anthony LaPaglia, Stephen Lang, Kristen Connolly, Kris Lundberg y Brady Bryson.

Su estreno en los Estados Unidos se espera para el próximo 3 de octubre.

Noticias



El juego de rol de ciencia ficción Walküre ya está disponible para su descarga gratuita

El juego consiguió recaudar más de 22.000 euros de los 13.000 que eran necesarios en un principio para su publicación.

Walküre, el juego de rol de ciencia ficción de ambientación bélica con más éxito de los últimos años, acaba de ser liberado gratuitamente en digital por parte de sus responsables. Walküre comenzó como un proyecto de financiación colectiva en la página web española Verkami y consiguió recaudar más de 22.000 euros de los 13.000 que eran necesarios en un principio para su publicación y distribución.

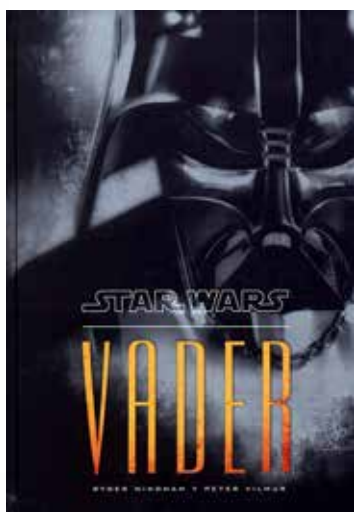
Walküre se trata de un juego de rol de ambientación bélica situado cronológicamente después de la Segunda Guerra Mundial y con la premisa de que los nazis no perdieron y siguen siendo potencia mundial. Comunistas, capitalistas y nazis se lanzan a la carrera espacial en un trasfondo lleno de intrigas políticas, traiciones, espionaje, terrorismo y una carrera tecnológica con intenciones no demasiado éticas.

Con este comunicado de sus creadores, Walküre se libera para su descarga digital gratuita:

“Hace hoy 75 años, a las 04:48 horas del 1 de Septiembre de 1939, los cañones del acorazado alemán Schleswig-Holstein lanzaron ocho granadas sobre el sector sudeste de la península de Westerplatte, concretamente sobre las posiciones polacas en la zona, primera línea de defensa del puerto y la ciudad de Danzing, previamente al asalto de la infantería. Esta fue la primera operación planeada por los nazis dentro del Fall Weiss, la invasión de Polonia. Había comenzado la Segunda Guerra Mundial.

Conmemorando esta importante efeméride, hoy liberamos el PDF de nuestro juego Walküre, su última versión con erratas corregidas, para que todo el mundo pueda disfrutar del mismo.”

Podéis descargaros el PDF a través de [este enlace](#).



Vader (Star Wars)

La biografía definitiva del malo por excelencia de la ciencia ficción.

La biografía completa de Darth Vader nos cuenta todos los secretos y anécdotas relacionados con el Señor Oscuro, desde su gestación y diseño por parte de George Lucas y su equipo de guionistas. Profusamente ilustrado con fotografías en color de gran tamaño, bocetos y todo tipo de ilustraciones relacionadas con Vader y Star Wars, el libro es un regalo perfecto para fans, nostálgicos y coleccionistas.

Peter Vilmur y Ryder Windham son expertos en Star Wars y han escrito distintos libros sobre la franquicia y sus personajes. También colaboran con la página web oficial StarWars.com

Autor; Ryder Windham y Peter Vilmur.

Editorial; Timun Mas Narrativa. Páginas; 184



Valinor te necesita

Mensaje del Equipo Editorial.

¿QUÉ QUEREMOS DE TI? TE QUEREMOS A TI

Uno de los fundamentos de nuestro equipo editorial es que somos grandes *fans* de la literatura de terror, fantasía y ciencia ficción. **Igual que vosotros, somos ante todo lectores**, personas corrientes que disfrutan leyendo y compartiendo esta afición con los demás.

A través de nuestra revista de descarga gratuita y nuestras redes sociales estamos teniendo la oportunidad de **concernos** y también de **compartir** entre todos grandes relatos, historias y puntos de interés. Estos medios son vehículos de acercamiento y colaboración entre todos nosotros. Tanto la editorial como la revista están formadas por un equipo humilde de personas como tú, y sabemos que tu afición por la lectura y la escritura es tan importante como nuestro trabajo editorial, pues **sin pasión por la lectura no habría libros, y sin sed de aventuras no existirían las historias**. Por eso te necesitamos. Por eso te queremos a ti. ¡Conecta con nuestras redes sociales si aún no lo has hecho y siéntete libre de participar! Porque...

TU OPINIÓN CUENTA, Y MUCHO

Desde que zarpamos hace ya seis meses os hemos escuchado para recoger vuestras opiniones, peticiones y reacciones. El nacimiento de Valinor tuvo muy buena acogida en las redes sociales, y el crecimiento de la interacción con vosotros está siendo tan notable como alentador.

Somos una **editorial pequeña** y eso tiene muchos inconvenientes, pero también muchas ventajas. Una de ellas es que no tenemos por qué tratar a la gente —ni a los escritores ni a los lectores— como clientes impersonales, sino que podemos verles como **amigos con los que charlar,**

debatir, aprender y, sobre todo, compartir tantas y tantas experiencias que nos dan los libros y los relatos, tanto de autores consagrados como de todos aquellos a los que les gusta escribir por mera afición.

Los comentarios y seguidores en *facebook* y *twitter* son muy altos en número y calidad, y en la propia web de la Editorial también crecen día a día de forma ilusionante.

Así que hemos decidido facilitar esta conexión **creando un foro que habilitaremos el día miércoles 17 de septiembre**, un lugar en el que poder compartir un espacio de encuentro, opinión y distensión con vosotros. **¡Únete a la aventura y forma parte de ella!**

¿QUÉ ES EL FORO DE VALINOR?

Dentro de nuestra página web podéis participar en el Foro de Valinor. En él tenéis las puertas abiertas a todo cuanto queráis deciros o decirnos entre vosotros. La intención es **habilitar un espacio distendido en el que personas con intereses comunes puedan charlar, compartir información, crear y divertirse**.

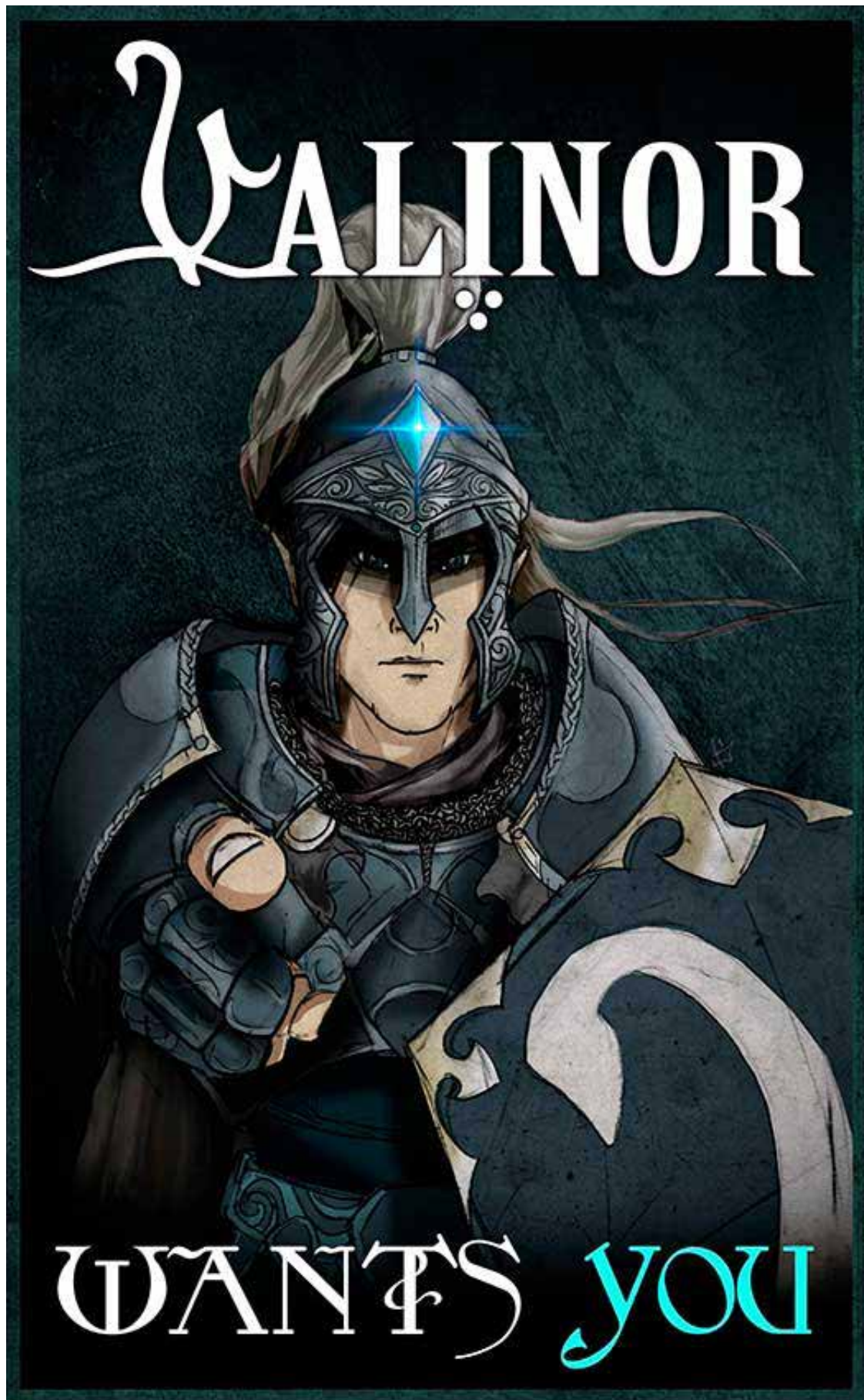
En el Foro de Valinor se tratarán tanto **temas editoriales** —publicaciones, actualidad literaria, los géneros de terror, fantasía, ciencia ficción— como también **asuntos distendidos** y ajenos a la literatura: **la música, el cine, el rol, los videojuegos** o cualquier tema de interés del que queráis conversar.

En él, además, **nos encontraréis a todo el equipo de Valinor** y constataréis que somos de carne y hueso... más o menos.

Pero si aún quieres más, entonces tienes que conocer...

VALINOR

WANTS YOU



LA HERMANDAD DEL CISNE

La Hermandad del Cisne es una comunidad dentro de la comunidad, un grupo de **seguidores premium** del que podréis formar parte para ser un tripulante más de nuestra nave de pleno derecho. Los miembros de La Hermandad del Cisne podrán acceder a un **apartado privado del foro** en el que compartiremos **información privilegiada**, adelantos exclusivos de las publicaciones y contenidos de las próximas revistas.

También habrá **concursos, juegos, regalos exclusivos, libros, ilustraciones**, etc. Y lo mejor de todo: **descuentos en vuestras futuras compras** a la editorial, tanto en *ebooks* como en *merchandising* y todas nuestras actividades presentes o futuras. Podrás proponer temas, artículos y relatos a publicar, dar tu opinión, apoyar o criticar nuestras publicaciones y líneas editoriales, sabiendo que tu voz será tenida en cuenta porque serás parte de nosotros. También te daremos un carnet muy guay. A cambio, te pedimos una donación de **3 euros anuales simbólicos**.

¿POR QUÉ TENGO QUE PAGAR ESOS 3 EUROS PARA FORMAR PARTE DE LA HERMANDAD DEL CISNE?

Pertenecer a la Hermandad del Cisne es opcional. No es necesario entrar en ella para disfrutar del resto del foro, de la revista ni de la web. Pero si te apetece enrolarte y pasar a ser parte de nuestro proyecto como **mecenas, teniendo voz y voto en la editorial, la revista y sus actividades**, realmente nos ayudarás mucho.

Como nueva editorial, asumimos nuestra humildad, y por pequeña que sea la colaboración nos supondrá un vital apoyo para despegar en cuanto a **gastos de mantenimiento, registros, compra de ISBN e inversiones** necesarias con las que debemos comenzar todos aquellos que queremos hacer las cosas de forma profesional, legal y digna y ofreceremos los servicios que os merecéis.

¿CÓMO PUEDO FORMAR PARTE DE LA HERMANDAD DEL CISNE?

Puedes ponerte en contacto con nosotros a través de nuestro e-mail: revista@editorialvalinor.com, también en nuestro *facebook* o *twitter*; pero sobre todo puedes acceder directamente desde el foro: [link](#).

Para empezar, todos los nuevos miembros de la Hermandad del Cisne podrán participar en el juego interactivo El castillo de Čachtice, una aventura de investigación y misterio disponible sólo para ellos.

La aventura comienza aquí, en las siguientes páginas de la revista, y continuará en el foro a partir del miércoles día 17 de septiembre. ¡Que la disfrutéis!

El castillo de Čachtice



Un juego interactivo del foro de Valinor para la Hermandad del Cisne

El relato que exponemos a continuación es el comienzo de una aventura de misterio que proponemos a nuestros amigos y miembros de la Hermandad del Cisne de la Editorial Valinor (explicada en el artículo anterior). En él os podréis sumergir en la historia de este extraño castillo. Una vez en la aventura podréis continuar la investigación en el foro de Valinor exclusivo de La Hermandad del Cisne a partir del miércoles 17 de septiembre.

Será divertido, adictivo y sencillo. Además, podrán participar los demás miembros del equipo de Valinor, que nada saben de esto y que se están enterando ahora por primera vez. ¡Sorpresa, compañeros!

Y sin más dilación... ¡Bienvenidos al castillo!

Un relámpago rojizo rasga el horizonte en la mortecina tarde. A lo lejos, las afiladas montañas del este reverberan con el trueno que rompe los cielos pocos segundos después. La lluvia comienza a caer, con una percusión progresiva, humedeciendo el camino de tierra que te ha sacado de la pequeña aldea rural en la que te hospedabas y que se adentra en los oscuros bosques de los Cárpatos.

En el sendero os aguarda un carruaje. Y es que no estás solo. A tu lado hay otros investigadores que, como tú, han sido convocados en este rincón salvaje de Europa. Algunos han estado en la casa de huéspedes contigo, les has visto junto a la chimenea o has cruzado alguna leve conversación con ellos, pero no dejan de ser completos desconocidos para ti, extranjero en las tierras húngaras del condado de Transilvania.

Has escuchado muchas leyendas y supersticiones. Sabes que en estos parajes hay tradiciones que pueden resultar incomprensibles y hasta ridículas para las mentes más occidentales, pero también has sentido en tu ánimo el profundo temblor que ha provocado ese trueno, y la visión del puntiagudo castillo, que se iluminó durante unos segundos a la luz del relámpago en las montañas, te ha inquietado sin razón.

—Adelante, damas y caballeros —dice con voz tenue y cansada el ojeroso cochero. Es un tipo de avanzada edad y enfermizamente ojeroso que

viste un atuendo oscuro, chaleco y negro sombrero desgastado por las lluvias—. La señora les aguarda.

—Y que el Señor nos guarde —murmura una joven mujer que está a tu lado.

Al volver la cabeza hacia tus acompañantes ves brillar la duda en sus miradas, pero decides acercarte al carruaje. Ayudándote en el asidero, accedes al interior y tomas asiento. Es bastante confortable a pesar del olor a rancio de las tapiicerías. Miras por la ventana y suspiras. ¿Quién te mandaría aceptar aquel encargo? Quizá tu esmerado amor por la justicia. Quizá la cuantiosa recompensa que se ofrece por resolver los crímenes. Cuando todos han subido, la puerta se cierra y crujen los ejes bajo las tablas negras del suelo del carruaje. Os ponéis en marcha.

Pronto la noche se cierra sobre los bosques y el camino se vuelve más peligroso. Al principio intentas distraerte mirando el paisaje de árboles acechantes, hasta que te das cuenta de que te incomoda aún más. Decides mantener la mirada fija en el suelo y guardar silencio hasta llegar al castillo. Con un poco de suerte alguien iniciará una conversación, y por banal y superficial que sea constituirá una ayuda contra el mal presentimiento que comienza a crecer en ti. Pero si tú guardas cautela, los demás parecen directamente estar asustados.

Silencio absoluto. Crujir de ejes. La lluvia golpea los cristales. Viento y truenos lejanos.

Tras un eterno e incómodo viaje, se escucha el sonido metálico de una puerta al abrirse y los cascos de los caballos entrando en el patio de suelo empedrado. Se detiene el carro, la puerta se abre y el sobresalto del hombre que tienes sentado enfrente hace que le maldigas mentalmente.

—Hemos llegado —dice el cochero de rostro impassible—. Por favor, síganme.

* * *

La condesa os ha reunido en un gran salón calentado por una enorme chimenea. Hay pieles de animales en el suelo y ostentosos tapices descoloridos esparcidos por los muros. El ama de llaves que os ha abierto la puerta ha asegurado que su señora bajará en breve para formalizar el contrato. Mientras tanto, la estirada mujer os ha pedido que no toquéis nada durante la espera.

El castillo es enorme, cuenta con numerosos pisos y torreones y unas gruesas murallas que lo mantienen aislado en aquellos parajes inhóspitos. Solo una luz se ve tras la ventana de una de las estancias superiores. Supones que serían los aposentos de la condesa. A fin de cuentas, deduces, el ama de llaves ha asegurado que «bajaría».

—La dueña de la posada —dice en voz baja una de las mujeres que te acompañan— asegura que han desaparecido muchas doncellas de la aldea. Algunas han sido vistas subiéndose al carruaje que nos ha traído aquí por su propio pie, pero otras no han dejado rastro alguno.

—Obviamente —responde un señor con bigote en igual tono discreto—. Nos han hecho llamar para resolver un crimen, y sin víctimas no pintamos nada aquí.

—Guardaos los burdos comentarios, caballero —responde ella—. Cualquier información es importante.

—Y habiendo recompensa de por medio, señora mía, cualquier información que me deis cualquiera de los interesados, por seguro no será de verdadera importancia.

Sonríes. Y no sólo por escuchar la conversación, sino por percartarte de que en el silencio reinante todos la habrán escuchado, y no sólo vosotros, también el ama de llaves.

—Si quieren acusar a alguien —interviene la

mujer—, asegúrense de encontrar primero las pruebas. En la escena de un crimen puede haber gente bastante violenta.

—Obviamente —repite el tipo del bigote.

Una gran puerta se abre y desciende las escaleras una hermosa mujer ataviada con un largo y presuntuoso vestido carmesí. Un aura de nobleza la rodea y aparenta una juventud que desmiente la edad que suponías que tenía. A su lado, una joven criada la acompaña obediente y respetuosa.

—Sean bienvenidos al castillo de Čachtice —dice con una voz dulce y segura, aunque con un matiz oscuro y enigmático—. No les haré perder el tiempo, pues a buen seguro estarán cansados tras el viaje. Mi nombre es Elisabeth Bathory soy la condesa de estas tierras. Les he hecho llamar para resolver los crímenes que se están sucediendo en mi propiedad y que me veo incapaz de solucionar por mí misma. Huelga decir que firmaré el contrato que nos vincula y que asegura una cuantiosa suma de dinero a aquel investigador que consiga probar la identidad del asesino o asesina que se esconde dentro de los muros de este castillo.

Los presentes se miran entre ellos, unos asombrados, otros confusos. La condesa Bathory tiene un pergamino en la mano y lo lee en alto. En él constan todos vuestros nombres y, pese a no poder garantizar la integridad de vuestras vidas, sí que jura la importante suma de dinero que se ofrece a quien resuelva el caso. El papel pasa entre todos y la pluma con la que firmarlo. Llega a tus manos, lo lees y estampas tu grafía. Hecho.

Un investigador joven se pone en pie, sonriente.

—Bien, señora. No esperaba que fuese a resultar tan sencillo, pero una vez firmado el documento siento decir que el caso queda resuelto y que me proclamo vencedor del reto.

—¿En serio? —pregunta la condesa con cierta sorpresa.

—Sin duda —afirma el chico—. Conozco lo que aquí sucede y tengo muchos testigos que me han ofrecido todo lujo de detalles espeluznantes. ¡La asesina sois vos, condesa Bathory! —exclama, y la señala victorioso con el dedo mientras los presentes alzan las cejas—. Vos habéis hecho venir a las doncellas desaparecidas porque estáis obsesionada con el paso de los años y la llegada de la vejez. Vos, condesa Bathory, habéis acabado con sus vidas para bañaros en su sangre y así permanecer joven y atractiva en los años venideros.

Vos, condesa Bathory, sois la respuesta a la pregunta que lanzáis para presentaros como inocente y preocupada; y yo, con pruebas os acuso de ello y reclamo mi recompensa.

La expectación se hace dueña del salón durante los segundos que pesan en el silencio absoluto. La tensión se vuelve densa y las respiraciones se contienen hasta que la hermosa carcajada de la condesa rompe el embrujo. El chico ladea la cabeza y pestañea, confuso.

—Lo primero, señor... —la mujer busca su nombre en el contrato— ... Aristides, es agradeceros el cumplido respecto a mi juventud y belleza; pero en verdad debéis ser bastante inocente para pensar que os he llamado por tal estupidez. ¿Me estáis acusando de bañarme en la sangre de esas jóvenes? Oh, bravo, sabéis lo que todos y cada uno de esos aldeanos ya saben. ¿Pensáis que quiero tirar mi fortuna? Por favor, no me hagáis reír, que cada arruga cuesta una vida más.

»Sí, es cierto, me baño en sangre. ¿Y qué? Hago lo que me place, soy la condesa de estas tierras. Pero alguien está dedicándose a matar a mis chicas y a chuparles la sangre, impidiendo que pueda tomar mis baños y acabando con sus vidas para nada.

—¿Perdón? —pregunta la investigadora que tienes al lado— ¿Decís que alguien está matando a las chicas que queréis matar?

—Es una forma de decirlo, sí —responde la condesa.

—Estáis reconociendo vuestros crímenes, señora —la acusa.

—Ese no es el asunto que nos concierne —resta importancia la condesa—. ¿Tenéis algún problema con ello?

—Posiblemente nos sintamos un poco inseguros —dice el del bigote.

—¿Inseguros? —alza una ceja la condesa—. El asesino al que buscáis es el mismo al que veníais a buscar, y yo no tengo intención de haceros nada porque le quiero muerto. A menos, claro está, que me deis razones para ello. ¿Comprendido?

—Obviamente —responde el del bigote, satisfecho por la respuesta.

—Bien. Pues así está la situación.

—¿Decís que alguien les chupa la sangre? —dice la investigadora.

—Exacto —responde—, creo que hay un vam-

piro entre nosotros.

—¡Un vampiro! —exclaman todos asombrados.

—Venga ya —responde la condesa Bathory—. Estamos en un castillo de los Cárpatos, en Transilvania. Venís a resolver los crímenes de unas muchachas desaparecidas, no digáis que os sorprende —te sonrío—. Venid, os enseñaré el castillo y os presentaré a sus gentes para que podáis empezar a investigar.

Continuará...

¡La aventura ha comenzado en la revista, pero continúa en el foro! Los miembros de la Hermandad del Cisne que así lo deseen pueden acceder al apartado dedicado al castillo de Čachtice, donde podrán recorrer las salas, torres y aposentos de la fortaleza para hablar con los sospechosos, interrogarles y encontrarse con los demás investigadores. Quien sabe, quizá alguno de vosotros quiera hacer equipo para unir fuerzas. Las cocinas, la torre, las caballerizas, los aposentos de las criadas... hay muchas opciones. Tú decides dónde ir, a quién interrogar y cómo hacerlo.

A partir del miércoles 17 de septiembre, en el foro os esperan los personajes, dispuestos a contestar a todas vuestras preguntas hasta el mes que viene, momento en el que continuará la historia.

¡Animaos a participar y vivir la aventura!



Garcan y la profecía del elegido

Un relato de fantasía épica de G. Escribano

Nota del transcriptor: como en muchas leyendas de Elisia, no conocemos al autor de esta narración. Es muy probable que en la formación del relato hayan participado tantos individuos como voces lo han recitado desde la Edad Arcaica, que es cuando pudo haber sido compuesto. Este texto ha sido reinterpretado en numerosas leyendas posteriores, algunas muy populares y otras realmente aburridas.

Fdo: K. Grafos.

«Una vez me hablaron del destino. No sé si se referían al juego de mesa, al licor pareteo o la tendencia que tiene mi esposa de atizarme con el rodillo cuando llego borracho a casa».
Oído en una taberna cerritana.

No puedes hablar en serio —dijo Garcan con sequedad.

—Lo que oyes —atajó Auledo rascándose la oreja—. Se puso hasta arriba de vino y hierba bocha, y empezó a gritar aquella cantilena de la profecía. La misma que solía contar en los campamentos durante la guerra contra los pálidos, la historia del elegido.

Garcan sacudió la cabeza desgredada y apartó, de un manotazo, el cuerpo de un sudoroso varón que le miró asustado. Auledo se deslizó entre dos mujeres cargadas de capazos de esparto y alcanzó a su enorme compañero, que destacaba por encima de la multitud agolpada en el mercado de Mastia. Apestaba a sudor, verdura podrida y cabra mojada.

—Así que la historia llegó a oídos del edecán —continuó Auledo, ajustándose el cinto de armas con la espada de antenas y el puñal afalcatado—. Y el edecán ordenó prenderle y arrojarle al Pozo de la Sed.

—Tenemos que sacarle de ahí —gruñó Garcan con su vozarrón de bárbaro.

Auledo asintió y echó, entre la muchedumbre, un rápido vistazo a su compañero. Tenía muy

mal aspecto, no solo por las cicatrices, el montón de armas que acarreaba y la fría y determinada mirada de lince. Parecía cansado, agotado, al borde del colapso. Pero no se detuvo. Atravesaron una hilera de tenderetes donde se vendían pieles hediondas y dejaron atrás a los ruidosos chatarreros, para desembocar en la plaza principal de Mastia, frente a la torre de piedra del edecán, el jefe de la tribu.

El Pozo de la Sed, en el centro de la plaza, estaba vigilado por un par de factores, las indisciplinadas tropas auxiliares del ejército tribal. Gandules con poca experiencia en la guerra, mal pertrechados y bravucones. Carne de falcata.

—No me parece buena idea —comentó Auledo.

—¿Eh?

—Aplastarle la cabeza a ese par de idiotas y sacar a Bodo del pozo.

—¿Qué propones, entonces?— soltó Garcan con malas pulgas.

—Cualquier cosa que no provoque la ira del edecán. Nuestra situación después de perder la batalla...

—¡A la mierda el edecán!

—No seas infantil —atajó Auledo. Hubo un tenso silencio mientras observaban el pozo—. Debe estar pasando mucha sed ahí abajo.

—Al menos se está fresco.

Auledo le miró de medio lado. Sabía que Garcan había sobrevivido tres semanas en el maldito

Pozo de la Sed y, cuando le sacaron, estaba medio loco. Bueno, ya estaba medio loco cuando le arrojaron, así que salió completamente pirado.

—¿Y cuándo piensa el edecán sacarlo de ahí? —preguntó el gigantesco bárbaro.

—Cuando alguien traiga al elegido de la profecía.

—¡Por Netón! ¿En serio se ha creído ese cuento de vieja?

Auledo frunció los labios en una mueca de desazón y cabeceó varias veces. Garcan gruñó, resopló, buscó la sombra que proyectaba una casucha y se acuclilló, mirando fijamente el pozo, como si así pudiera sacar a su amigo de las entrañas de la tierra. Auledo se sentó sobre sus talones, mascando una paja reseca.

—Lo único que podemos hacer es encontrar al elegido —dijo el poeta.

—¡Cuentos de vieja! —farfulló Garcan—. ¿Te crees que los dioses iban a permitir algo así? No es más que una historia para crédulos, para débiles, para mentecatos. Patrañas de superación para consolar a los gusanos. ¡No me jo...!

El enorme cerritano cerró la boca, afiló los ojos y se rascó la barba de varios días con las uñas cuarteadas. Sonó como una raedera de piedra curtiendo una piel de oso. Sonrió sin darse cuenta.

—Recuérdame la profecía —soltó sin más.

—Sólo el nacido de las aguas —arrancó Auledo después de carraspear—, hijo sin padres, marcado por los Gemelos unidos, será capaz de derrotar a las fuerzas de edecán oscuro. Nadie creará en él, pero su mano empuñará la espada que devolverá al dios Tagodis a las entrañas del Orco.

—Es muy poco poética —farfulló Garcan.

—¿Qué esperabas de Bodo?

Garcan asintió con pesadez. Después, sonrió enseñando los dientes.

—En cualquier caso, te diré lo que vamos a hacer para rescatar a ese bocazas del Pozo de la Sed.

* * *

Garcan terminó de defecar, se limpió con una piedra y salió de entre los matorrales.

—En ninguna profecía se habla de que los héroes tengan que cagar —comentó el bárbaro cerritano—. ¿No te parece extraño?

—No debe ser importante para el cumplimiento de los hechos profetizados —respondió Auledo echando a andar corriente abajo, harto de la obsesión escatológica de su compañero.

Garcan observó las aguas cárdenas del Iber Mastia, tintadas por el atardecer de los Gemelos, que caían sobre el áspero horizonte del mundo. Le picaba entre los cachetes del trasero y se rascó sin disimulo. Pisoteó el suelo polvoriento como un oso con sobrepeso.

—A lo que me refiero es que, en ninguna leyenda, en ningún cuento, en ninguna historia, se habla de cagar. Y cagar es lo más humano que existe, como el comer o el joder. ¿Por qué se canta sobre banquetes y putas pero nunca sobre mierda?

—Porque los héroes de las leyendas y las profecías no son mortales. Comen y joden pero no necesitan cagar.

—Menuda teoría —Garcan sacudió la cabeza. Hizo una larga pausa—. En fin, repasemos la profecía de Bodo.

—No me convence tu plan —interrumpió Auledo arrancando un junco de la orilla. Mordisqueó un extremo con las muelas—. ¿Y si el edecán descubre la verdad?

—Eso es un problema que ya solucionaremos. Antes hay que rescatar a Bodo.

—Me parece muy arriesgado. Engañar al edecán, me refiero. Está medio loco y es imprevisible, por algo le llaman el Oscuro. No es que sea mala gente, pero no te puedes fiar de él.

Garcan asintió gravemente y se volvió a rascar por debajo de la corta túnica blanca con ribetes rojos. Comprendía las dudas de su compañero el poeta, pero no tenían otra alternativa.

—¿Recuerdas cuando conseguimos la espada del lago de la diosa Bianna?

—Sí —respondió Auledo con desazón.

—Aquella vez aprendimos que los hombres están dispuestos a creer cualquier estupidez. Espadas mágicas, profecías místicas, guerreros que lanzan rayos y pedos cósmicos —Garcan sonrió—. Lo único que hay que hacer es contar la historia con credibilidad, con verosimilitud... No me mires así, son tus palabras de poeta.

—¿Y?

—Piensa bien en la profecía de Bodo.

—Ya lo hago —Auledo hizo una pausa y la recitó.

—¿Qué sacas en claro acerca del elegido?— soltó Garcan.

—Que ha nacido de la aguas, no tiene padres y está marcado por los Gemelos —el poeta acarició las antenas de su espada y se mordió el labio superior—. Todo esto es muy extraño. ¿Quién nacería como un pescado, por brujería y con la señal de un par de dioses? Esas cosas solo las hacen los seres supremos. Este asunto está muy por encima de nosotros, Garcan. Es una historia demasiado...

El bárbaro apartó una mosca invisible con una mano que, después, depositó en el hombro de su compañero. Por un momento, le hubiese gustado dejar caer la otra mano sobre el bocazas de Bodo.

—Te contaré mi versión del elegido —dijo sin más. Miró hacia la corriente del Iber Mastia—. La madre que lo parió, lo hizo en el río como las putas del Juncal. ¿Nacido en las aguas, no? —Auledo asintió indeciso—. Por supuesto, no tiene padres; las putas se reservan muy mucho de hablar de sus clientes y, sobre todo, abandonan a los recién nacidos en la corriente del río.

—¿Y bien?

—Por eso seguimos el Iber Mastia. Iremos de poblado en poblado buscando a los huérfanos que los labriegos hayan recogido en las aguas. Alguno tiene que ser el elegido. Nuestro elegido. Un labriego, como en los cuentos.

Auledo levantó una ceja y Garcan le miró satisfecho.

—Una interpretación un poco esotérica —gruñó el poeta—. ¿Y qué me dices de la señal de los Gemelos?

—¿Cada cuánto se oscurecen por completo los dos soles?

—Siete ciclos, que son catorce años —sonrió sin darse cuenta—. Ya veo por dónde vas. La última vez que se los soles se apagaron fue hace dos años. Nuestro elegido tiene que tener dieciséis años, una edad parecida a las del resto de las leyendas, si consideramos que nació el último día del oscurecimiento, que es la señal de los Gemelos.

Garcan chascó la lengua y sonrió triunfal.

—Podría encajar —admitió Auledo con dudas—. Pero, ¿y si el muchacho se niega a venir? ¿O si resulta ser inútil? ¿O si no lo encontramos?

—Le encontraremos y vendrá. Cualquiera labriego imbécil de dieciséis años sueña con ser el elegido de algo —dijo Garcan con sequedad—.

Piensa en nosotros mismos cuando teníamos esa edad. Para eso existen las patrañas de las profecías, para alimentar las ansias de jóvenes granudos, de tontainas que aspiran a ser alguien en la vida. ¿A quién se le ocurrirían esas teorías de que cualquiera puede llegar a ser un héroe?

—A algún poeta granudo y torpe que soñaba con ser alguien, supongo —aceptó Auledo. Resopló—. ¿Sabes?, tengo la impresión de que nos estamos metiendo en un lío.

Era de noche cuando llegaron al primer poblado. Cenaron unos rábanos secos y tiras de jabalí ahumado que llevaban en los morrales, así como un par de ranas asadas que les vendieron unos jóvenes del poblado. Ninguno de ellos pareció satisfacer a Garcan. Auledo se molestó.

—El elegido tiene que ser alguien que se ajuste a eso de que «nadie creará en él» —fue cuanto dijo el bárbaro. Extendieron sus mantas de lana de oveja y durmieron lejos de los mosquitos del río.

A la mañana siguiente, echaron un rápido vistazo al poblado y los campos de alrededor después de desayunar una sopa de bellotas y algarrobas. Tampoco encontraron a un muchacho apto a juicio de Garcan. Auledo empezó a impacientarse, puesto que imaginaba la sed y el hambre que debía estar sufriendo Bodo en el pozo. Anduvieron hasta el poblado siguiente, sumidos en un hostil silencio. Sin embargo, Garcan no paraba de sonreír como un tonto.

A medio día, hallaron a un posible candidato que reunía varios requisitos, después de invitar al cabecilla de un poblado a una tinaja de cerveza e interrogarle sobre la juventud de la zona. La excusa era que buscaban futuros luchadores a los que entrenar.

El candidato era un huérfano de dieciséis años que una familia de labriegos humildes había recogido en un cesto de junco en las aguas del Iber Mastia. Por desgracia, era simpático, abierto y hablador, el guapo del poblado al que todas las mozas se querían llevar, así que no les servía como elegido. En todas las historias que Garcan recordaba, el elegido era feo o medio ciego, enclenque y un negado social, arrinconado por inútil. Aquel joven sano, moreno, de melena brillante que parecía el hijo de un edecán —y probablemente lo fuera—, era del todo inservible.

Así que continuaron río abajo.

—Quizá deberíamos considerar la posibilidad de partir un par de cabezas y rescatar a Bodo sin más —afirmó Auledo.

—¿Y perdernos la diversión? Bodo es fuerte, aguantará un par de días más.

—Ya, bueno —musitó Auledo—. Es que empiezo a dudar del éxito de esta aventura, eso es todo.

—Mira —Garcan señaló un carrascal al este del río y varios hilos de humo que ascendían al otro lado—. Otro poblado. Quizá tengamos más suerte.

Auledo suspiró con pesadez, negó con la cabeza y se limpió entre los dientes con una caña de junco. Garcan le dio una soberbia palmada en el hombro y soltó una carcajada cuando el poeta se meneó como un sonajero. Caminaron a buen paso, siguiendo la senda paralela al Iber Mastia. Se cruzaron con una recua de burros cargados de tinajas de cerveza local, así como con un grupo de labriegos que almorzaba a la sombra de una enorme carrasca. Compartieron un queso de cabra y media bota de vino con ellos y les sacaron información. Había jóvenes y huérfanos en el poblado.

Algo más tarde, echaron a andar por el carrascal.

Unos agradables cantos femeninos les detuvieron. Abandonaron la senda, rodeando troncos y esquivando matas de jara, siguiendo las voces, interesados e inquietos. Encontraron a unas lavanderas haciendo la colada en el río. Como tenían los quitones mojados, se les marcaban los muslos y lo que no eran muslos, unos matojos negros entre las piernas, pegados a la lana transparente. Los guerreros se ocultaron entre las jaras para observar sin ser vistos.

—Ni una sola muchacha joven —gruñó Garcan, al fin.

—Debe ser un poblado un poco triste.

—¡Shh!

Garcan se llevó dos dedos a los labios. Estiró la cabeza como un felino y señaló un gran matorral de espinos no lejos de las lavanderas. Auledo afiló los ojos y, después de unos instantes, el espino se agitó. El bárbaro hizo un par de gestos con las manos y descolgó su honda del cinto. El poeta asintió y se deslizó, silencioso como un chacal, por las sombras del jaral.

Garcan seleccionó un pequeño canto rodado del suelo, de color blanco, y lo colocó en la honda. Aguardó unos latidos, hizo girar el arma con la muñeca y descargó el canto hacia el espino. El matorral se agitó y una sombra se desplomó. Auledo salió de la espesura, con su puñal en la

mano, pero se quedó helado. Soltó una estentórea carcajada y, cuando el bárbaro llegó hasta él, pisoteando el sotobosque como un elefante, se unió a las risas.

Un muchacho enclenque, granudo y con un ojo bizco, se frotaba la cabeza con una mano temblorosa. Sacudió la cabeza y echó un rápido vistazo hacia las lavanderas. Hasta que se percató de que, con la otra mano, aún sostenía su miembro enhiesto. Observó a los enormes guerreros con cara de profunda culpabilidad.

—Yo, yo...

—¿Eres huérfano? —soltó Garcan con fingida severidad.

—Yo, yo... No quería...

—¿Cuántos años tienes?

—En serio, no quería... Solo... ¿Por qué me preguntan eso?

Poco después, el muchacho se vistió azorado, nervioso y quejumbroso, y les contó su triste y patética vida. Siempre estaba enfermo, nadie había jugado con él cuando era niño, no le permitían trabajar en los campos porque rompía las herramientas, sus padres adoptivos le utilizaban para recoger la mierda de cabra y venderla como abono... etcétera, etcétera, etcétera. Para colmar la tinaja, unos factores mastienos, durante la última guerra, le habían violado en masa.

Garcan escuchó muy atentamente los quejidos del muchacho, que se llamaba Beltenebas, y Auledo hizo lo propio con una mano en la barbilla. Aquel individuo granujiento era lo que estaban buscando, el elegido perfecto. Se felicitaron, le invitaron a comer unas tiras de tocino ahumado, le emborracharon con vino y, mediante las dotes poéticas y retóricas de Auledo, le relataron la profecía. Después, Garcan le explicó, punto por punto y con exquisita seriedad, por qué llevaban semanas buscándole —lo que era falso—, y por qué debía acompañarles a la ciudad —motivo también falso—. Y así, en buena compañía, los tres marcharon de vuelta a Mastia.

—Siempre he pensado que era alguien especial —comentó Beltenebas la tarde siguiente, mientras caminaban a buen paso corriente arriba—. Y que por ser especial, todos me odiaban y me despreciaban. En el fondo soy un incomprendido.

—Vaya que sí —comentó Garcan—. Un auténtico incomprendido. Pero pronto solucionaremos eso. Tu mano empuñará la espada que derrotará al dios Tagodis.

—¿Sí? —los ojos del pobre muchacho destellaron—. Si no la rompo, claro. No es que sea muy fuerte, es que soy torpe.

—Eso se cura con entrenamiento —atajó Auledo—. Días, semanas y meses de entrenamiento. Te lo aseguro, cuando tenía tu edad me llamaban Rompetinajas.

—A mí Rompepiernas —dijo Garcan.

—A mí Culorroto —terminó por decir con tristeza, dejando caer las manos—. Pero, según decís, he sufrido todas estas penurias como una prueba a mi carácter, para demostrar que soy el elegido, ¿no?

—Algo así —respondió Garcan. Beltenebas se explotó un grano de la cara con dos uñas y se limpió el pus sangriento en su túnica sucia y arrugada—. También tendrás que aprender ciertas normas de comportamiento, por supuesto. Son los pasos que debes dar en tu camino como héroe.

—¿Y tendré muchas mujeres cuando gane? —preguntó el simplón.

—Todas las que quieras —Garcan soltó una risa por la nariz—. Los ganadores siempre tienen muchas. Piensa en las leyendas que has oído junto al fuego. Pues esto es igual.

—Quiero muchas mujeres.

—Joder, y yo —añadió Auledo sacudiendo la cabeza.

Cayó la noche y acamparon en un secarral. Mientras Beltenebas, el muchacho elegido para matar al edecán oscuro y vencer al dios Tagodis, dormía con un dedo en el orificio izquierdo de su nariz, Auledo reprendió a Garcan con muy malas pulgas.

—Te lo estarás pasando muy bien, pero todo esto no nos lleva a ninguna parte. El edecán jamás creará que este saco de huesos es el elegido. Además, ¿tienes idea de lo que le hará?

—O lo tira al Pozo de la Sed o lo despedaza.

—¿Y te parece bien?

—Es el precio que hay que pagar por rescatar a Bodo.

Auledo resopló por la nariz y chasqueó la lengua.

—No podemos hacerlo. No podemos condenar a este idiota —dijo señalando a Beltenebas.

—Es el elegido —Garcan sonrió con un pedazo de rábano entre los dientes—. Según la profecía,

por supuesto. Nosotros no somos más que...

—¡Déjalo ya! Estás empezando a creerte tu propio embuste.

—¿Y qué hacemos? ¿Qué propones para rescatar a Bodo?

—No lo sé.

Estuvieron en silencio durante un rato. Beltenebas expulsó unas ventosidades y se despertó con retortijones. Se sentó frente al fuego, junto a ellos. Garcan le observó sin mediar palabra; los churretes en la cara, la mirada simplona, los gestos indecisos y tristes... Al cabo de unos instantes, soltó un gruñido y miró a Auledo. Éste le devolvió el gesto y ambos asintieron.

—Tenemos que decirte algo, muchacho —arrancó Garcan.

—Ya lo sé —confesó él—, me vais a abandonar o algo así. Todo el mundo lo hace.

—De momento no. Puedes quedarte con nosotros, te enseñaremos un par de cosas.

—No soy el elegido, ¿verdad? —gimoteó.

Ocurrió un denso silencio. Una lechuza sobrevoló sus cabezas aleteando con espasmos.

—Toda esta historia de la profecía del elegido es un embuste —admitió Garcan con sinceridad—. Se cuenta para consolar a muchachos como tú. Pero, ¿sabes una cosa?

—¿Qué? —preguntó Beltenebas entre lágrimas.

—Que en el fondo sirven para algo —dijo Garcan mirándole a los ojos—. Los héroes cumplen las profecías porque es lo que tienen que hacer. Se dedican en cuerpo y alma al cuento y, paso a paso, como unos mulos estúpidos, lo cumplen. Lo único que tienes que hacer es inventarte tu propia profecía y esforzarte por cumplirla.

—Pues vaya plan —murmuró el muchacho.

—Es como si yo le digo a mi amigo: la profecía de la lechuza voladora dice que dos bravos guerreros rescatarán a su amigo bocazas a golpe de garrote —dijo Garcan—. Y nos ponemos a ello.

—Pues vaya plan —concluyó Auledo.

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir a G. Escribano en su ["glob"](#).

Imaginarium

Cecilia Gf, ilustración



Nos detenemos en nuevo puerto. Hay algo en las sombras que nos perturba, que por un momento nos hace preguntarnos si realmente queremos asomarnos a ellas; pero ya es demasiado tarde, no podemos evitar caer en el influjo de la belleza, aunque esta se esconda entre tinieblas.

Colores limpios y brillantes nos dan la bienvenida, formando figuras definidas que brotan de la oscuridad y nos miran directamente. La inquietud se despierta en nuestros corazones, las miradas de la inocencia deberían ser limpias, pero rompen en la oscuridad como si fueran más conocedoras de lo que esconde de



Esta artista, que decidió formarse estudiando la carrera de Bellas Artes para comprender lo que hacía y expresar mejor a través de su obra, se define como veleta en su estilo, siempre cambiante y en constante desarrollo y confiesa haberse visto influenciada por grandes artistas como Linda Bergkvist, Gustav Doré, Goya, Lovecraft, Edgar Allan Poe, Luis Royo y Gavin Hargest entre otros.

Os invitamos a perderos en su extensa obra, solo tenéis que visitar sus perfiles oficiales en [Facebook](#) y [Deviantart](#)

Myriam Crespo

lo que nos atreveríamos a imaginar. Personajes de cuentos acechados por pesadillas, la malicia brillando en ojos infantiles, detalles que asaltan nuestra conciencia... calaveras donde debería haber rojas manzanas y pasteles. Solo necesitamos unos instantes en el mundo de Cecilia para darnos cuenta de que nada es lo que parece, de que el menor detalle puede esconder un secreto siniestro, de que incluso los héroes pueden forjarse en el corazón de la tiniebla.

Nuestro barco se pierde finalmente sobre las aguas, alejándose de las sombrías costas, pero si queréis permanecer en ellas y adentraros en el particular mundo de Cecilia encontraréis mucho más, luces y sombras, fantasía y realidad, pasados que no existieron y futuros que solo imaginamos.









Tierra Quebrada

Entrevista a Nunn y Aven

La fantasía es un género que todavía está muy lejos de conseguir el reconocimiento y la popularidad del que gozan otros tipos de literatura.



Ir más allá de lo permitido. Más allá de la rutina, de la realidad y de los límites que nos impone nuestro día a día. Esta podría ser la máxima de Nunn y Aven, los creadores del portal www.TierraQuebrada.com, mucho más que una página Web, un mundo de fantasía donde vivir aventuras, leer relatos, participar en quedadas, juegos de mesa, rol o aventuras en vivo y mucho más... Aunque cuidado cuando entréis... Quizá después no queráis salir...

En primer lugar me gustaría daros la enhorabuena por vuestro gran proyecto Tierra Quebrada, para aquellos que no sepan nada acerca de esta comunidad ¿Podrías explicar de qué se trata y qué es Tierra Quebrada?

T.Q.: Tierra Quebrada es un mundo. Un mundo de fantasía con sus leyendas y sus personajes. Un mundo en el que nuestros lectores podrán encontrar cualquier tipo de información relacionada con la fantasía, la historia y los mitos y leyendas que se pierden en los orígenes del tiempo. Pero eso no es todo, Tierra Quebrada es mucho más, cualquiera de los aprendices o rastreadores de este mundo pueden vivir sus propias aventuras, enfrentarse a los retos más duros del Torneo

del Rey o degustar una cerveza bien tirada en la Taberna de Dalfgan.

Entrar es solo el principio.

¿Cómo surge la idea de Tierra Quebrada? ¿Quién o quiénes son los artífices de este proyecto?

T.Q.: Tierra Quebrada nació de la pasión de Nunn y Aven por la fantasía y la historia. Es un proyecto que empezó hace poco más de un año en las heladas cumbres del norte de España y que desde entonces ha seguido creciendo. Sin embargo el verdadero detonante, como suele ocurrir en muchos casos, fueron una serie de catastróficas desdichas. En poco menos de un año los dos nos encontramos sin trabajo y con ganas de crear algo de lo que poder vivir y Tierra Quebrada nos pareció el mejor lugar para hacerlo. Aún nos queda mucho camino por recorrer en ese aspecto pero levantarte por la mañana y poder trabajar en algo que realmente te apasiona es el primer paso.



Quebrantines de Tierra Quebrada, la moneda oficial

¿Qué tipo de actividades lleváis a cabo?

T.Q.: La mayoría de actividades que realizamos están de una u otra manera relacionadas con la fantasía o con la historia. Tenemos varios proyectos en marcha, uno de ellos **el Proyecto Golem es un proyecto dedicado a la promoción y**



difusión de autores e ilustradores de fantasía en lengua española poco conocidos. También tenemos en marcha *La Enciclopedia de los Símbolos*, la serie *Mitos y Cartas* y la serie *Survival Zombie:Lost Archives* por mencionar algunos de los proyectos más destacados en la web.

Pero también organizamos actividades en el Mundo Real. Desde la organización de torneos de juegos de mesa como Catan, Guerra de Mitos, Ajedrez, crónicas de eventos a nivel nacional en REV's y torneos, hasta la creación de aventuras totalmente personalizadas para disfrutar de unas vacaciones diferentes en cualquier parte del mundo.

¿Qué puede encontrarse la gente que entre en Tierra Quebrada?

T.Q.: En Tierra Quebrada se respira magia, fantasía, leyendas e historia. Los aventureros que se atrevan a cruzar más allá de los límites de este mundo encontrarán retos y enigmas a los que enfrentarse. Información y reseñas de primera mano principalmente sobre libros de fantasía y aventuras, análisis de juegos de mesa...



También organizáis actividades lúdicas al aire libre como una muy famosa que realizasteis en Galicia llamada "La Aventura del HMS Serpent" ¿Qué se hace en este tipo de quedadas? ¿Cómo puede la gente que esté interesada apuntarse?

T.Q.: En realidad son aventuras personalizadas y adaptadas al lugar. Partiendo de los gustos, aficiones y la ubicación que nos facilita el cliente (vía mail, conversaciones telefónicas, skypes, whatshapps ...) y trabajando con una base histórica lo más creíble posible, construimos una aventura de la búsqueda de un tesoro a través de diferentes pistas e información, enigmas, acertijos... Es una actividad que está pensada principalmente para grupos reducidos de amigos, familias. Nosotros nos encargamos de todo el montaje previo, creamos el material necesario para el desarrollo en función de la ambientación y el presupuesto, buscamos las ubicaciones donde esconder las pistas y creamos la información adicional para que los jugadores puedan disfrutar al máximo de la experiencia.



El objetivo de cualquiera de estas aventuras es disfrutar de unas vacaciones diferentes buscando tesoros. Por eso quienes más disfrutan de la actividad son los niños entre 8 y 14 años, aunque con grupos de amigos puede convertirse en una actividad muy divertida e incluso pueden formarse varios equipos para ver quién llega antes al final.

¿Tenéis planeada alguna "aventura- quedada lúdica" en breve?

T.Q.: Al tratarse de aventuras a medida no tenemos una fecha fija, vamos donde alguien solicita nuestros servicios. La última que realizamos, Luna de Sangre, fue en Almería durante Semana Santa. Allí los jugadores tenían que resolver el

misterio de un cofre lleno de oro que desapareció durante el naufragio de un príncipe de Marruecos.

Cualquiera que quiera jugar a alguna de estas aventuras puede ponerse en contacto con nosotros para hablar de los detalles.

¿La siguiente? Tal vez volvamos a la Costa da Morte, allí realizamos dos aventuras y el entorno, las leyendas y la historia del lugar son increíbles para este tipo de aventuras.

Por otro lado ahora estamos adaptando las aventuras que tenemos disponibles para dispositivos móviles así que en breve cualquiera podrá empezar la búsqueda del tesoro sólo con descargarse la aplicación correspondiente. El nivel de realismo lógicamente será menor pero las posibilidades son mucho mayores.



¿Qué tipo de "fans" forman la comunidad de Tierra Quebrada?

T.Q.: Tenemos una comunidad de aventureros bastante heterogénea.

Por un lado tenemos a un público muy fiel dedicado a la resolución de los enigmas y acertijos en la web. Algunos de ellos requieren un nivel de conocimientos bastante elevado pero la mayoría son asequibles.

Por otro lado tenemos un conjunto de lectores interesado en los relatos de fantasía, en la mitología o en la historia que siguen semanalmente las publicaciones sobre estos temas.

¿Cuántos autores e ilustradores colaboran con Tierra Quebrada y cómo lo hacen?

Actualmente en Proyecto Golem contamos con más de 50 autores e ilustradores que periódicamente nos mandan sus relatos e ilustraciones para las ediciones de Proyecto Golem. En cada



edición les proponemos un tema relacionado con la fantasía sobre el que pueden escribir libremente. Es una sección donde los lectores pueden encontrar relatos muy interesantes y donde pueden ver la habilidad de los diferentes escritores e ilustradores con la pluma.

¿Cuáles son vuestros juegos de mesa favoritos?

T.Q.: El juego que sin lugar a dudas ve más mesa es el Catan. Es sencillo, adictivo y casi cualquiera puede empezar a jugar con posibilidades desde la segunda partida. Hace tiempo que he perdido la cuenta de cuantas partidas hemos jugado. Hemos probado otros, SmallWorld, Dungeons & Dragons, Munchkin, Guerra de Mitos... pero Catan aguanta bien el envite de los nuevos aspirantes a desbancarlo.

Si tuviérais que elegir un libro para llevaros a una isla desierta ¿Cuál os llevaríais y por qué?

Aven: No tengo un libro preferido. Me gustan los libros que me sorprenden aún sabiendo lo que voy a leer. Lo que sí que tengo es una estantería con los que más me han gustado entre los que están Alatraste de Arturo Pérez Reverte, La saga de los vatídico de Robin Hobb o El Criptonomicón de Neal Stephenson entre otros. Así que supongo que o bien no me llevarían ningún libro o tendría que quitar ropa y hacer más espacio en la maleta.

Nunn.: El Nombre del Viento. Porque es un libro que volveré a leer y sería un lugar perfecto para hacerlo sin ningún tipo de interrupción.

¿Creéis que la fantasía se ha puesto de moda debido al éxito de grandes series de televisión como Juego de Tronos o grandes sagas de películas tipo El Señor de Los Anillos?

T.Q.: Sí, sin lugar a dudas. El cine y la televisión a día de hoy siguen siendo una de las mejores

maneras de llegar a un público muy amplio. Pero aún queda mucho trabajo por hacer, la mayoría de la gente no va más allá de estas series o películas de moda. La fantasía es un género que aún está lejos de conseguir el reconocimiento y la popularidad del que gozan otros géneros literarios. Supongo que mucha gente todavía asocia fantasía con gente friki, gente rara o con adolescentes, sin embargo existen obras de fantasía para adultos de gran calidad y con firma española que siguen pasando desapercibidas.

Cualquier cosa que queráis añadir a nuestros lectores.... Las últimas líneas son vuestras

T.Q.: Nos gustaría agradecer esta oportunidad para dar a conocer nuestro trabajo y el trabajo de todos los que de manera periódica o puntual colaboran con nuestra web.

Y desde luego también nos gustaría agradecer a todos los lectores que cada día dedican parte de su tiempo a descubrir un poquito más Tierra Quebrada. Sin vosotros no existiríamos.

Jessica Tornos -Yebes



EL JINETE ONÍRICO

Un relato de horror y misterio de Julio M. Freixa

La señora Worthington apenas había conseguido dormir durante la última semana. Los repentinos cambios que su marido Ronald, con quien llevaba veinticinco años casada, había sufrido últimamente, ya le habían hecho recelar que algo fatal estaba a punto de ocurrir. Tal vez debió haber buscado ayuda antes, pero en un principio la idea de que su esposo anduviese metido en un lío de faldas le hizo desistir de darle una mayor publicidad. Ahora todo eso le daba igual. Ronald llevaba dos días sin aparecer por casa, y Mildred ya no podía permanecer cruzada de brazos. Sobre la mesita de estilo Luis XVI, el retrato de ambos en su vigésimo aniversario la contemplaba, irreal. Había acariciado la posibilidad de avisar a la policía del condado, pero finalmente se decidió por solicitar un tipo de ayuda más discreta. Tal vez un detective privado; aparecían varios números en el listín telefónico. Pero aquella tarde, ante su aparato de televisión, había tenido una revelación. Se trataba de aquel hombre misterioso de aspecto extravagante y mirada hipnótica. No era la primera vez que le veía en un programa, tomando parte en un debate sobre los temas más diversos o realizando números de prestidigitación. Hasta aquel momento había pensado que se trataba de uno de esos magos modernos de dedos hábiles y discurso pseudometafísico ideado para confundir a los escépticos y levantar polémica con el objeto de aumentar su fortuna personal. ¿El mundo de los espíritus? ¿Cultos paganos que perduran hoy en día? Bobadas para tener entretenidos a los ociosos y, de paso, sacarles unos dólares. Pero ahora era ella quien se sentía en medio de una de esas historias, porque estaba convencida de que su esposo había caído en las garras de alguna especie de secta destructiva. Y, había que reconocerlo, el llamado Doctor Dröm parecía ser toda una autoridad en la

materia. Incluso era respetado por los más escépticos y sesudos científicos que acudían a los debates –debido, en gran parte, a la conocida afición del Doctor Dröm a dejarlos en evidencia con ingeniosas muestras de esgrima verbal y humor ácido–. Tras meditarlo unos minutos, se sentó delante del ordenador y pudo localizar la página web de Devon Mardröm, doctor en parapsicología por la Universidad de Miskatonic. Tomó nota de la dirección, en Oldchapel, una peculiar población de Massachusetts, que era célebre por haber sido convertida a mediados de los años setenta en una especie de parque temático enfocado a todo lo relacionado con los fenómenos paranormales y las ciencias ocultas. Al parecer, Devon Mordröm tenía su gabinete sobre la tienda de antigüedades que regentaba, y en la web decía claramente que todas las citas estaban ya reservadas para los próximos tres meses. Pero Mildred Worthington no estaba acostumbrada a que la hicieran esperar, y mucho menos para un asunto de vital importancia, como era la desaparición de su marido. Sin dudar, reservó un billete de tren a primera hora de la mañana siguiente: antes del mediodía estaría en Oldchapel y el Doctor Mordröm tendría que atenderla, quisiera o no.

* * *

La luz de aquel mediodía plomizo se filtraba por el escaparate de la tienda, trazando siluetas de letras sobreimpresionadas en el suelo, que se quebraban de forma abrupta al llegar al mostrador de cerezo. La esbelta mujer detrás de él, ataviada con un sobrio vestido largo sin escotadura al estilo del siglo XIX, ordenaba por enésima vez las fichas de los elementos más valiosos

del almacén. Con el cabello, negro como ala de cuervo, recogido en un moño estrictamente victoriano y su busto erguido daba la impresión de ser una especie de bello anacronismo; resultaba imposible adivinar su edad. Aquellos ojos profundos parecían haber contemplado el paso de incontables inviernos, pero la tersura de su piel los desmentían. Alzó la mirada de su labor al sentir la campanilla de la puerta, que revelaba la llegada de un nuevo cliente, o tal vez de un curioso.

Buenos días –dijo la señora que acababa de entrar, tratando de adaptar su visión al cambio de luz–. ¿Es esta la tienda de antigüedades del doctor Devon Mordröm?

–Esta es. ¿En qué puedo ayudarla? –contestó la dependienta, cerrando de golpe el tomo que estaba hojeando. Una nubecilla casi imperceptible de polvo se alzó inmediatamente, como el espectro de un duende.

–Verá, es un poco complicado de explicar... –continuó, retorciéndose las manos–. Se trata de mi marido. Tengo razones para pensar que está metido en un feo asunto... Y necesito los servicios del Doctor Dröm.

La alta mujer la observó unos instantes, quitándose los anteojos y replicó:

–El doctor está ocupado en estos momentos y no concede visitas sin cita previa. Si es tan amable de dejar su número de teléfono y su nombre, yo misma...

–Me temo que no lo entiende –interrumpió. Al percibir el disgusto en su interlocutora, se apresuró a añadir–: O tal vez no me he expresado bien. Lo cierto es que estoy al borde de un ataque de nervios. Llevo días sin pegar ojo más de una hora seguida. Mientras hablamos, la vida de mi esposo podría estar en peligro. Por favor.

–Será mejor que se explique, si desea que la ayude de alguna forma –Su mirada severa se atemperó en lo que pretendía ser un gesto tranquilizador.

–Se trata de mi marido, como le dije antes. Está metido en algún tipo de culto religioso, una especie de secta o logia masónica, qué se yo. Desde que empezó a ir a las reuniones, su comportamiento cambió de la noche a la mañana. Hace dos días, desapareció sin dejar rastro. Tiene que ser algo relacionado con ese maldito

culto, estoy segura.

–No quisiera que pensara que pretendo ser indiscreta, pero... ¿está segura de que no hay otra mujer? Las infidelidades suelen estar detrás de la mayoría de las desapariciones.

–La verdad es que ya había pensado en eso. Yo ya no soy una jovencita, ya me ve. Y mi Ronald es un imán para las pelanduscas oportunistas. Es un exitoso hombre de negocios... Y, aunque está de más que lo diga yo, sigue siendo igual de encantador como siempre. Además, se conserva bastante apuesto para su edad. Pero aún así estoy convencida de que no se trata de eso. Una mujer sabe intuir esas cosas, ya me entiende.

Transcurrieron largos segundos de un silencio espeso como la melaza, durante los cuales la dependienta pareció estudiar a fondo a la mujer de mediana edad. Finalmente, manifestó un lacónico «espere aquí un momento» y desapareció por una puerta lateral. Cinco minutos después, volvió para decirle que el doctor Mordröm la recibiría en su gabinete inmediatamente.

Siguió a la dependienta a través de un vestíbulo de estilo victoriano que daba a una escalera angosta. Le sorprendió ver cómo la mujer encendía un candelabro para iluminar el ascenso, en lugar de encender la luz eléctrica. *Forma parte de la ambientación. Estos personajes son especialistas en jugar con la sugestión*, pensó. Al llegar a la primera planta, donde debían de estar las dependencias residenciales del edificio, siguieron subiendo otro tramo de escaleras hasta la buhardilla que Mildred había podido apreciar desde la calle minutos antes. La casa, situada en aquel barrio en el que las tiendas de artículos esotéricos abundaban como las setas en un bosque, había sido construida siguiendo los cánones de la moda victoriana. Al situar su despacho en la planta superior, el parapsicólogo ya contaba con un punto a su favor a la hora de impresionar a sus clientes. Mildred comenzó a dudar de lo acertado de haber recurrido a aquel hombre enigmático en busca de ayuda, que probablemente no era más que un lector de la buena fortuna glorificado. En cualquier caso, siempre podía volver por donde vino y acudir a la justicia convencional.

–Puede pasar, señora Worthington. El doctor Mardröm la espera –dijo la mujer, en un tono sin inflexiones.

–Gracias. Un momento, si yo no le he... –comenzó a decir, pero el gesto de la mujer alta, llevándose el dedo índice a los labios con un esbozo de sonrisa traviesa, le hizo desistir de pedir explicaciones.

Traspuso el umbral e inmediatamente se sintió abrumada por el penetrante olor del incienso que reinaba en aquella estancia. Se trataba de un espacio único, con las paredes atestadas de anaqueles y estanterías repletas de libros de diferentes tamaños y encuadernaciones, estatuillas de la más grotesca factura y todo tipo de máscaras, objetos de cerámica y recipientes conteniendo diversas formas difíciles de identificar. El techo abuhardillado era inusualmente alto y estaba presidido por una claraboya cercana al vértice superior de la fachada. La ventana redonda recortaba la silueta de un extraño símbolo cabalístico, que proyectaba una sombra inquietante a esa hora del día. De espaldas a la claraboya, se sentaba el doctor Dröm, en un sillón giratorio como el que se esperaba encontrar en la consulta de cualquier médico, dentista o abogado. Ante sí, un recio escritorio de madera noble en el que no faltaba ninguno de los detalles habituales, incluyendo el consabido cráneo humano. Al menos no tenía uno de esos molestos objetos de bolas suspendidas formando una fila que no paraban nunca de chocar entre sí con un irritante movimiento de vaivén. Su dueño se levantó para recibirla y, con un gesto galante, la invitó a sentarse:

–Bienvenida a mi humilde estudio, señora Worthington –dijo con voz aterciopelada–. Le ruego disculpe el atrevimiento de mi ayudante. Siente una gran debilidad por los juegos de adivinación y en ocasiones inquieta a los visitantes.

–Gracias, doctor Dröm. Reconozco que me ha impresionado. En otras circunstancias, me encantaría preguntarle sobre todo lo referente a esas... habilidades particulares, pero lamentablemente, los asuntos que me traen aquí son demasiado terribles como para dejar pasar más tiempo –No pudo evitar mirar al doctor de arriba a abajo, como comparando su imagen en vivo con la que conocía de la pantalla. Aun en su estudio, el extravagante místico vestía su característica túnica de color púrpura y su capa negra, ribeteada con una cenefa dorada y ceñida a la pechera con una pareja de elegantes

broches unidos por una cadenilla. Sus cortos cabellos gris ceniza estaban impecablemente peinados hacia atrás, dejando al descubierto una frente que evidenciaba las huellas de numerosas tribulaciones. Los ojos, de un profundo gris glacial, estaban resaltados por una gruesa línea de rimel que le daba un toque bohemio y misterioso. El rostro enjuto, del que sobresalían las prominencias óseas de los pómulos, estaba rematado por una cuidada perilla en la que se dejaban ver algunas canas entre el vello gris más oscuro. Sobre ésta, un rotundo apéndice nasal ligeramente aguileño dominaba sobre la boca pequeña de labios finos cuyas comisuras se curvaban hacia abajo de forma casi inapreciable.

–Por supuesto. Agatha ya me ha puesto en antecedentes. Será mejor entrar en materia. Supongo que, puesto que se encuentra usted aquí, sostiene una actitud abierta hacia mis métodos, ¿cierto?

–Ahora mismo, haría cualquier cosa que me permitiese dar con el paradero de mi marido sin tener que acudir a la policía, a ser posible.

–No se preocupe por eso. Mis investigaciones no nos llevarán más de dos o tres días. Si en la etapa inicial descubriese que lo sucedido no entra dentro de mi campo, tenga la certeza de que se lo haría saber para que pudiera recurrir a la policía sin más dilación. Ahora, dígame: ¿cómo empezó todo?

La señora de mediana edad comenzó su relato, al principio titubeante. Poco después, sintió que la mirada cálida del doctor la reconfortaba, sintiéndose cada vez más cómoda ante su presencia y vació sus inquietudes por primera vez desde que su vida empezara a zozobrar. Su marido, un exitoso empresario del interior de Nueva Inglaterra, había cimentado su fortuna en la importación de tecnología procedente de Europa y Asia. Con los años, sus empresas de distribución y su red de tiendas que abarcaba todo el país continuó creciendo hasta cotas que no se había atrevido a soñar en su juventud. Recordaba vívidamente aquellos nebulosos años en los que ambos eran una pareja de novios como otra cualquiera y buscaban cualquier momento de intimidad para demostrarse su amor. Con los años, Ronald había mantenido gran parte de las amistades que había cultivado en su juventud. Varios de esos amigos habían

llevado vidas paralelas en materia de negocios y la fortuna les había sonreído por igual. Mildred aceptaba de buen grado las veladas en las que los amigos se reunían para contar anécdotas, hacer negocios comunes, jugar al póquer y beber cantidades generosas de whisky con soda. No en vano se trataba de sus amistades de toda la vida. Ella misma los conocía bien a todos ellos y a sus respectivas mujeres desde hacía muchos años. Hasta el mes anterior, estas reuniones no habían tenido mayores consecuencias que alguna eventual resaca y alguna irritación de garganta debido al humo del tabaco. Pero entonces comenzaron a interesarse por algún tipo de experiencias insólitas, tal vez en un intento de buscar nuevas emociones. Al principio, le contaba lo de las sesiones como si se tratara de un juego para adultos. Pronto dejó de hablar de ello, al tiempo que se evidenciaban en él ciertos cambios que hicieron sospechar a Mildred. Su marido dejó de mostrarse jovial, en su lugar aparecieron signos de agotamiento físico e intelectual que iban a más tras cada reunión del grupo. Aunque Ronald era un hombre robusto, de pronto empezó a perder peso de forma que solamente una esposa observadora podía notarlo. La palidez de su piel y sus recién adquiridas ojeras denotaban la falta de sueño y un agotamiento que aumentó gradualmente en las cuatro semanas que precedieron a su desaparición. Al sacar el tema de las reuniones, o incluso el de su estado de salud, Ronald se mostraba molesto e incluso había llegado a la agresividad verbal. Nunca antes su esposo había tenido secretos para ella. Así que Mildred comenzó a buscar entre los registros escritos de él alguna pista de lo que podría estar pasando en realidad. Durante años había ayudado a su marido como secretaria y estaba familiarizada con sus transacciones. Únicamente un dato le llamó la atención después de un estudio minucioso: unas transferencias de dinero cada vez más elevadas a nombre de un destinatario que no le resultaba nada familiar. Y habían comenzado justo cuando su marido comenzara con aquellas extrañas reuniones. Finalmente, hacía tan solo dos días, su marido salió del hogar con aire ausente, rumbo a la reunión semanal del viernes y no volvió. Para el siguiente lunes tenía reservado un vuelo a Washington con motivo de una feria tecnológica anual, pero nunca lle-

gó a subir al avión: Mildred lo había comprobado por teléfono esa misma mañana gracias a un contacto en el aeropuerto. Al menos, de ese modo nadie sospecharía nada extraño al notar su ausencia en la oficina.

El doctor Devon Mardröm escuchó la exposición de la mujer atentamente, únicamente haciendo breves incisos para solicitar algún detalle de interés. Una vez hubo terminado el relato, el místico cerró los ojos unos instantes, meditando para sí, y finalmente se dirigió a su cliente.

—Necesitaré su permiso para investigar sobre el terreno —dijo el doctor—. Podría empezar esta misma tarde, cogiendo el primer tren disponible. Debo advertirle que mis honorarios no son precisamente baratos, pero están condicionados al éxito de la investigación. Si descubro el paradero de su marido, sea cual fuere su destino, deberá pagarme veinte mil dólares. En caso contrario, únicamente los gastos de estancia y una parte proporcional por el tiempo invertido.

—Si logra devolverme a mi Ronald, o al menos averiguar qué es lo que ha pasado realmente, el dinero no será un problema, doctor Dröm.

* * *

El viaje transcurrió sin contratiempos y, en las cuatro horas que duró, el doctor Devon Mardröm continuó averiguando más detalles acerca del objeto de su búsqueda. Así, supo que el nombre de la empresa a la que se destinaban las transferencias era *Rama Pottery, INC*. Al parecer, se trataba de una corporación que exportaba artículos de alfarería procedentes de Oriente Medio. Resultaba cuanto menos chocante que su marido, un entusiasta de la tecnología punta, decidiese destinar importantes sumas de dinero a la importación y posterior distribución de semejantes artículos. Ronald siempre había demostrado tener un olfato excelente para los negocios, pero resultaba hartamente improbable un cambio en sus inversiones tan radical.

Llegados al domicilio del matrimonio, una imponente casa de una sola planta con más de tres yardas de jardín y un moderno sistema de seguridad, Devon Mardröm solicitó a su cliente acce-

so a los documentos privados del desaparecido. Mildred le condujo al despacho donde Ronald pasaba largas horas dirigiendo sus empresas desde el hogar, cuando se veía en la necesidad de llevarse trabajo a casa. Usando una llave de latón, la señora abrió la persiana de un escritorio antiguo de caoba para descubrir unos libros de cuentas y montones de facturas archivadas concienzudamente por su fecha de emisión. Le mostró al doctor los últimos movimientos de la cuenta bancaria en un extracto que había solicitado al banco la semana anterior, cuando supo de las inusuales transferencias que realizaba su esposo. En efecto, había movimientos de quince, veinte y treinta mil dólares a intervalos de entre una semana a cinco días durante el último mes. Todas a nombre de la misma empresa: *Rama Pottery, INC.* El doctor realizó una rápida inspección del resto de documentos a su disposición, hallando casi por casualidad un telegrama fechado de solamente diez días atrás. Su mensaje críptico le llamó la atención: «ESTA NOCHE, MISMO LUGAR. CEREMONIA PLENILUNIO. ETIQUETA. Firmado: LARRY».

–Señora Worthington, ¿Le dice algo este mensaje?

–Creo que sí. Ese Larry debe de ser, sin duda, su amigo Larry Trump. Se conocen desde el instituto.

–¿Cree que podría estar metido en ese culto también?

–Por supuesto. El viejo Larry nunca ha tenido demasiada personalidad. Si Ronald se tiraba a un pozo, Larry iba detrás sin pensárselo dos veces.

–Cuando su marido salía en dirección a esas reuniones, ¿se lo avisaba con antelación?

–Normalmente tenían un día establecido, casi siempre los viernes. Pero en ocasiones, simplemente me avisaba justo cuando estaba a punto de irse, como si lo hiciese de forma inesperada.

–¿Solía vestir de alguna manera especial cuando acudía a esas reuniones?

–Realmente no. Ronald estaba habituado a vestir elegante, debido a sus negocios. Siempre tratando con gente influyente, ya me entiende. Pero sí es cierto que alguna vez me llamó la atención el hecho de que se arreglase demasiado para ir simplemente a pasar la tarde con

su compañeros de póquer. Fue entonces cuando comencé a sospechar una aventura.

–Me gustaría hacerle una visita a ese Larry Trump. ¿Podría ponerme en contacto con alguien de su entorno a la mayor brevedad? –El doctor mantenía un tono sereno que resultaba tranquilizador. Parecía pisar un terreno que le era del todo conocido.

–Eso no será problema. Llamaré a Maude, su esposa. Viven a unas manzanas de aquí. No he hablado con ella desde que empezó todo esto, pero si su marido está metido en ese culto, también estará teniendo problemas.

* * *

Una hora más tarde, el doctor Devon Mardröm se hallaba sentado en la sala de estar de la residencia Trump, saboreando una taza de té negro ante la esposa de Larry, que se hallaba todavía en la oficina de su empresa de transportes. Tras las formalidades iniciales, entraron en materia y no le sorprendió descubrir que la señora Trump también había notado las mismas señales anómalas en su marido. Supo que éste se encontraba trabajando y no volvería hasta la hora de cenar. Llegados a ese punto, el doctor Mardröm se inclinó hacia delante, mirando fijamente a la dueña de la casa y, utilizando todas sus dotes de persuasión –que participaban en gran medida de técnicas de hipnosis subliminal– formuló una petición cuanto menos, insólita:

–Señora Trump, sé que esto que le voy a pedir le resultará extraño, pero le aseguro que es de vital importancia. Tengo razones poderosas para creer que su marido se encuentra en un grave peligro. Si está cayendo en las garras de algún culto destructivo, cada día que pase será más difícil sacarle de allí. ¿Está de acuerdo conmigo?

–Doctor Dröm, no dudo de que usted estará familiarizado con estos asuntos. Debido a mi educación cristiana, para mí es muy difícil aceptar algo así. Si no fuera porque he visto con mis propios ojos a mi marido cambiar de esa manera, no lo creería posible. Pero ahora que Mildred me ha contado lo de Ronald, haré lo que sea para salvar a Larry.

—Si estoy en lo cierto, la fuerza que está siendo ejercida sobre su marido y Ronald Worthington no entra en conflicto con sus creencias religiosas. Se trata de fenómenos explicables desde un punto de vista terrenal, que está íntimamente unido al espiritual como las caras de una misma moneda —El doctor hizo una pausa para que la señora pudiese asimilar sus palabras—.

»Lo que me propongo hacer es acceder al mundo onírico de su marido, esta misma noche. Necesito su colaboración para que me ayude a sintonizar con él en el momento en que se encuentre en lo más profundo de su sueño. Para ello, deberá administrarle una droga que yo mismo prepararé en cuanto termine esta conversación, mezclada con la última bebida que ingiera antes de irse a acostar. No tema, únicamente le hará dormir más profundamente y preparará sus ondas cerebrales para que yo pueda entrar al rastrearlas, como una baliza en la oscuridad.

—Larry siempre toma una taza de poleo menta delante del televisor antes de ir a la cama.

—Eso servirá. Mientras, yo me ocultaré en una estancia cercana al dormitorio, cuanto más próxima mejor. Es decir, si no hay inconveniente por su parte.

—Por favor. Hay una habitación de invitados al otro lado del pasillo, a unos diez metros.

—Sería mejor algo más cercano. ¿Qué hay arriba del dormitorio?

—Tenemos un desván, donde guardamos los viejos muebles y los trastos. No es muy confortable.

—Será perfecto. Ahora, si me indica dónde está, subiré mis artilugios y empezaré con los preparativos.

* * *

Cayó la noche y el doctor Mardröm prendió una vela para iluminar su improvisado laboratorio en miniatura. La señora Trump le había facilitado los datos antropométricos que necesitaba saber acerca del sujeto en cuyos sueños pretendía entrar. Había distintas formas de acceder al plano onírico de una persona en parti-

cular, pero en aquel momento, debido a la urgencia del asunto, la única que podía poner en práctica era la de inducción por fármacos. En una ocasión más favorable tal vez habría solicitado la colaboración de Agatha, su médium particular desde que empezara sus estudios en la universidad de Miskatonic. De esa forma, se podía acceder a los sueños de un sujeto receptivo mediante la simple meditación. Aunque esas conexiones tendían a ser frágiles, en contraposición a las profundas cabalgadas que se podían realizar en un buen sueño inducido por las drogas; una mezcla que debía ser ingerida por el soñador y el jinete en la justa medida, de acuerdo con el tamaño y la edad de ambos, además de otros factores más si se quería ser más preciso. En este caso, bastaría con lo que había podido averiguar de Larry Trump por mediación de su esposa y la foto reciente que había contemplado. Se acercaba el momento preciso, que vendría anunciado por tres golpes asesiados por la señora Trump en el techo con el palo de una escoba. Entonces Mardröm sabría que su marido se disponía a beber la infusión con la droga y a retirarse al dormitorio. El hecho de enfrentarse a un viaje onírico inducido por fármacos siempre le despertaba sentimientos contradictorios. Por un lado, la parte lúdica de su cerebro ansiaba la emoción de explorar territorios prohibidos, con la placentera sensación física que las drogas le proporcionaban. Por otra parte, era consciente de que otros más sabios que él habían sucumbido a la drogadicción y acabado con el cerebro abrasado por el LSD. Además, estaba *ella*. En ocasiones, no podía evitar que sus propios constructos subconscientes personales campasen a sus anchas en los sueños que transitaba. Y uno de ellos era la perfecta recreación de Amanda, su primer amor verdadero, con la que había compartido los primeros años universitarios. Se trataba de una bruja natural, con un gran talento para la adivinación. Una joven encantadora, salvaje y gutural cuando se abandonaba a las caricias de él, pero que sabía ser tierna y delicada cuando pasaba la furia de la tormenta pasional. No debió dejarla volar con él tan pronto. Apenas estaba preparado para explorar los planos oníricos fundamentales en solitario, menos aún en compañía. Quedó atrapada en un infierno personal; un mal viaje, lo llamaron los psiquiatras.

Su cuerpo, vivo pero inánime, permanecía en una institución para pacientes catatónicos desde entonces, sin dar señales de contacto con la realidad. Él siempre se había culpado por ello. Pero era inútil seguir atormentándose. Sacudió de su mente los pensamientos intrusos y en breve escuchó la señal acordada. Había llegado la hora. Devon Mardröm se tumbó de espaldas con las manos entrelazadas sobre el regazo y lentamente fue concentrándose en el ritmo de su respiración, con su diafragma ascendiendo y descendiendo a intervalos cada vez mayores. Pronto estaría allí...

* * *

Apareció en una llanura sin consistencia, flotando en posición vertical. Su yo inconsciente había encontrado la señal, nítida como un faro en mitad de la noche más oscura, gracias al efecto de la droga. Se encontraba vestido con su túnica y su capa, igual que como solía mostrarse en sus apariciones televisivas. Una sensación de paz le invadía mientras trataba de encontrar la línea del horizonte. En ocasiones, resultaba complicado orientarse en un plano onírico que todavía no se había formado completamente en la mente del soñador. Como ondas en un estanque en el que un niño travieso hubiese lanzado un guijarro, una expansión de círculos concéntricos multicolores atravesaron al místico por la cintura de forma indolora. Su origen parecía encontrarse a cientos, tal vez miles de metros mucho más adelante ¿o tal vez atrás? Poco a poco fueron apareciendo formas concretas en su campo de visión, como objetos en el interior de un tornado, un enloquecido carrusel de colores abigarrados. Era éste el momento en que se corría el mayor riesgo de vomitar, con el consiguiente peligro de broncoaspiración en el plano real, especialmente en la posición de decúbito supino. Esta era una de las razones por las que el doctor Mardröm apenas comía cuando iba a explorar los sueños de algún sujeto. Una vaca pintada a franjas de colores cálidos se detuvo unos instantes, flotando ante él, mirándolo con indiferencia antes de continuar su movimiento rotatorio hacia el infinito, en espirales cada vez más abiertas hasta perderse de vista, como el resto de artefactos. Pronto hubo pasado el

maelstrom, para alivio del doctor Dröm, señal inequívoca de que Larry Trump estaba a punto de entrar en fase REM. Tomó la precaución de camuflarse con el procedimiento del *Manto de Ditzkovich*, el equivalente onírico de ocultarse detrás de un arbusto. Contaba con numerosas maniobras mentales en su repertorio, que le permitían realizar todo tipo de hazañas cuando cabalgaba en el plano onírico, las cuales había desarrollado y perfeccionado durante los años. El hecho de darles un nombre y asociarlas a un determinado ritual, ya fuera un gesto o una fórmula verbal, les daba consistencia y hacía que le resultara más sencillo ponerlas en práctica. En ese momento, pudo contemplar a Larry Trump, tal como lo había visto en la foto familiar, pero con más pelo y notoriamente más delgado. En los sueños es habitual que el sujeto aparezca con una imagen distorsionada de sí mismo. Más joven, más alto, más guapo, con más pelo... A veces, lo más complicado resultaba identificar al soñador entre un elenco de personajes insólitos.

El señor Trump caminaba por un sendero de tierra entre el descuidado césped, a la sombra de lo que parecían unos cipreses bastante antiguos, a juzgar por su altura. Estaba llegando a una verja de hierro forjado con los remates formando motivos barrocos, profusamente adornados con relieves alegóricos de ángeles en distintas actitudes. En ese momento, el doctor Mardröm sufrió un sobresalto que casi le hizo despertar; sin duda, de no ser por la mezcla de fármacos que había ingerido habría resultado así. Sintió la presencia inconfundible de otro jinete de los sueños: no estaban solos. Aparentemente, a Larry la presencia le resultaba familiar, pues inmediatamente entabló conversación con total naturalidad. Todavía no pudo distinguir ninguna forma desde su posición, pero sabía que estaba ahí. Se alegró de haber tenido la precaución de ocultar su presencia antes de la irrupción del caminante, de otro modo se habría visto sorprendido. Aguzando el oído, trató de distinguir la conversación.

—...se acerca el momento. Mañana mismo, a la hora señalada. Pronto, los secretos que tanto ansías te serán revelados. Solo te pido un último esfuerzo, hermano —La voz sonaba ronca y profunda como una apisonadora machacando gravilla—.

—Claro, lo que sea. Sabes que puedes contar conmigo —respondió Larry Trump.

—Todas las ceremonias de iniciación han sido completadas con éxito. Mas lo que se aproxima ahora será del todo...

Mardröm no pudo distinguir el resto de la oración, pues el ensordecedor ruido de un tren de mercancías que llegaba a lo lejos llenó la atmósfera, ahogando todo otro sonido. Entonces, sintió de súbito el roce de una mano casi imperceptible sobre su hombro.

—¡Devon! Hacía tiempo que no nos encontrábamos. Sigues tan atractivo como siempre.

La chica que así le hablaba, una despampante danzarina hindú ataviada con un breve atuendo a base de tules y un corpiño con pedrería, le miraba divertida. Se trataba de uno de sus constructos personales recurrentes, una especie de compañeros imaginarios que, en ocasiones, aparecían cuando menos se les esperaba en mitad de una cabalgada onírica. Cada uno estaba formado por fragmentos de recuerdos del Doctor Dröm y demostraban tener voluntad propia, a veces de forma bastante inoportuna.

—¡Maldita sea! —susurró Mardröm—. Tienes el don de la oportunidad, Rasheeda. ¿Es que no ves que este no es un buen momento? ¿Por qué crees que llevo el *Manto*? ¡Escóndete!

Frente a Larry Trump, ahora sí pudo distinguir una figura que escrutaba ante sí, alertado sin duda por el jaleo. Era un hombre alto embozado en un hábito de monje que no dejaba ver su rostro.

—Ahora debo partir —dijo el extraño monje—. Por un momento, me ha parecido notar... No tiene importancia. Solo quiero decirte que esta semana tendrás que hacer una nueva transferencia, cuanto más generosa mejor. Digamos treinta mil. No lo olvides, hermano. Es de vital importancia.

—Descuida, así se hará.

* * *

Se despertó de forma brusca, con la punta de la nariz adormecida por el efecto de las drogas.

De no haber sido por la aparición de Rasheeda, tal vez habría podido resolver el misterio de un plumazo. Pero esas cosas pasaban a veces. Tendría que seguir buscando a partir de los datos que tenía. Todo apuntaba a que alguien con la capacidad de cabalgar los sueños estaba usando su habilidad para influir de forma subliminal en empresarios de la zona para conseguir que le hiciesen donaciones de dinero. Todavía no tenía claro cuál sería el método empleado por ese jinete onírico. Sin duda, debía de tratarse de alguien fuerte y con experiencia. Tal vez hubiera estudiado en la universidad de Miskatonic, o también podría tratarse de un advenedizo. Al parecer, se estaba preparando para algo, e iba a suceder la noche siguiente... ¿de qué podría tratarse? Un ritual con parafernalia pseudo—mágica? ¿Un suicidio colectivo? La imagen iba disfrazada de forma que quedaba irreconocible, pero tal vez pudiera sacar alguna pista del sueño en sí. Aquella verja... casi como la de un cementerio. Y había algo más... ¡el sonido del tren! Tal vez ahí estaba la clave. No le sorprendería que, después de todo, el cementerio local de Norwich estuviera situado junto a la vía del ferrocarril.

* * *

Tras un desayuno frugal, ofrecido por la solícita señora Trump, el doctor Mardröm tomó un taxi en dirección al cementerio. Tal como sospechaba, a lo largo de la valla posterior del cementerio de Norwich discurría el ferrocarril desde tiempos coloniales. El siguiente paso de su investigación sería reconocer el terreno para comprobar si su percepción extrasensorial le alertaba de alguna anomalía de naturaleza psíquica. Encontró la verja abierta al público y, aunque no guardaba demasiado parecido con la que había visto en el sueño de Larry Trump, esto no le preocupó. A menudo, los objetos y lugares son representados de forma diferente a como los vemos en la realidad. Paseando con aire despreocupado por el extenso camposanto, Devon Mardröm pudo distinguir a lo lejos la figura cargada de hombros de un individuo que contaría con unos sesenta años de edad, portando una pala y una gaveta con herramientas. Se acercó a él, saludándole con la mano y se pre-

sentó. El sepulturero le reconoció en el acto, a pesar de que vestía con ropas menos llamativas que de costumbre, con un gabán de tres cuartos y sombrero, y pronto entablaron conversación.

—¿Y qué le trae por Norwich, doctor? ¿Tiene algún familiar enterrado aquí? —preguntó el afable hombre maduro.

—No, nada de eso —y añadió, en tono deliberadamente confidencial—: A decir verdad, estoy en mitad de una investigación.

—Vaya, eso es fantástico. ¿Puedo preguntar de qué se trata?

—De momento, no puedo revelar muchos detalles al respecto —Mardröm supo enseguida que aquel hombrecillo colaboraría con él en todo lo que le pidiese, si tan solo le dejaba participar en sus pesquisas—. Lo cierto es que estoy en una fase muy inicial todavía. De hecho, he venido expresamente a hablar con usted. ¿Tendría unos minutos, señor...?

—Jenkins. Howard Jenkins, para servirle. Por favor, sígame a la garita. No es gran cosa, pero al menos podremos sentarnos a cobijo. A estas horas, la humedad se te mete en los huesos.

* * *

En el interior del cubículo del enterrador, el doctor Mardröm comenzó su interrogatorio. Al preguntar sobre si había visto últimamente algún movimiento fuera de lo común en el recinto del cementerio o sus alrededores, Jenkins se rascó el mentón en actitud pensativa unos instantes. Según relató, hacía apenas dos meses se habían realizado reformas en un antiguo mausoleo familiar. Normalmente, esto no habría supuesto nada extraordinario, de no ser por que las obras tuvieron lugar de forma casi exclusiva en el interior del panteón, pero no en el exterior. ¿Quién querría meter una cuadrilla de diez obreros en un panteón durante dos semanas para realizar reformas? Y eso no era todo: además, los operarios eran todos orientales que no hablaban entre sí y se comportaban de manera extraña. No se relacionaban con nadie en el cementerio y ni siquiera devolvían el saludo. Probablemente, inmigrantes ilegales o algo similar, había pensado el enterrador.

Mardröm quiso saber si en el cementerio había algún registro de propiedad de los diferentes edificios funerarios. En efecto, el sepulturero tenía una copia del libro allí mismo y le permitió consultarlo. El resultado no podía ser más esclarecedor: hacía tres meses, la empresa *Rama Pottery, INC* había adquirido la cripta, que había pasado a ser de propiedad municipal desde hacía unos años. Ningún heredero de los Lacatus, la familia que la erigió en el año 1795, la había reclamado en décadas. Según se comentaba, los últimos supervivientes del clan retornaron a la vieja Europa, de donde procedía su linaje, a principios del siglo XX y nunca regresaron. Nadie en la localidad los echó de menos, debido a su carácter antisocial y a los rumores que los señalaban como practicantes de ritos paganos. El doctor le pidió que le llevase al lugar, a lo que Jenkins accedió entusiasmado. Le condujo a través de las tumbas que salpicaban el terreno de muelle césped impecablemente cortado y numerosos bloques de nichos floridos a ambos lados de la calle. Al doblar un recodo, pudo ver un solitario mausoleo, de fachada de estilo gótico elaborada en granito, que se alzaba apartado de los panteones colindantes. Conforme se iban acercando, Mardröm se sintió abrumado por intensas emanaciones psíquicas que pesaban en el aire como un mal sueño. Inmediatamente, supo que ahí estaba el origen del mal que aquejaba a Ronald Worthington y Larry Trump. La pesada puerta de bronce estaba guardada por un grueso candado. Se trataba de un cerrojo antiguo de muy bella elaboración y quienquiera que encargara la reforma había decidido conservarlo. Por suerte, Jenkins guardaba una copia de cada llave existente en el cementerio. No le costó demasiado al doctor Dröm convencer al sepulturero de que abriese la tumba para él como parte de su investigación... ¡Esa misma noche!

* * *

Dedicó una última mirada afirmativa al señor Jenkins, que desde el umbral de la cripta parecía esperar una confirmación antes de proceder a encerrarle en el mausoleo. Acto seguido, la puerta se cerró de forma rotunda e irrevocable. El sonido de la cadena al ser recolocada alrededor de las abrazaderas, seguido de la llave al girar

en el cerrojo resonaron en la tumba desierta. El eco consiguió inquietarle durante unos intensos instantes. Sabía que el sepulturero no volvería hasta el amanecer, para dejarle salir, fuera cual fuese el curso de los acontecimientos. A pesar de que se había enfrentado en varias ocasiones a lo largo de su carrera a situaciones similares, no era capaz de desterrar de su mente el miedo a lo desconocido. Encendiendo su linterna de bolsillo, procedió a explorar la estancia. Lo que contempló no evidenciaba en modo alguno un concienzudo trabajo de reformas llevado a cabo por diez obreros durante dos semanas. A decir verdad, se trataba de un pieza bastante sencilla, de planta circular y techo alto con ventanas de arco ojival con vidrieras y una sobria tumba en el centro. Sacando una moneda, la pasó detenidamente por toda la pared hasta regresar al punto de partida. No apreció cambios en la resonancia que sugiriesen un falso tabique. Sin embargo, percibía emanaciones psíquicas muy intensas en aquella estancia. Solo le quedaba una opción: el subsuelo. Haciendo un esfuerzo extraordinario, consiguió mover la tapa pétrea del sepulcro, que reveló unas tinieblas más negras que la penumbras que le envolvían. Un vistazo bajo el haz de luz de su linterna le mostró unos escalones tallados con precisión en la roca viva, que descendían varios metros por debajo del nivel del suelo. Un olor a humedad y a tumba antigua le azotó en pleno rostro cuando bajó los primeros peldaños hacia la oscuridad. Cerró la tapa tras de sí y sin perder un instante, se adentró cada vez más profundo en las raíces del cementerio de Norwich, tratando de aguzar sus sentidos al máximo por lo que pudiera salir a su encuentro. Después de descender lo que debió de ser el equivalente a dos pisos, pudo ver una bóveda de cañón al final de la escalera. Se trataba de un acceso a otra estancia, de la que irradiaba un tenue resplandor ambarino que se proyectaba contra la pared irregular. Con el mayor sigilo, se asomó a su interior para encontrar una nueva estancia circular, de diámetro tres veces mayor que la falsa cripta del nivel superior, cuyo centro geométrico estaba presidido por lo que parecía ser una especie de altar adornado por símbolos cabalísticos. Las baldosas del suelo, gastadas por el paso de incontables años, formaban un mosaico en forma de pentáculo cuyos vértices apuntaban a cinco nichos

excavados en la pared. Éstos estaban cerrados con gruesos barrotes y la escasa iluminación de la sala, que provenía de una lámpara eléctrica que pendía del techo abovedado, impedía ver su interior. Mardröm se acercó al habitáculo que estaba más próximo a su derecha, encontrando la reja abierta, y escrutó en su interior. La escena que encontró confirmó sus peores sospechas: sobre una camilla metálica, como la que se encontraría en cualquier enfermería de hospital, se hallaba el cuerpo inanimado de un varón de mediana edad. Al acercarse más, y tras un rápido examen a la tenue luz de su linterna, pudo comprobar que el individuo se asemejaba razonablemente a Larry Trump, pero mucho más demacrado que en la foto que le enseñara su esposa. El color cetrino de sus mejillas y lo acentuado de las ojeras que ribeteaban sus órbitas hundidas evidenciaban grandes sufrimientos. Conectado a su antebrazo, una vía de acceso venoso le infundía el líquido transparente que goteaba de una bolsa colgada de un gancho sujeto a la pared. Con alivio, comprobó que aún tenía pulso, aunque débil.

Un grave chirrido metálico que levantó ecos ominosos en la bóveda le sacó de sus meditaciones. ¡Alguien estaba accediendo a la cripta secreta! Con el corazón desbocado, recorrió la gruta en busca de un escondrijo. Creyó encontrarlo en uno de los nichos, excavados en la pared, donde descansaban los raídos huesos de algún antepasado de la familia Lacatus. La tapa de la tumba estaba partida, con lo que Mardröm solo tuvo que apartarla para introducirse en la angosta hendidura. El esqueleto se deshizo en su mayor parte bajo el peso del parapsicólogo, que se felicitó por mantenerse en una aceptable forma física a sus treinta y seis años de edad. Hizo un esfuerzo para no estornudar al inhalar el polvo insano del cadáver y volvió a colocar lo mejor que pudo la losa. Su escondite no resistiría un examen minucioso, pero al menos podría vislumbrar los acontecimientos que iban a suceder en el centro de la estancia.

Los pasos se acercaban cada vez más y una voz salmodiaba en una lengua que no logró reconocer. Desde su posición, creyó distinguir las siluetas de varias personas que ocupaban un lugar en cada uno de los vértices del pentagrama. No le extrañó comprobar que uno de ellos,

efectivamente, era el señor Trump. El individuo que canturreaba ocupaba el centro, frente al altar. Estimó que le acompañaban cuatro acólitos, quedando libre el extremo donde se ocultaba él: tal vez, el quinto partícipe de la ceremonia era Ronald Worthington, aun en su estado vegetativo. Haciendo un esfuerzo, consiguió distinguir varias palabras de la jerigonza que emitía el presunto sacerdote. Se trataba de vocablos que había estudiado de pasada en Miskatonic en la asignatura de «Magia antigua y medieval», materia a la que nunca había prestado demasiada atención, por considerarla una exótica colección de chifladuras. Jamás supo de nadie que hubiera llegado muy lejos estudiando los encantamientos medievales, más allá de como mera curiosidad folclórica. Sin embargo, el ritual parecía estar surtiendo un efecto hipnótico en la concurrencia allí reunida, que repetía la letanía en un tono cada vez más alto y enervante. Mientras salmodiaba, el gurú mezclaba distintos elementos en una cubeta y, repartiendo el brebaje resultante en varias copas, se lo dio a beber a los acólitos. Tomó él mismo otra dosis y a continuación les indicó con gestos que se retirasen a los nichos. Entonces, accionó un conmutador que estaba integrado en el altar y se encendieron las luces en cada uno de los cinco habitáculos, incluyendo el que ocupaban Larry Trump y el doctor Mardröm. Enseguida comprendió lo que iba a ocurrir. Las drogas y la hipnosis estaban induciendo una ensoñación colectiva guiada por el falso sacerdote. Ésta era la ocasión que el doctor Mardröm estaba esperando para tratar de abortar los planes del misterioso estafador. Sacó una dosis de la mezcla que había utilizado la noche anterior y la ingirió, doblando la dosis para conseguir un efecto inmediato, aunque sabía que eso le podía traer dificultades a la hora de despertar. Lentamente, las brumas de Oniros le sumieron en una plácida inconsciencia.

* * *

Se hallaba en la sala de reuniones de algún tipo de empresa. Lo adivinó por el enorme logotipo que colgaba de la pared justo por detrás de la figura que presidía la mesa, simbolizando una serpiente enroscada alrededor del globo terráqueo. Activó el *Manto de Ditkovich* para

no revelar su presencia antes de averiguar algo más sobre su oponente. El individuo, de rasgos inconfundiblemente hindúes, entrelazaba los dedos en una actitud observadora. Entre el resto de los asistentes se encontraban tanto Larry Trump como Ronald Worthington. Todos vestían elegantes trajes de colores sobrios y portaban carpetas de piel con el mismo logotipo de la pared. El hindú abrió la sesión.

–Bienvenidos todos, hermanos. Como sabéis, el día de la admonición de nuestro anhelado Innombrable se acerca. Ya nada podrá impedir que camine de nuevo entre nosotros y separe a sus devotos seguidores del resto de chusma ignorante. Sus cráneos pavimentarán las calzadas que llevarán a Su ascensión al poder que le corresponde por derecho. Nosotros, Sus fieles sirvientes, seremos los primeros en beber la sangre de Sus enemigos y regalarnos con la carne de los infieles.

–Que así sea por siempre –contestaron a coro los acólitos con un tono monocorde.

–No obstante –siguió el gurú–, percibo una rata que se esconde entre nosotros. Realmente debe tratarse de alguien muy mezquino como para atreverse a presentarse por dos veces ante mi presencia sin ser requerido. ¡Muéstrate, intruso!

Sobresaltado, Mardröm se preguntó qué error habría cometido. Tal vez su antagonista era capaz de captar la débil traza mística que inevitablemente dejaba en el plano onírico su defensa. Ya la había utilizado antes en su presencia. Se maldijo a sí mismo por haber subestimado a su rival.

–Yo soy el que viene en auxilio de estas víctimas que te propones llevar a la perdición, impostor –exclamó, haciéndose visible. Una vez descubierto su disfraz, no podía resistirse a protagonizar una entrada dramática–. ¡Contempla el rostro del Doctor Dröm!

–Tu intromisión te resultará cara, ilusionista de feria –dijo el hindú, mientras adoptaba la forma de un tigre antropomorfo de tres metros de altura–. Mis poderes están en su cenit, y no hacen más que aumentar mientras hablamos.

–Salgamos fuera de aquí, donde estos inocentes no corran peligro.

—¿Inocentes? Te refieres a estos reptiles, sin duda... —Haciendo un gesto con la mano izquierda, lanzó un haz de luz que convirtió a los cinco acólitos en híbridos de rostro serpentino y garras afiladas. Los que una vez habían sido humanos, ahora le observaban con una expresión de odio indescriptible en sus ojos bestiales. Emitiendo un sonido sibilante de cólera animal, se abalanzaron sobre Devon Mardröm dejando atrás jirones de ropa. Consiguió ponerse a salvo llevando ejecutando con presteza el *Escudo de Percival* al tiempo que esquivaba por milímetros las garras sedientas de sangre. Sabiéndose en desventaja al desear daño alguno a los inocentes, decidió convocar a uno de sus constructos personales, cruzando los dedos por que no se tratase de Amanda. Al instante, la exuberante silueta de Rasheeda apareció de la nada.

—¿Se está preparando una fiesta? —se presentó. Dröm sabía que, a pesar de su aspecto delicado, Rasheeda era una valiosa compañía cuando había que luchar—. Supongo que me habrás descongelado para algo, ¿verdad?

—¿Acaso lo dudas, tigresa? Entretén a éstos mientras yo lucho con su jefe. Pero nada de dañarlos seriamente, ¿entendido? —dijo Mardröm.

—Tranquilo. Sabes que soy toda dulzura.

—Lo dejo en tus manos, Rasheeda. Yo tengo trabajo suficiente con ese demonio —Y se encaró con el hombre— tigre hindú para una confrontación onírica.

* * *

Al mismo tiempo, en el plano real, otro jugador entraba en escena. Siguiendo instrucciones de su mentor, Claudia Lavelle entró en la cripta una vez todos estuvieron dormidos. La tarea que estaba encargada de realizar no resultaría difícil para alguien de sus habilidades, pero era de vital importancia para los planes de Rashid Singh. Le había conocido meses atrás, en la planta del hospital donde ejercía su profesión de enfermera. Él había sido ingresado brevemente para una simple operación de apendicitis y desde el primer instante en que entablaron conversación había surgido una chispa entre ambos. Comenzaron a verse cada vez con más frecuencia y

la fascinación que el apuesto extranjero ejercía sobre ella iba en aumento. Luego, una noche después de practicar distintos juegos eróticos de carácter sádico, él le había confesado sus propósitos. Serían ricos, inmensamente ricos en tan solo unas semanas de trabajo. Todo lo que ella debía hacer era prestarle sus servicios como enfermera y mantener la boca cerrada. Del resto se encargaría él. Una vez reunida una fortuna satisfactoria, desaparecerían de la faz de la Tierra el tiempo suficiente para que todo quedara olvidado. Extrayendo el material de su maletín, se dirigió hacia la primera camilla. Tenía aproximadamente un cuarto de hora para colocar las cinco cánulas endovenosas y comenzar a extraer la sangre de los cinco involuntarios donantes, tal como había hecho las últimas cuatro semanas. Después, haría desaparecer las evidencias de manera definitiva, dejando solo las diminutas marcas de los pinchazos como mudos testigos de sus acciones.

* * *

—No dejaré que lo estropees, adivino sobrevalorado —tronó Rashid Singh, lanzando un rayo quebrado y deslumbrante, que Mardröm deflectó con su *Escudo de Percival*, ya algo debilitado. Desde la azotea del edificio que ocupaban, dominaban el paisaje de una ciudad de ángulos quebrados y cúpulas imposibles, salidos de la pesadilla de un desequilibrado.

—Gente como tú deshonor nuestra profesión. No voy a dejar que te salgas con la tuya —Y convocó una barrera de hielo para poder tomar aire ante la lluvia de rayos que trataban de alcanzarle.

—¿Acaso tú eres diferente? ¿Quién te ha contratado? La esposa de alguno de estos ricachones? —Hizo aparecer la cabeza de un dragón de la nada, que escupió una llamarada para derretir el hielo.

—Mis motivos no te incumben. Lo único que debes saber es que voy a acabar con tu numerito —Mardröm se situó en el interior de un tornado levógiro del que salían disparadas puntas de flecha en todas direcciones. Su oponente se zambulló en el suelo, pasando a través de la su-

perficie como si de agua se tratase, para aparecer justo detrás del doctor. Éste, cogido por sorpresa, apenas tuvo tiempo de evitar el mortal sesgo de las garras, que hicieron jirones su capa y le arrancaron tiras de piel de la espalda.

* * *

En la sala de reuniones de la oficina en la que se había escenificado el principio del sueño, Rasheeda mantenía a raya como podía a los lagartos humanoides. Comprobó con ansiedad que, a medida que avanzaba el combate, los seres adquirían mayor consistencia, como si se tratase de fantasmas de humo que se estuviesen solidificando. Sus golpes cada vez le afectaban más. Sabedor de que su existencia onírica estaba ligada al Doctor Dröm, de cuya personalidad era meramente una astilla desprendida de manera inconsciente, tenía algunos trucos propios. Ejecutando distintos pases de baile conseguía lanzar sus ataques de ondas sónicas sobre los ofidios, aunque iban perdiendo efectividad conforme avanzaba la lucha. A través de la ventana podía ver la pelea de los dos místicos, en la azotea de un edificio cercano. Ejecutando un giro sobre sí misma y moviendo sus torneadas caderas con movimientos que desafiaban las leyes de la física, consiguió materializar de la nada una jaula de energía, en la que confinó temporalmente a los reptiles. Esto le daría tiempo para ponerse en contacto con el doctor. Realizando una floritura, extendió el brazo hacia el techo al tiempo que se dejaba caer de rodillas echaba la cabeza bruscamente hacia atrás, con los negros cabellos cayéndole en cascada de forma dramática. Haciendo un esfuerzo mental por comunicarse con el Doctor Dröm, le mandó un mensaje desesperado de advertencia: *Hay algo que no marcha bien. Se están haciendo cada vez más fuertes.*

* * *

Las bolsas se iban llenando con el fluido vital a buen ritmo, para satisfacción de Claudia. A decir verdad, siempre había sabido en su interior que era perfectamente capaz de llevar a cabo

cosas así. Su afición por la estética y la música góticas, manifestadas a edad temprana, tal vez habían influido en la lenta metamorfosis que la había convertido en lo que era ahora: una asesina en potencia. ¿O tal vez siempre había tenido una tecla rota en su mente? Poco importaba ya, cuando su vida había avanzado por aquel túnel oscuro del que sabía no iba a regresar jamás. Compartiría el destino de Rashid aunque se tratase de acabar en el mismísimo Infierno. En cuanto a las víctimas... En realidad, no podría sentir lástima por ellas aunque se lo propusiese. Oh, cómo habían abrazado el culto a los Primigenios cuando todo lo que tenían que hacer era participar en orgías y empaparse de drogas alucinógenas. Los donativos no eran problema para quienes estaban tan podridos de pasta que no sabían en qué gastarla. Después comenzaron las extracciones de sangre. Según Rashid, la debilidad que de este modo se inducía en las víctimas les hacía más vulnerables a la sugestión hipnótica. Ésta era llevada a cabo mediante el control de los sueños, materia en la que Rashid era todo un maestro; ella misma lo había comprobado. A veces se había preguntado hasta qué punto su fascinación por el oriental podría estar inducida por él de manera artificial. En cualquier caso, no le importaba demasiado: gracias a él había descubierto quién era ella en realidad y aquello para lo que había nacido.

* * *

La mente del doctor Dröm se puso a trabajar al tiempo que continuaba luchando con el hindú. En condiciones normales, la capacidad de un jinete de los sueños para controlar a otros soñadores disminuía si su atención se veía desviada hacia otro asunto más urgente. Éste era uno de los motivos por los que había decidido sacar la confrontación fuera de la oficina: si no podía mantener el contacto visual, le resultaría difícil manejarlos. Pero Rasheeda le estaba avisando de que estaba sucediendo justamente lo contrario. Con los años, Mardröm había aprendido a confiar en el buen criterio de la chica hindú en materia de enfrentamientos oníricos. Tenía que estar ocurriendo algo que aumentase la solidez de la presencia de las víctimas en el plano onírico. Y si aquí se volvían más fuertes, entonces...

¡tendrían que estar debilitándose en la realidad! Tal vez estuvieran muriendo poco a poco. Entonces lo vio claro. ¡Las camillas! Había visto aquella infusión intravenosa en el antebrazo del señor Worthington. Tal vez algún tipo de veneno o benzodiacepina en altas dosis. Dudaba que aquel gurú hindú estuviera actuando solo. Tenía que acabar con esa lucha sin perder tiempo, si quería salvar las vidas de sus víctimas.

—Dime tu nombre, asesino, antes de que acabe contigo —le provocó Mardröm, tratando de encontrar alguna debilidad en su oponente.

—Ya deberías saberlo, Devon Malkström. ¿Tan pronto te has olvidado de un viejo compañero de facultad?

Hacía años que nadie le llamaba por su verdadero nombre. Lo cambió por Mardröm, que significa *pesadilla* en el idioma de sus antepasados. Entonces pensó que sería un buen nombre artístico. Lo cierto es que todos acabaron llamándole por el más corto *Doctor Dröm*. De pronto, se encendió el recuerdo en su mente como un fogonazo. Un alumno problemático, procedente de la India, que fue expulsado en el segundo curso por practicar rituales prohibidos. Rashid Singh se había convertido en un proscrito, pero evidentemente había continuado por su cuenta sus estudios hasta alcanzar una maestría comparable a la del propio Mardröm, aunque carente de escrúpulos morales.

—Singh, siempre fuiste un patán. Recuerdo cómo babeabas entre grimorios apestosos, siempre ignorado por las chavalas.

—Mi expulsión fue del todo injusta. Aquellos vejesterios tenían miedo de alcanzar conocimientos ignotos. Pronto me di cuenta de que ya no los necesitaba.

—¿Quién habla de tu expulsión? —repuso, so-carrón—. Por favor, no te des tanta importancia. Ambos sabemos que ese rollo de Cthulhu, Yog—Sothoth y la rana Gustavo no es más que literatura fantástica. En cambio, sí que me acuerdo de aquella chica que había en clase de herboristería curativa. ¿Cómo se llamaba? Terry. ¿Recuerdas cómo te rechazó cuando la invitaste a salir? ¿Cuales fueron exactamente sus palabras, delante de toda la clase? “Contigo no, monstruito”. ¿Puedes creerlo? Terry «La Última», la llamábamos. Le pusimos ese mote

porque si todas las demás te decían que no, al menos podías contar con Terry como última opción. Nunca le decía que no a nadie. Recuerdo una ocasión en que...

—¡Basta ya! ¡Prepárate a morir! —Y, perdiendo su forma felina, reveló su verdadero rostro, de ojos saltones y mejillas picadas por el acné in-misericorde. Su cabello encrespado y grasiento le daba un aspecto sucio y desaliñado. Se abalanzó sobre el Doctor Dröm con las manos crispadas como garras, buscando su garganta. Pero fue recibido con una precisa llave giratoria que le proyectó de cabeza contra un muro de ladrillos recién materializado por el doctor. Como todo jinete sabe, cuanto sucede en el plano onírico tiene consecuencias en la realidad.

—Éste está para el arrastre, Doc —observó Rasheeda, que acababa de aterrizar en la azotea montada en una alfombra voladora—. He dejado a los lagartos en una jaula, pero no durará mucho.

—Gracias por todo, Rasheeda. Por el momento bastará. Pero ahora debo despertar a toda costa. La vida de cinco personas está en juego. ¿Me ayudarás antes de despedirnos?

—¿Acaso no es siempre así? —dijo con aire de melancólica resignación—. Tú procura que no me duela demasiado esta vez, Doc.

El Doctor Dröm imaginó una katana japonesa perfectamente afilada materializándose en su mano y, de un solo y preciso tajo, cortó la cabeza de su constructo personal. Era la forma más directa de conseguir despertarse después de haber tomado una dosis de droga tan alta. Cerró los ojos para no ver el cuerpo perfecto de la joven caer desmadejado a sus pies, con la separada cabeza rebotando de forma grotesca.

* * *

Despertó abruptamente, con un tremendo dolor en el cuello que le forzó a sujetarse la cabeza con ambas manos para poderse girar dentro de su estrecho escondite. Cada vez que se veía obligado a «matar» a uno de sus constructos, que representaban a una parte de su propia psique, las consecuencias físicas eran patentes. Se revolvó

entre el polvo y los huesos astillados y apartó la losa que cubría el nicho a tiempo de ver una figura femenina que se giró, alertada por el ruido. Salió de la tumba lo más aprisa que pudo y la enfermera, una vez repuesta del pánico que le produjo la visión de un ser inesperado saliendo del sepulcro como si de un *ghoul* se tratase, comprendió que algo estaba saliendo terriblemente mal. Su amado continuaba tendido en el altar, sumido en un profundo trance y el intruso amenazaba claramente su plan.

El Doctor Dröm ató en su mente los cabos que quedaban sueltos al instante: Rashid Singh tenía una ayudante que estaba desangrando lentamente a sus víctimas; de ese modo, se nutría de su esencia vital en el plano onírico, aumentando su poder. Esta práctica se consideraba una aberración en el círculo de jinetes oníricos, representando la forma más abyecta de vampirismo conocida. Si quería salvar las vidas de los yacientes debía actuar con rapidez. Todavía atontado por los efectos de la droga de inducción, se aproximó a la siniestra asistente del hindú, en un intento de reducirla por la fuerza. La enfermera demostró una rapidez de reflejos fuera de lo común y esquivó el ataque del Doctor Dröm, haciéndole tropezar y caer al suelo de piedra. Aprovechando la situación, se dispuso a arrastrar la durmiente figura de su amado. En realidad se trataba de un hombrecillo encorvado y endeble que usaba alzas para parecer más alto, pero al que ella veía como un apuesto príncipe oriental. Una vez recuperado de la conmoción, Mardröm se percató del material quirúrgico que estaba cuidadosamente colocado junto al altar y comenzó a extraer uno a uno los catéteres de los durmientes. Ató fuertemente unos trozos de gasa alrededor de los puntos de punción para cortar la hemorragia. De todos modos, no había escapatoria posible para los dos malhechores en esa gruta sin salida; ya se encargaría de ellos más tarde. Ambas figuras se arrastraron en el interior de uno de los nichos. Un fuerte estruendo de goznes girando sobre su eje y piedra arrastrándose sobre el suelo le indicó que debía de haber una puerta secreta al fondo. Pero no podía dejar a medias la labor que estaba desempeñando; lo primordial era salvar a las víctimas. Una vez hubo atendido a los cinco soñadores, se aseguró de que tenían signos vitales y se deslizó en el nicho por el que había escapado la siniestra pareja. Ante él se abría un oscuro tú-

nel, oscuro como una marea negra, que se adentraba varias decenas de metros en el subsuelo. Pudo oler el agua desde allí, pero no fue hasta que alcanzó el embarcadero que comprendió lo que acababa de suceder. La corriente subterránea, ancha como un pequeño río, había servido de vía de escape a los vampiros. El hallazgo daba sentido a las misteriosas obras que habían tenido lugar en la cripta meses atrás. En lo más profundo de su mente, Devon Mardröm sabía que Rashid Singh se volvería a cruzar en su camino. Solo esperaba que, esa vez, fuera capaz de detenerle... de forma permanente.

* * *

De vuelta en su residencia, el Doctor Dröm relataba la resolución del caso a Agatha delante de una taza de humeante café negro. Una vez el enterrador hubo cumplido su palabra, le encomendó la tarea de alertar del suceso a las autoridades y así poder organizar el traslado de las víctimas al hospital. Con una sonrisa de complicidad, le había otorgado unos minutos de cortesía para abandonar el escenario, a fin de evitarse explicaciones incómodas a los agentes. De todos modos, no esperaba que la policía fuera a creerse sin más que su presencia allí estaba relacionada con algún tipo de experiencia extrasensorial. A pesar de que contaba con algunos contactos influyentes en las altas esferas de la justicia, el sentido común le aconsejaba actuar con discreción.

—¿Fuiste luego a hablar con la señora Worthington? —preguntó Agatha, cuya piel lucía tersa como la de una quinceañera.

—Sí, así fue. Prefería darle yo mismo las buenas nuevas... además de poder recoger el cheque.

—Han sido un par de días de lo más productivo, por lo que veo. ¿Crees que volveremos a saber de ese Singh?

—Es posible. Solo el tiempo dirá si se atreve a volver a intentar algo parecido. Al menos en nuestra zona de influencia. Tengo que poner sobre aviso al resto del Círculo de Jinetes Oníricos. Un sujeto con ese poder y falta de escrúpulos puede hacer mucho daño si se le deja actuar a sus anchas —El doctor dio por terminado su café y se dispuso a desabrocharse la camisa para dar-

se una ducha revitalizante-. ¿Te importaría dejarme solo? Si no me doy una ducha pronto, creo que me volveré loco.

-¿Ahora te muestras tímido? Vamos, Devon. Tal vez olvidas que yo te cambiaba los pañales cuando aún estabas en la cuna. Nada de lo que tengas puede escandalizarme.

-Eso ya lo sé, pero no puedo evitar sentirme incómodo cuando me miran. Será por las cicatrices, no lo sé.

-Tonterías. Solo son las pruebas de una vida interesante. Por cierto, hace tiempo que no practicamos en profundidad la terapia tántrica que tanto te ayuda a recuperarte de las batallas oníricas. Y últimamente me siento especialmente femenina... -Y, dejando caer la bata de raso

oriental, le regaló con la visión de su cuerpo exuberante y turgente, cuya sola contemplación provocaba una reacción en cualquier hombre que le impedía pensar en cualquier cosa que no fueran imágenes irracionales de lujuria desatada. Todo ello iba unido a una mirada templada a fuego lento por el paso de las décadas, tantas que casi no recordaba cuántas. Esa era su maldición y, al mismo tiempo, su don: Agatha Mandrake era virtualmente inmortal.

FIN

¿Quieres publicar TUS RELATOS en nuestra revista?



Los requisitos son muy **pocos y sencillos**:

1 Pertenecer a uno de estos tres géneros:
Fantasia, Ciencia Ficción o Terror.

2 Su extensión debe ser de **6 a 10** páginas de Word,
a tipo de letra Times o similar de 12 puntos.
[Si tu escrito tiene una extensión diferente, pregúntanos]

3 No exigimos exclusividad. Puedes publicarlo simultáneamente
aquí y dónde quieras. **Todos los derechos son tuyos.**

Fácil, ¿verdad?

¡No lo dudes! Si tienes alguna buena historia que contar, **envíanosla**.
Estaremos encantados de hablar contigo.

revista@editorialvalinor.com

titán

Un relato de ciencia ficción de Arthur Charlan

*«Descifrar lo que esta delante de nuestros ojos
requiere una lucha constante».*

Orwell

Desde que nacemos cierto número de sujetos estamos predeterminados y programados para morir un día señalado de nuestras vidas, entre los veinte y treinta años de edad. Cuando comenzamos la primaria a la edad de seis años, se nos administra una vacuna y una de cada mil lleva incorporada una nanocapsula, que una vez disuelta en la sangre distribuye decenas de nanobots sin posibilidad de rastrearlos para su destrucción. Para cuando llega el momento los nanobots se dirigen de forma automática hacia el corazón, donde disuelven una sustancia que provoca la muerte mediante un infarto de manera instantánea, cumpliendo así la función para lo que fueron diseñados. Desde luego, nadie sabe quienes pueden ser las personas afectadas para tal fatídico destino. Todo se lleva a termino bajo un absoluto secretismo desde la oficina central del nuevo régimen gubernamental en Titán, satélite del planeta Saturno, la responsabilidad de todo recae en la figura de Fiodorf Tasev, administrador principal de la sección responsable de las nanocapsulas del departamento número trece de la nueva seguridad social, destinada al control y sostenibilidad de la reciente sociedad en el año 2121 de la era terrestre, 45 años de la nueva era en Titán marcada por la primera migración.

El Consejo de los Diez que gobierna nuestro nuevo hogar, puso en marcha el proyecto para el bienestar y desarrollo de la humanidad denominado "Equilibrium" debido a la superpoblación masiva y descontrolada que tuvo lugar en el mismo instante en que termino "la última y gran invasión migratoria desde la Tierra" planeta avocado a la desaparición de todo ser vivo

debido al enfriamiento y posterior extinción del sol. El gobierno entonces no pudo hacer frente a la hambruna y desintegración de una antigua sociedad en decadencia, los dirigentes propusieron un estilo de vida parco y frío, estableciendo una nueva sociedad basada en la estabilidad y sostenimiento de la vida. Por su tamaño Titán no podía permitir que millones de personas se establecieran en el nuevo planeta, ya que era mucho más pequeño que la Tierra, por lo tanto las autoridades cerraron el espacio-puerto y toda comunicación entre la Tierra y Titán, hasta que se buscasen nuevos planetas que permitieran albergar la vida humana, hasta nuevas ordenes las naves permanecerían ancladas en los hangares hasta nuevo aviso. Aviso que nunca llegaría para los habitantes que aun quedaban en el planeta Tierra. La vida tal como se conocía hasta entonces había desaparecido, millones de personas quedaron atrapadas en la Tierra, muriendo de hambre, frío y enfermedades, con el tiempo se corto todo tipo de comunicaciones con la Tierra abandonando ha su destino al cincuenta por ciento de la humanidad.

Gracias a la resurrección y el éxito del proyecto Longshot se pudieron construir naves espaciales interestelares con propulsión nuclear de pulso, de esta manera Titán fue dispuesta para albergar la vida humana cien años antes de que los mejores científicos del planeta Tierra demostraran que la extinción del sol tenía una fecha de caducidad. Las investigaciones realizadas por la agencia de la Nasa descubrieron un nuevo planeta para albergar la vida humana llamado "Kepler 186f" en el sistema de Cygnus, pero para alcanzar dicho destino se debían de cumplir primero ciertos parámetros, fue entonces cuando se decidió que Titán era el lugar ideal de toda la vía láctea ya que cumplía con todos los requisitos para poder regenerar su atmósfera, a la vez que Saturno su

planeta irradiaba la suficiente energía para mantener la vida en el, pero lo más importante recaía en la cercanía que había con el cinturón de Kuiper y el Disco Disperso y sus objetos planetarios ricos en Helio 3, su explotación permitiría que las nuevas naves espaciales pudieran obtener una fuente de energía inagotable para poder llegar en el futuro a Kepler 186f. Desde entonces se enviaron científicos, arquitectos, médicos, físicos, químicos, ingenieros... trabajadores de todos los gremios, para levantar una nueva sociedad en Titán. Era la primera vez que todos los sistemas de gobierno terrestre se ponían a trabajar conjuntamente para establecer un nuevo orden mundial fuera del planeta Tierra, dando paso a la creación del Consejo de los Diez.

Pero una vez establecidos en el nuevo planeta, en cuanto la gente supo lo del programa "Equilibrium" surgieron grandes dificultades, estallaron disturbios y rebeliones en las principales ciudades cubículos y en la capital Titánia, ciudad cúpula desde donde el Consejo de los Diez dirigía y controlaba el destino de la humanidad, cientos de miles de personas se opusieron al proyecto en cada una de las diez ciudades, habían levantamientos y rebeliones en cada rincón poniendo en peligro la subsistencia de las ciudades, pero cada una de las concentraciones fueron controladas desde los despachos por un segundo y pérfido proyecto ideado para este preciso momento, un plan muy bien orquestado por una maquinaria tecnológica puesta al servicio de las grandes corporaciones. Debido a ello se pudo evitar un derramamiento de sangre, el primero en Titán, algunos disidentes fueron eliminados o desterrados a los muchos de los satélites mineros del disco disperso de los cuales se extrae Helio 3 para el mantenimiento energético de las ciudades en Titán y como abastecimiento de las naves espaciales, una cárcel para disidentes a los cuales se les denomina Ímprobos.

Antes de las "Grandes migraciones" el proyecto "Equilibrium" estuvo precedido por otro denominado "Chip de Identidad" que fue imponiéndose poco a poco en una sociedad que aun estaba consternada por dejar atrás toda una vida e historia, el chip de identidad se puso en marcha a través de: "Implantes vacunales" a todo aquel que desembarcaba de las naves que llegaban al espacio-puerto del planeta, a los niños recién nacidos se les administraba sin que sus familias supieran nada en los servicios sanitarios comu-

nales. Todo bajo el más estricto secreto. Desde ese mismo instante cada ser humano podía ser localizado, controlado y erradicado si fuera el caso, para evitar riesgos innecesarios en el futuro, todo había sido dispuesto magistralmente, una verdadera y pérfida confabulación gubernamental hasta el más mínimo detalle.

Las antiguas cortes de justicia fueron abolidas, en su lugar se levantaron centros de almacenaje de identidad, uno en cada ciudad, dirigida por una junta de Control que tenía a su disposición a los Portavoces. Si alguna persona manifestaba alguna irreverencia contra el sistema el servicio del almacenaje de identidad daría la orden para su traslado al Disco Disperso, dispuesto para ser juzgado bajo pena de muerte y trasladado a realizar tareas de trabajos forzados durante el resto de su vida.

Los portavoces eran los mensajeros encargados de dar el comunicado de fallecimiento, junto a la hora indicada para el mismo, estaban preparados, adiestrados y entrenados física y mentalmente para cualquier eventualidad, eran los responsables de dar la confirmación de la eliminación de los disidentes al departamento gubernamental, primero vía telefónica, seguido de un telegrama que se entregaría en persona.

Con el tiempo el índice de sublevación de los ímprobos había descendido a niveles de cero, o al menos eso quería hacer creer el nuevo ejecutivo parlamentario, con cada noticia que transmitían a través de los diversos paneles televisivos dispuestos por las ciudades, el desarrollo económico mejoro y con ello la calidad de vida de la población, las personas se involucraban más por mejorar sus vidas y la sostenibilidad de la nueva sociedad en Titán. La propia sociedad se vio en vuelta en una mejora sustancial sin precedentes desde que se dejó atrás el planeta Tierra, debido a la esperanza de embarcar en el futuro hacia una nueva vida Kepler 186f. Pero para aquellos que seguían mostrando su disidencia al Consejo de los Diez, se les perseguía hasta ser apresados, administrándoles la nanocapsula automáticamente en el mismo instante de su detención y ante las miradas impasibles e inertes de las personas que pudieran pasar por delante. Mientras tanto a sus familias se les retiraba la pensión de por vida para dedicarse a los servicios especiales en cualquiera de los satélites mineros cercanos al Cinturón de Kuiper o del Disco Disperso. El

temor había sometido a toda una sociedad que administraba su estado subversivo a una ley de silencio sin oposición.

La verdad es que no había opción, solo nos quedaba continuar con nuestras vidas y esperar. La sociedad se había vuelto fría e insensible al respecto, y el comunicado de muerte se miraba desde lejos mientras no llamaran a tu puerta.

La vida en Titán estaba dispuesta para vivir en edificios altos sin precedentes en la Tierra, llenos de cubículos de 60 metros cuadrados, comunicados entre si por varias cabinas cilíndricas que servían de enlaces entre ellos, por las cuales se podían acceder a diferentes estancias, restaurantes, tiendas, invernaderos, jardines por los que pasear... toda una vida social atmósferizada para mantener la vida en el nuevo planeta. La superficie estaba bajo un estricto proceso de depuración debido a los gases que emanaban desde lo más profundo del planeta, y a la carencia del suficiente oxígeno en la atmósfera, esto se unía aun alto contenido en nitrógeno que hacía que la atmósfera fuera irrespirable, impidiendo que la vida fuera de los edificios llegara por el momento a ser inviable sin un traje protector. Por lo tanto el traslado de una ciudad a otra se hacía por mediación de los denominados tubos aéreos que inundaban el aire de las ciudades unidos entre si, eso hacía que las distancias en el gran continente de Xanadu fueran acotadas favorablemente para la sociedad, permitiendo el flujo de gente de forma adecuada. Mientras tanto desde la llegada de las primeras migraciones se establecieron los llamados "Períodos de sueño" intervalos de letargo donde la mitad de la población de forma aleatoria permanecía en un estado de hibernación durante ocho horas diarias, para mantener el funcionamiento de la regulación de oxígeno dentro de los edificios, ya que su dosificación permitiría la existencia de la humanidad sin problemas. Todo aquel que incumpliera su periodo de letargo era perseguido y castigado con un periodo de sueño mucho mayor del acordado por las leyes gubernamentales.

* * *

El teléfono emitió su más característico sonido sobre las dos de la madrugada, hora en la que todos los miembros de mi familia estaban sumer-

gidos en estado de hibernación, todos menos yo. Desde la oficina central de la seguridad social me comunicaban que iba a fallecer en las próximas veinticuatro horas, y que un portavoz me entregaría en persona mi comunicado de fallecimiento a las 08:00h de la mañana.

La rabia y la frustración se apoderaron de mí. Desde niños se nos adiestraba en las escuelas para aceptar el hecho de que un día podíamos morir y de que teníamos que verlo como un servicio para la restauración y estabilidad del nuevo orden, un sacrificio venerable. De esta forma contribuíamos al crecimiento y desarrollo de nuestro nuevo planeta bajo una libertad amplia, limpia de ímprobos y duradera hasta alcanzar la vida que el ser humano sostuvo en la Tierra. Pero ahora con el comunicado de muerte sobre mí, no lo veía tan claro y me asaltaban muchas dudas. Si de verdad iba a morir, que tenía que hacer con las últimas veinticuatro horas de mi vida. Tenía el alma congelada, los nervios se apoderaron de mí y no pude aguantar más, las lágrimas aparecieron presa del miedo, y la habitación en la que me encontraba empezó a oscilar y a retroceder, por un momento empece a temblar como una masa gelatinosa.

Pero entonces recordé las palabras de mi amigo Stanislav antes de que le hicieran entrega de su propio comunicado dos años atrás, siempre estaba hablando de que los ímprobos tenían un refugio secreto bajo las alcantarillas de la ciudad, justo bajo la capital de Titania y que disponían de los adelantos técnicos que les permitían anular la sustancia que las nanocapsulas disolvían en la sangre por mediación de los nanobots, pero siempre creí que formaba parte de las típicas leyendas urbanas. Desde entonces y sin querer, tal vez motivado por si llegaba este momento me dedique a la adquisición de diversos planos de la ciudad, el hecho de trabajar en la jefatura de arquitectura principal me daba opción a ello. Los había examinado detallada y concienzudamente y a través de las insinuaciones de mi amigo creía saber donde encontrar a la resistencia y como llegar a ella sin ser detectado por los controladores o los vigías, al menos debía de intentarlo. Llene mi mochila con los planos y otros enseres que pudiera necesitar y marche de allí sigilosamente, sin despedirme de mi familia. Baje por la escalera del cubículo y las rampas que descendían hacia la zonas inferiores con sumo cuidado, ya que no podía utilizar el ascensor de émbolos

antigravitatorios sin ser descubierto. Un silencio sórdido movía las noches de los cubículos bajo la orden de hibernación, con suerte podría ser una parte favorable en estos momentos, pues el movimiento era inexistente. Lo peor de todo era que no debía de preocuparme por los controladores sino por los vigías. El departamento de identidad promocionaba a aquellos que dieran alguna pista sobre cualquier disidente que perteneciera a la resistencia. Estos vigías eran personas que se encontraban exentas del estado de hibernación, nadie sabía quienes eran pero todos sabían de su existencia, su trabajo consistía en dar parte sobre las personas disidentes y todo movimiento extraño en su sector. Muchos habían caído en sus redes sin que nadie pudiera hacer nada, una especie de caza de brujas como en la edad media se había establecido en este engranaje tan bien planificado para someter a la humanidad.

Para poder salir del edificio tenía que descender por enormes galerías que bajaban en espiral hasta llegar a las plantas inferiores, estaba rodeado de cubículos y cada cinco pisos se podía acceder a los pasos cilíndricos que llevaban directamente a los edificios colindantes, la luz era blanca pero más tenue de lo normal, los días eran iguales a los de la Tierra, con una ligera variación, la visión del planeta Saturno con sus anillos y la luna de Rhea ondeando en lo alto propagando la débil luz de la estrella que se estaba muriendo durante las frías noches de Solaris. Toda esta hermosura quedaba eclipsada por la preocupación que sentía debido a los vigías, sentía sus ojos sobre mí y no dejaba de pensar que en cualquier momento los controladores podrían estar esperándome en cualquier esquina, arrinconándome como a un ratón enjaulado. Aunque nació en Titán, los habitantes de estas ciudades siempre me habían causado una peculiar impresión, pues no tenían nada que ver con lo que había visto y aprendido de la Tierra en los denominados DVD, antiguos soportes donde los habitantes de la Tierra dejaban registrados sus acontecimientos y que el mercado negro había podido introducir durante las migraciones, a pesar de estar prohibido, como también los libros. Al principio había pensado que las personas que me rodeaban eran silenciosas debido a una intrínseca timidez, hasta que me dí cuenta que lo que les motivaba a seguir hacia adelante en este mundo sombreado y gris estribaba en la denuncia de sus vecinos, traicionando para salvaguardar su propia tranqui-

lidad, sosiego prometido en la salvaguarda promesa de Kepler 186f, solo ciertas personas fuera del estereotipo establecido valían la pena conocer, aunque ello conllevará el temido destierro. El silencio apenas perceptible por la sinfónica del temor a ser descubierto y los pasos frenéticos de mis pies, me llevaron hacia un crujiendo tramo de un angosto conducto en la parte baja del edificio, no podía salir al exterior así que debía de buscar una exclusiva que me llevara hasta los conductos de ventilación. El temor de vagos pasos acercándose hacia mí, hicieron que mis huesos temblasen hasta el punto de darme un síncope. Ha trompicones salí corriendo hasta el final del pasillo, donde observe una trampilla, deslizándome por ella temblando de forma patética, hasta que me vi encajonado en aquel conducto de ventilación. Doblaba una esquina y luego otra y otra, hasta dar con lo que parecía una alcantarilla con varios pasadizos a su alrededor.

Mientras descendía por ella hacia los niveles subterráneos pensaba en como vivirían los ímprobos, si tendrían luz y comida artificial, si sería irritante vivir sin las comodidades aparentes de las ciudades contemplando el mismo paisaje de paredes calcáreas una y otra vez sin perder la cabeza, si tendrían conductos de ventilación con aire protegido de las emanaciones derivadas de los gases del subsuelo, o el peligro constante de sentir los pasos de los portavoces sobre ellos. Al llegar a bajo me encontré con un enorme pasillo, el piso parecía estar cubierto por una finísima capa de polvo y el aire era húmedo pero limpio. No sabía que dirección seguir ni donde podrían ocultarse o si todo esto era fruto de una paranoia, mire hacia arriba y vi la boca de lo que parecía ser una tubería de ventilación, la seguiría hasta donde me llevará y luego vería que haría. Tras caminar durante centenares de metros en zig zag me percate que estaba en una cueva natural de unos tres metros de diámetro pero de gran profundidad, las paredes eran vastas e irregulares y el techo se hundía y alzaba a distintas alturas, aun así el suelo parecía que lo hubiesen tratado, pues era liso y bastante llano. Era evidente que la cueva había sido creada por una excavación de algún río de lava, formando grandes galerías y bóvedas nacidas durante la creación y formación de Titán. Mientras caminaba pude observar lo que sería el final de un pasillo con una puerta de acero. Antes de tocar la puerta con la mano sentí una ligera punzada en el cuello que me sumió en

un profundo sueño, sin saber porque ni como caí al suelo, despertándome bajo el efecto de algún anestésico en una sala con una luz vaga y brumosa, asistida por ciertos destellos ocasionales y luminosos. Al querer levantarme un zumbido muy fuerte me atenazo los oídos, luchaba instintivamente por mantenerme firme, pero...

* * *

Cuando volví a despertar y abrir los ojos supe que había pasado algo, tenía los ojos vidriosos y entornados, no podía ver nada ante mí, al cabo de unos minutos pude ver unas figuras a mi alrededor, para mi sorpresa tenía ante mí a los improbos, personas como yo, desahuciadas por un sistema inhumano, si en la Tierra la humanidad estuvo atrapada durante generaciones por dos fuerzas despiadadas como la política y las grandes corporaciones económicas, Titán estaba esclavizando a una nueva generación para beneficio de unos pocos, privándoles de una total libertad sometiendo su voluntad al terror. Lo primero que hicieron fue explicarme que me dieron a beber una especie de líquido verdusco con un antídoto para eliminar los nanobots que tenía en mi sangre, que me tumbaron en una especie de camilla donde me ataron las muñecas y los pies debido a las convulsiones que tendría durante el proceso. Luego supe que también eran nanobots creados bajo la superficie para contrarrestar lo que nos introducían en la nanocapsulas cuando llegábamos a la primaria.

Pregunte por los líderes que llevaban este lugar, por primera vez atisbe unas miradas furtivas a mi alrededor que no pude interpretar, pero me sonrieron y me llevaron a una habitación para descansar, más pequeñas aun si cabe que los cubículos que habían sobre la superficie, parecían más bien capsulas donde solo tenía cabida una sola persona, pero confortables, no podía quejarme.

Tras un breve descanso se presento ante mi el jefe científico y el comandante de la sublevación de los Improbos, su organización me pareció sorprendente, mientras les acompañaba por los pasillos me explico que antes de las primeras migraciones, hablamos de cien años atrás, se construyeron conductos especiales bajo tierra, para los diferentes profesionales y trabajadores que vinieron a rehacer la vida del ser humano en la

superficie de Titán, hasta que eso fue posible los primeros colonos vivieron en estos conductos habitables, el aire era distribuido por grandes tubos de ventilación que irrigan constantemente aire fresco y renovado por maquinas que filtran y regeneraban el aire de forma constante a través de unos enormes ventiladores. No había necesidad de dependencia del exterior. En los diferentes túneles o conductos habían esclusas que llevaban directamente hacia la superficie, pero estaban selladas desde el exterior, aun así los improbos habían podido abrir nuevos conductos que llevaban directamente a la superficie muy lejos de las ciudades, al otro extremo de Xanadu donde se encuentra el gran lago de hielo y agua líquida. En cada entrada y salida se encontraban apostados varios hombres de seguridad ante cualquier emergencia.

Pude descubrir en una de las salidas cercanas que se podía respirar sin trajes espaciales, el comandante me dijo que incluso para ellos fue una sorpresa, pero que lo descubrieron gracias aun accidente fortuito, que todo era una mentira del Consejo de los Diez para sostener un sistema que con el paso de las generaciones podrían transportar a Kepler 186f. En ese preciso instante me di cuenta que había una solución viable para la humanidad. Ahora había posibilidades de cambio, y eso era lo que los improbos estaban realizando bajo la superficie, la reconstrucción de la vieja sociedad, y la posibilidad de rescatar a los que estaban presos en los satélites. Los niveles subterráneos proporcionaban todo lo necesario para una nueva vida, lo estaban haciendo mucho antes de que comenzarán las grandes migraciones.

Así, lentamente, me fui despojando de la vida que me habían intentado imponer y me fui regocijando por sentir como se desarrollaban mis percepciones intelectuales y físicas. Dentro de muy poco podríamos hacernos con el control de Titania y despertar de la pesadilla que tenía atrapada a millones de personas, la vida podría continuar y pondríamos por fin rumbo a Kepler 186f cuando estuviéramos preparados.

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir a Arthur Charlan en [su blog literario e informativo](#)

Tres jefes

Un relato de fantasía épica de Dennis Mourdoch Morán

Quedamos dos. Me fallan las fuerzas. Las piernas no pueden sostenerme. Tiemblan, y no luchan contra el viento que podría derribarme; vencer donde muchos han fallado. No moriré en este campo de héroes. Los de su clan. Los de mi clan. Sus hombres y los míos. Ahora puedo decir: mis hombres. Desde este momento soy el jefe. Todo gracias a que Hagfir, hijo menor del antiguo líder, eligió morir cuando fue asesinado por Eumar del clan Árbol Rojo.

Los llantos se alzaron más allá del Risco, cuando se escuchó el cuerno de la Decisión. Las llamas del Túmulo se elevaron encrespadas. Los cabellos de una madre arrancados por el dolor. Sus uñas partidas, llenas de la sangre de los pechos y el rostro. Las prendas desgarradas. Ella desnuda y anciana con la voz hecha jirones. El cuerpo de la esposa de Hagfir yacía junto a él en el Túmulo. No se veían las lágrimas dibujadas con piedra azul, tampoco las que derramó cuando la obligamos a beber el veneno. Su hombre había muerto, y debía acompañarlo. Gorgon, el antiguo jefe, miraba las llamas. Gritó su venganza. La marcha de doscientos hombres contra el clan Árbol Rojo. Algunos con la idea de ser el último sobreviviente, convertirse en el nuevo jefe, y obtener la inmortalidad para sí y los suyos.

Pernoctamos en la colina, cerca del campo de batalla, dentro de una niebla que se tragaba el calor de los hombres, dejándoles solo una inquietud fría y seca. Gorgon nos miró a los ojos. Nos besó en la frente. Cantó canciones de valor con voz ronca, al compás de los garrotes contra los escudos y la roca desnuda. Cantábamos para ser escuchados, para que supieran que

íbamos al combate sin miedo en nuestros brazos. Gorgon se quedó custodiando nuestro dormir. Asegurándose que algunos no despertaran: Kurgan, Besmo, Lforhano. Cuando vio mis ojos brillar en la oscuridad, su puñal se detuvo, volvió al medio del círculo, apoyó su cuerpo en la lanza de Rjoninder, se cubrió con las pieles. El escudo de fresno con la insignia del Halcón Caído estaba recostado en sus piernas, protegiéndolas del frío.

Al despuntar el sol bajamos en silencio. Nos apiñamos en tres filas. Yo al final, lejos del peligro de un puñal en la espalda.

—Van a parlamentar —dijo un murmullo.

—¿Quiénes van con el jefe? —dijo otro.

—Sus dos hijos y el viejo Urda.

—¿Urda? Pero si es un inútil...

—¿Pelearán?

—Ojalá así sea. Podremos volver vivos.

—Cobardes. Esta es una batalla que será recordada —dijo un murmullo rabioso, casi una voz baja.

—Yo solo quiero recordar las piernas de mi mujer.

—¡Cobarde! —gritó.

Algunos se volvieron para mirarlo.

—El jefe vuelve. Los escudos quedaron en el campo como desafío.

Miraron hacia delante.

—Maldición ... no se mataron

—Hoy —se alzó la voz del jefe, y muchos vomitamos el miedo que nos quedaba dentro. Me

limpié con el dorso de la mano. Mientras me incorporaba; vi orines arremolinarse alrededor de las botas—. ¡Hoy! —repitió Gorgon, y algunos dejaron de temblar— mataremos a todos esos perros. Vengaremos a mi hijo. Lavaremos en sangre nuestras hachas. Hoy muchos tendrán el honor de caminar hacia el Ilenda ¡Los mataremos a todos!

Gritamos como una tormenta, nos convertimos en una avalancha. Yo sin saber hacia dónde; solo veía la inmensa espalda de Osil. A mi lado, el Viejo se fue retrasando hasta dejar unos tres pasos entre él y el resto de los hombres. Lo imité guiado por el instinto, el respeto a su edad y a sus numerosas cicatrices. Delante el choque fue violento, sacudiendo hasta la última fila de hombres. La sabiduría del Viejo nos salvó del estruendo, de haber caído y ser atravesados por las lanzas o machacados por los garrotes rojos de los enemigos. El inmenso Osil fue como el Risco durante el choque, los hombres se rompían contra su cuerpo, se retorcían bajo sus pies. Y Osil manejaba su garrote con fuerza y caos. El Viejo le cubría las espaldas. Yo hacía lo mismo con él. Así peleamos. El viejo cubriendo a Osil, yo al viejo y a mí mismo. En más de una ocasión tuve que enfrentarme con alguno que vino a matarme. Osil murió atravesado por una lanza cuando el peso del garrote y el cansancio del Viejo no pudieron protegerlo. Para entonces quedaban pocos que se enfrentaban en extenuados combates. El Viejo, cansado, se dejó caer entre los muertos. Me acerqué. Alzó la vista desde la hoja de la espada hasta mis ojos.

—Yo no quiero ser jefe —dijo—. Olvídate de mí.

El último hombre en pie es el jefe, ¡el último! le grité. Murió, antes de que lo matara. Se apretó el pecho como si tuviese un fuerte dolor, boqueó buscando aire, las manos se crisparon. Su boca quedó abierta. Esa muerte tan extraña en un campo de batalla me dejó un sabor amargo, como si no fuese posible. Era una muerte que llega sentado a la entrada de la casa, fumando, viendo a los nietos y recordando la vida. No aquí, en el campo de batalla. Miré alrededor y a mi derecha estaba el nuevo jefe del Árbol Rojo,

rodeado de las muertes de los hijos mayores de Gorgon. La inmensa hacha reposaba en la espalda de Urda.

Su grito de triunfo fue como un rugido mientras elevaba la cabeza de Gorgon.

Somos los últimos.

Respiro mi primer aire como jefe. Trato de sobreponerme al cansancio. Tiemblo por el peso del escudo, espada y pieles. Me deshago del peso. Solo me queda la espada, por suerte mis dedos engarrotados no la soltaron.

El cansancio persiste. El calor de la batalla comienza a disiparse y el frío me cala por las heridas. Camino sobre los muertos, los piso, resbalo con la sangre que comienza a congelarse. Él hace lo mismo, balanceando la cabeza del jefe con su cansancio. Había cambiado la inmensa hacha por una espada corta.

Nos detenemos en un claro entre los muertos. Nuestras barbas serpentean azotándonos los rostros. Me quedan fuerzas para un golpe. Me sería fácil decapitarlo. Soy más alto. Él seguro atacará mi pecho o vientre. Tajo o estocada, cual de ambas; está cansado. Seguro atacará con una estocada al vientre para después decapitarme. Debo esquivarlo hacia la derecha, hacia ese lado no hay nada que me haga tropezar y caer, luego, un único golpe.

Balancea la cabeza del jefe, ¡va a usarla como distracción! Debo atacar primero...

Me lanza la cabeza. Veo cómo gira elevándose en el aire. Salto a la derecha, interpongo la mano entre el estómago y la espada que no llega.

—Soy Eumar, jefe del Árbol Rojo. Asesino de Gorgon. Te propongo la paz. —Hace una pausa. Respira para extraer fuerzas del cansancio —Ese... —señala la cabeza que se encuentra en el medio del claro— ...puede ser cualquiera de los dos.

Miro la cabeza y grito dentro de mí: ¡No eres honorable, esa no es forma de luchar! ¡Cobarde, pelea, terminemos con esto! Solo dentro de mí. Ahora soy jefe. Un jefe debe pensar.

—Sabias palabras —digo—. ¿Paz?

—¡Traidor! —La sangre se me hiela ante la voz de Gorgon. Sigue vivo. Aún es el jefe. Un jefe sin cuerpo, solo cabeza, solo boca que se mueve, ojos que me miran—. ¡Hijo de cuervo! ¿Paz? ¡Vénganos! ¡Mátalo! ¡Mátalo, o tus hijos se volverán ciegos! ¡Tu lengua nunca probará agua! ¡Tu mujer morirá con las entrañas podridas! ¡Mátalo o serás maldecido en este campo! ¡Mátalo, mátalo, máta...

Y sus palabras se convierten en aullidos de dolor, en barbucoos y súplicas, gritos de desesperación, mientras la bota de Eumar lo pisa, hundiendo la cabeza en la nieve, deformándola. Escucho el cráneo astillarse, pedazos de hueso rajan la piel. Los ojos parece que van a estallar, salen despedidos de la cara, se quedan colgando de ella y desaparecen cuando la bota de Eumar termina de aplastar la cabeza de Gorgon.

—Paz —dice Eumar levantando la bota. La sangre gotea de la suela. Algunos pedazos de hueso quedan enterrados en la piel curtida.

¡Soy el líder de Halcón Caído!

Eumar sonrío. Para sellar la paz, intercambiamos los puñales ceremoniales de Goen, que recibimos de nuestros padres al llegar a hombres. Eumar recoge su hacha, los trofeos ganados: el escudo del Halcón Caído, la lanza de Rjoninder, las espadas gemelas de Biek. Y avanza unos pasos hacia el norte, se detiene por el cansancio y el peso de los trofeos, observa con cuidado cada uno, como si dudara. Suelta las espadas gemelas y la lanza de Rjoninder. Yo los recojo para devolverlos al salón del clan. Antes de emprender el camino de regreso decido agradecer a los que me ayudaron: Osil y el Viejo. Marcaré sus cuerpos con el Goen para que sus espíritus revivan bendecidos.

Llego hasta Osil, lo marco en el rostro. No abre los ojos, no grita ni se arranca la lanza, tampoco se levanta. No es como debería ser. Algo sucede. Cerca debe estar el Viejo. Lo busco con la mirada y no lo encuentro. Lo busco con más intensidad volteando los cuerpos. Cientos de antorchas llegan en la oscuridad que había caído sin darme cuenta. Llegaban junto con los cuervos; las viudas y huérfanos de ambos cla-

nes. Los llantos y gritos desgarradores comienzan a escucharse como un remolino de hojas. Apresuro mi búsqueda. La esposa de Gorgon se atraviesa con una espada bajo la luz de una antorcha. Sigo buscando al Viejo. Una pregunta surge. Trato de esconderla, y siento la desesperación surgir como un fuego. Me consume alimentada por un miedo aterrador al fracaso. No puedo creerlo. No, no, ¡No!

—Te dije que no estaba interesado en ser el jefe —dicen a mi espalda—. Hace mucho, antes de que nacieras, le había dejado esa tarea a mi hijo Gorgon y a su descendencia. —Es la voz del viejo. Me vuelvo con la espada preparada. El viejo sonrío, su esposa también. —Solo queremos vivir en paz. —Hace una pausa. Besa la mano de su anciano amor y empuña un garrote con la fiereza de un halcón—: ¡Tú decides!

FIN



CUANDO ESTEMOS LISTOS

Un relato survival horror de Ferrán Vega Villanueva

Y entonces oí cómo bajaba por la escalera; ese *trac trac* cada vez un poco más fuerte conforme los pies pisaban los escalones de metal. La luz amarilla que entraba por debajo de la puerta de madera se volvió negra y yo ya sabía lo que iba a decir cuando entrara. Me vio parado junto al mostrador y no sé por qué no me miraba a la cara. Tenía una mano apoyada en la culata del Browning, como para que no se le cayera, aunque lo tenía bien sujeto al hombro con el cinto.

Voy a buscarlos, me dijo.

Luego se quedó callado un rato. Siempre tenía los párpados caídos, como cansados, pero esta vez los abría mucho y los ojos se le iban de un lado a otro mientras me miraba, como si quisiera hablar con varias personas.

¿Recordarás todo lo que te he dicho, pequeño?

Dije que sí, sí, sí con la cabeza y él hizo lo mismo. Creo que no le gustaba tener que dejarnos solos, pero no sé si se podía hacer otra cosa. Creo que él tampoco lo sabía. Se pasó una mano por la frente y así se limpió el sudor.

La comida más reciente está en el primer cajón. No toquéis el resto y acostaos pronto; volveremos esta noche como muy tarde. Y ya sabes: si se levanta el viento...

Volví a decir que sí con la cabeza y él parpadeó muy rápido y me miró, no a los ojos sino a la frente. Se quedó un buen rato así. Luego se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón y la sacó. Me dio un poco de vergüenza cuando, al dejar la llave sobre mi mano, vi que me temblaba un poco. No era la primera vez que la tocaba, pero sí la primera que la tenía en mi mano. Cerré el puño e intenté dejar de temblar. No me pareció que la llave estuviera fría.

Carlos me miraba mucho pero no decía nada.

Recuerdo que pensé: a lo mejor soy yo el que tiene que decir algo.

Al final levantó un brazo y me puso la mano en el hombro, pero la apartó muy pronto. Me dijo que por favor, que tuviéramos mucho cuidado, y luego repitió que volvería antes del amanecer y se dio la vuelta. La puerta hizo el saludo de ballena que hacía siempre al cerrarse; Carmen decía que era un saludo de ballena. Pero lo que vino después no se parecía en nada a lo que hubiera oído en todo el tiempo que llevábamos allí. Creo que mis pasos hacían eco en el salón. No se oía el fogón de la cocina, ni pasos en la azotea, ni el *trrrrrrrrrrr* del generador.

* * *

En la cocina, sobre la mesa blanca, Clara tenía abierto el libro gordo de los animales, por la página del rinoceronte. Había dibujado mucho en los últimos días y creo que se los había aprendido casi todos, como Carmen quería. A la hoja arrugada que tenía junto al libro sólo le quedaba una esquina vacía. No quedaban muchas más hojas.

Ya se ha ido, dije. Estamos solos.

Paró de dibujar y recuerdo que habló enseguida, al contrario que hacía siempre, porque Clara siempre pensaba mucho lo que iba a decir.

Me preguntó: ¿tú crees que volverán?

La verdad es que no lo sabía, así que hice el gesto ese de encogerse de hombros. Sabíamos que Antonio era listo y fuerte y sabía salir de un lío, así que los mayores tenían que estar bien. Y además ahora Carlos iba en su busca, y Carlos se movía rápido y sabía esconderse y disparaba

muy bien. Pero nunca habían tardado tanto en volver. Me sentí un poco tonto al encogerme de hombros. Pensé: a lo mejor a Clara le gustaría otra respuesta. Pero volvió muy rápido a sus dibujos. El lápiz ya era tan corto que tenía que cogerlo con la punta de los dedos, que se le habían puesto de un color que me recordaba mucho al de las Cosas.

¿Te ha dado la llave?

Claro que me la ha dado, contesté, esta vez un poco contento porque ahora la llave era mía y abrí el puño para que pudiera verla, y se quedó muy seria. No sé por qué estaba tan seria. La llave nunca había sido nuestra. Pero Clara siempre estaba más tranquila que yo.

Pronto se va a hacer de noche, dijo. Tenemos que subir al tejado, ya sabes.

Era verdad. Era lo que Antonio hacía todas las noches, antes de la cena. Pero para no salir afuera, subimos por las escaleras de dentro, a través del agujero del techo. Los prismáticos de Antonio estaban como siempre en el saliente y me di cuenta de que Carlos no me había dicho si podía cogerlos. Pero pensé que a lo mejor no, no se enfadaría esta vez. Bueno, había que usarlos para asegurarse de que no había Cosas cerca. Y no las había. La verdad es que también había pasado un buen tiempo desde la última vez que vimos una, y eso Antonio decía que nunca era buena señal. Volvimos luego a la cocina y cerramos con llave las dos puertas que llevaban al salón comedor. A esas horas también tocaba apagar el generador, pero como no se había encendido en todo el día, pues no lo apagamos. Encendimos algunas velas y las pusimos sobre la mesa pequeña de la cocina y abrimos el primer cajón. Había galletitas saladas, las de la caja roja, y los bizcochos de la bolsa de plástico. Esos a Clara le gustaban mucho y siempre acababa con manchurroneos de chocolate en la boca. Pero Clara me dijo:

No sabía que había tan poca comida.

Hay mucha más, contesté. Pero de la que se tiene que cocinar.

Y ella me dijo que entonces cocinaríamos, y yo le dije que para eso había que poner la bombona y encender los fogones y Carmen no quería que los encendiéramos. "Ya, pero Carmen no está", me contestó, y yo iba a decirle que era peligroso, pero ella ya se había agachado para abrir la

puertecita de abajo. Me quise fijar en cómo lo hacía todo, pero lo hizo muy rápido y ni me enteré. Me ponía un poco triste cuando me pasaba eso, cuando los demás iban demasiado rápido y no me daba tiempo a aprender las cosas. Al menos sí pude ayudarla a abrir la lata de tomate y a calentar el agua y echar la sal y el aceite. Eso me puso un poco más contento. Un rato después estábamos comiendo y me di cuenta de que teníamos más hambre de lo normal, o al menos comimos más de lo normal.

Me dijo: ¿Por qué siempre comemos en la cocina? Con la de mesas que hay en el salón.

Es para que no huelan la comida. Y aquí dentro estamos más seguros.

Yo creo que la huelen igual. Cuando intentan entrar, da igual que estemos en el salón o en la cocina.

Me gustaba el sonido que hacían los espaguetis entre los dientes. Me gustaba más que el sabor de los espaguetis y todo.

¿Crees que aquí venían niños también? Preguntó de pronto.

Le pregunté si se refería al Principioantesdedo. Dijo que sí con la cabeza, y yo dije que sí, a lo mejor venían también niños a comer aquí, pero acompañados por sus padres. Porque era lo que Carmen explicaba siempre, que antes los niños no tenían que hacer las cosas por su cuenta, sólo tenían que preocuparse de ser felices e ir al colegio. Clara cogió una servilleta y las dos manchas rojas de tomate se fueron de sus labios.

¿Te habría gustado hacer eso?

¿El qué? ¿Preocuparme de ser feliz?

No, tonto, claro que no. Preocuparte de tener que ir al colegio.

No supe por qué me había llamado tonto, pero me estaba mirando y esperaba una respuesta. Así que le dije:

No lo sé. A lo mejor. Pero me gusta más que Carmen me explique las cosas.

A lo mejor ya no nos vuelve a explicar nada.

Y luego no dijo nada más y yo tampoco. Clara, cuando comía, se quedaba siempre como muy callada, ella decía que porque pensaba en sus cosas. Pero entonces, mirando mi plato ya casi

vacío, me di cuenta de que “sus cosas” debían ser también las mías, porque siempre habíamos estado juntos, comido juntos y dormido juntos. De pronto era como que yo pensaba en muchas cosas en las que nunca había pensado antes. A lo mejor era lo que decía Antonio siempre de la responsabilidad y de ser valiente y cuidar del otro. Pero yo siempre había cuidado de Clara y ella de mí, así que no entendía por qué de pronto me sentía así. Era como si hubiera que hacer algo más, aparte de estar juntos y cocinar juntos y hablar el uno con el otro. Cuando ya no tuvimos más hambre, limpiamos la mesa y barrimos el suelo y pusimos los platos en la fregadera y terminamos de llenar la bolsa de basura. Luego apagamos las velas y abrimos la trampilla que daba al sótano. Era raro que no se oyera a nadie roncando o moviéndose en su colchón. Había seis camas vacías. Nunca había habido seis camas vacías. No podía dormirme, pero Clara apartó las sábanas y se vino a mi colchón y pegó su espalda a mi pecho sin decir nada, y luego un rectángulo de luz entró al abrirse la trampilla y apareció Carmen bajando la escalera, con ese silbido tan suave con que siempre nos daba los buenos días. Pero a la mañana siguiente seguía habiendo seis camas vacías. Yo ya había soñado antes con Carmen, y los sueños muchas veces se repetían, pero ése era nuevo.

* * *

Clara fue la primera en entrar en el aseo; por eso se dio cuenta antes que yo de que mañana se acabaría el agua. Como Carmen no estaba para marcar la raya en el calendario, la marqué yo. La última nube estaba dibujada en el cuadrado del 17 de junio, así que llevaba muchísimo tiempo sin llover y sólo quedaban unos pocos cubos de agua. Subí al tejado y cogí los prismáticos. Siempre mirabas primero al fondo, y luego abajo, y luego de izquierda a derecha en 360 grados porque así estás seguro de que lo has mirado todo. No vi nada moverse por detrás del bosquecito, ni en la fila de coches muertos en la autopista, ni la casa grande colina abajo, ni las dos torres a partir de las cuales empezaba la ciudad. Pero sí vi algo cuando ya estaba a punto de volver a la cocina. Le pedí a Clara, que estaba detrás de mí sacando la ropa del tendedero, que me dijera si veía lo

mismo que yo.

Sí, recuerdo que Antonio había puesto un cepo justo ahí.

No se mueve.

Pues entonces está muerto.

Yo había visto que las piernas se habían quedado en una postura muy rara para lo que eran las Cosas, quizá por cómo el cepo las había atrapado. Estaban de lado, un poco torcidas a partir de la primera rodilla; la de abajo no, la de arriba. Menos por la forma hinchada y esa piel gris y arrugada como de elefante, parecían, bueno, parecían un poco las piernas de una persona que duerme. Los árboles no me dejaban ver nada más. Pero las piernas estaban allí, y se veía el negro oxidado del cepo y debajo de todo había un círculo en el que la tierra se había vuelto de color azul oscuro.

¿No te parece raro que haya sólo una?

A lo mejor hay más entre los árboles, dijo Clara. Piensa que Antonio puso muchas trampas.

¿Y si no hay más?

Si no hay más, a lo mejor se ha perdido de la manada. Creo que a veces les pasa.

De pronto me acordé. El olor. Siempre iban en grupo adonde estuvieran sus muertos. Era por eso que Carlos y Carmen los cubrían con flores, o con telas bañadas en agua caliente y jabón, o con lo que fuera.

No sé, dije. A lo mejor tendríamos que tapanlo.

Clara se me quedó mirando con los prismáticos en las manos. Luego volvió a mirar al lugar en el que estaba el cadáver. Y me volvió a mirar.

No podemos salir solos.

Pero tengo la llave.

Y vi cómo Clara se ponía de pronto muy triste, y creo que sólo la había visto así cuando se fue Luis. Hacía mucho tiempo ya, mucho, por lo menos muchos meses. Era la misma cara que puso cuando Luis dijo que se iba y a ella se le pusieron los ojos como que iba a llorar, porque sabía que ya no volvería. De pronto la mano de Clara estaba encima de la mía y ella estaba casi llorando otra vez.

No salgas, dijo. No estamos listos.

Y aquello me puso muy triste porque era lo que siempre nos decía Antonio, que no estábamos listos, y yo le había prometido a Carmen que, si algún día nos quedábamos solos, haríamos lo mismo que ellos habían hecho hasta entonces. Y ahora yo tenía la llave y aun así no queríamos salir. No estábamos listos.

Entonces oímos el *uissssssss* y empezó a hacer más frío. Clara y yo nos quedamos mirando cómo las ramas de los árboles se movían de arriba abajo. Soplaban el viento y los demás no estaban.

* * *

A veces era cosa de horas; a veces menos. Como en ese 25 de noviembre. Sé que era 25 de noviembre porque era mi cumpleaños. Entonces estábamos en la otra punta de la ciudad, en un lugar al que sólo llamábamos El Mac. Carmen había conseguido globos y juguetes y unas cosas que, cuando soplabas, hacían un *piuuuuuuut* muy gracioso y se estiraban. Recuerdo que se levantó el viento, y todos nos pusimos en pie asustados, y enseguida estaban rompiendo los cristales, saltando al tejado, abriendo las puertas a mordiscos. Recuerdo a Miguel, que tenía sólo un año más que yo y me había dicho: tú y yo siempre cumpliremos años juntos. Cuando lo cogieron por el pie, empezó a gritar y se oyó un *rasssssp* y la pierna se le giró de pronto de una forma muy rara, como un lápiz al romperse, y por debajo de la rodilla empezaron a salir algo que parecían gusanos azules y luego sangre, mucha mucha sangre. Y Carmen, unos días después, se puso muy seria cuando habló conmigo, preguntándome muchas veces cómo me sentía y en qué cosas pensaba. Porque yo estaba triste después de lo de Miguel, pero por lo visto no estaba tan triste como tenía que estar. O algo así.

El baúl estaba en la estantería detrás del mostrador, justo delante de aquella caja blanca en la que antes se guardaba eso que la gente usaba para cambiar por otras cosas. La llave no quería entrar. Luego me di cuenta de que la cerradura era más fuerte que yo y no podía girarla.

Vas a romperla, me avisó Clara por detrás. No hagas tanta fuerza.

Y yo me enfadé y me acuerdo que luego estaba con la cara pegada al suelo y lloraba muy fuerte. Las manos de Clara me acariciaban la espalda, así muy suaves y en circulitos, y me dijo en voz baja no pasa nada, cuenta hasta tres y luego vuelve a intentarlo, como dice siempre Carmen, las cosas si no salen a la primera salen a la segunda y si no a la tercera.

Levántate, me dijo en voz baja. Haz lo que hacemos siempre.

Me puse en pie, pero me seguía tapando la cara con las manos. Me seguía dando vergüenza que Clara me viera llorar.

Coge aire. Suelta aire. Se te tienen que hinchar los pulmones, así.

El viento soplaban cada vez más fuerte y la puerta de madera temblaba y el pestillo de cierre chocaba una y otra vez contra el marco. Ese viento siempre me sonaba parecido a cuando pones la oreja dentro de un vaso de cristal, sólo que con un sonido más como *iiiiiiiiik*, como si el viento tuviese voz de chica.

Da saltos, salta todo lo que puedas. Levanta las manos. Choca las palmas. Repite. Otra vez. No dejes de respirar.

La voz de Clara sonaba con fuerza, pero a la vez tan tranquila, tan pendiente de mí. Ella siempre estaba más tranquila que yo. Me empezaba a faltar aire pero Clara me recordó que eso era bueno. Yo despegaba los pies del suelo y chocaba en alto las manos y por un momentito casi, casi me olvidé del viento y las Cosas y la caja que no se abría.

Ahora párate y respira despacio.

Tenía los brazos estirados y me tocaba los hombros con la punta de los dedos, mirándome a los ojos todo el rato. Ella también estaba asustada, tenía que estarlo, pero sonreía. En los labios tenía una curva que se parecía a la luna cuando sólo se veía la mitad.

Vale. Y ahora intenta abrirla otra vez.

La saqué. Volví a meterla. Esta vez me pareció que la llave entraba un poco más que la primera vez. Fue tan fácil girarla.

Eran de color negro oscuro y parecían de plástico aunque eran de metal, y cuando vi lo mucho que pesaban me di cuenta de que no recordaba todo lo que Antonio me había explicado. Si fuera

una pistola. Las pistolas las repasábamos cada dos semanas, eran fáciles de recargar, si las cogías con las dos manos no pesaban tanto y podías abrir un poco las piernas y cerrar un ojo y acertar a las botellas. Se me daba bien y una vez hice cinco de siete. Pero Antonio nunca me había dejado éste, sólo me había explicado cómo funcionaba. Apreté el botoncito que había justo delante del gatillo, pero el cargador no cayó. Volví a apretarlo y estaba ya a punto de volver a llorar cuando me di cuenta de que no había ningún cargador metido. Cogí uno de los siete u ocho que había en la caja, todos casi tan grandes como mi pie; lo metí en el agujero y le di un golpecito por debajo. Se oyó el cruc y así supe que lo había hecho bien. Clara cogió el segundo fusil e hizo lo mismo que yo.

* * *

Habíamos vuelto a la cocina y Clara estaba cerrando la puerta de la izquierda y yo la de la derecha, pero entonces me paré y me di la vuelta y miré la trampilla que daba al sótano.

Clara me preguntó por qué me paraba.

Me acordé del Mac, de Miguel y en el resto de personas que entonces estaban con nosotros y que ya no estaban. Pensé en Carmen y en Antonio, pensé en lo que Clara me había dicho la noche anterior. A lo mejor ya no vuelven. Pensé muchas cosas.

Si rompen las puertas de la cocina...

¿Sí?

Clara tenía algo en los ojos que normalmente no tenía. Era como si de pronto yo fuera Antonio y ella fuera Carmen, y yo fuera el fuerte y ella siempre escuchara lo que yo fuera a decir.

Si entran en la cocina y encuentran la forma de abrir la trampilla...

El sótano, tan oscuro y pequeño. Lo vi por un segundo o menos de un segundo. Carmen y yo corríamos hacia la pared del fondo del sótano y la munición se me había acabado y con las manos dábamos golpes contra los cuadraditos blancos de la pared. Pero la pared no se movía y las Cosas habían entrado. Por un segundo o menos de un segundo.

No podemos escondernos ahí, dije. No podemos.

¿Qué vamos a hacer entonces?

Era la primera vez que Clara me preguntaba eso.

Me pasó algo muy raro entonces. Y es que me di cuenta de lo guapa que era Clara. El lunar redondo que tenía encima de los labios. Y su piel no era como la mía. En ese momento, sintiéndome tan fuerte de pronto, Clara me parecía más guapa que nunca.

La cogí del brazo y la llevé hacia el salón. Por un segundo o menos de un segundo, los vi a todos. Los padres y madres que venían aquí a comer y los niños que iban con ellos. Con comida muy rara y de muchos colores, comida de la que sólo se veía en la revista aquella que tanto le gustaba a Carmen, con el señor del gorro blanco en la primera página. Todos saltando y gritando y soplando esas cosas que hacían *piuuuuuuuuuuut* y se estiraban. Y luego volverían a casa y seguirían jugando y se pondrían a estudiar y eso era todo lo que tenían que hacer. Eso era muy triste, porque si sólo jugabas y estudiabas, ¿cuándo te hacías mayor? ¿Cuándo aprendías a poner la bombona y sacar la ropa del tendedero y disparar y cuidar del otro? Me dieron mucha lástima. Todos esos niños a los que nunca iba a conocer. Me daba mucha lástima que nunca tuvieran que preocuparse de nada.

* * *

Salimos fuera de casa y subimos por la escalera hacia el tejado. Los árboles temblaban y el verde oscuro de las hojas se movía de arriba abajo y parecía que las ramas se fueran a romper.

Y luego todo fue muy fácil y muy raro. Nunca lo habíamos hecho, pero era como si lo hubiéramos hecho muchas veces. Sabíamos cómo se hacía porque Antonio no los había explicado. Uno apunta al norte, el otro al sur. El cañón se apoya sobre la repisa del tejado; la culata tocando el hombro. Las manos limpias de sudor. Una rodilla contra el suelo y la otra contra la repisa. Cierras un ojo. El dedo siempre en el gatillo. Respiras despacio y aguantas el aire justo antes de disparar. El viento sonaba tan fuerte que me pi-

taban las orejas y los pelos del brazo se me ponían de punta. Y las ramas de los árboles que estaban más lejos se movían y ya sabías que no era el viento lo que las movía. Clara tenía que gritar para que la oyera.

Adán.

Qué, grité. Por todas partes veía sombras que se movían y caían encima de nosotros, pero eran trucos. No podías caer en los trucos. Qué, volví a gritar.

Prométeme que seguiremos creciendo juntos.

Vale.

Cuando abrías la boca, el viento entraba por ella y te arañaba los dientes y creías que se te iban a caer. Pero la cerrabas, apretabas los labios y empujabas el cuerpo hacia adelante.

Y que me darás un hijo y que lo cuidaremos juntos. Y que nunca lo dejaremos solo.

Vale.

Oías ramas que se rompían y ese grurrrr grurrrr que hacían con el estómago cuando ya estaban a punto de llegar.

Cuando estemos listos, gritó.

Cuando estemos listos, repetí. Ella siempre estaba más tranquila que yo. Entonces me di cuenta de que tenía otra vez las manos llenas de sudor, pero no podía limpiármelas. Porque ya casi estaban aquí. Lo último que pensé antes de disparar fue que me gustaría poder darme la vuelta, para mirar a Clara a los ojos y sonreír juntos, y entonces ella habría visto que yo ya no lloraba, y que ahora yo también estaba tan tranquilo como ella, y que ya no tendríamos que esperar más. Porque estábamos listos. Por fin estábamos listos.

FIN





Eddan y Kiri

Una serie de aventuras de Isabel Cisneros

«Eddan y Kiri» es una serie mensual de relatos ambientados en las aldeas de la Europa medieval dónde esta pareja de pillos corre sus peculiares aventuras.

La bruja

El muchacho no tendría más de diez años. Se encontraba en el interior del bosque, sonriente, con los ojos cerrados en una mueca placentera. El sol calentaba su rostro mientras escuchaba, relajado, el riachuelo que se estaba formando delante de él. O, mejor dicho, bajo él. Pues los viajes son largos y las necesidades imperiosas cuando se vacían los odres de agua.

El otoño estaba siendo gentil, cubría la tierra con su manto de hojas cobrizas, mecidas por una suave brisa que las hacía revolotear como pajarillos silvestres. El alegre trinar de las pequeñas aves, las reales, sobre las copas de los robles ponía la nota musical al hermoso paisaje. Sin embargo, por alguna razón el canturreo de los pajarillos alertó al chico. Sin hacer ningún movimiento brusco, abrió sus ojos azules tras la maraña de mechones castaños, y los dirigió hacia las ramas que se alzaban sobre su cabeza. Aguzó la vista y las recorrió con precisión. Si escuchaba pájaros por allí estarían, y si por allí estaban... ¡Premio! A media altura, a pocos árboles de él, reposaba un nido solitario.

Es sabido que si algo hay que les guste a los chavales de campo son los nidos y las piedras; y él era muy de campo. Buscó a su alrededor una que pareciera adecuada y tanteó su peso, palmeándola en el aire. Fijó sus ojos en el objetivo y sonrió furtivo. «Quizá haya suerte y consiga algún huevo», pensó. Ladeó la cabeza, apuntó, inspiró y lanzó. Un seco golpe contra la rama, y el nido se desprendió para caer sobre las hojas del suelo.

—¡Toma ya!

Victorioso, corrió a por su botín. Pero cuando llegó al lugar, ahí no había nada. Removió las hierbas. El nido estaba vacío. ¡Ningún huevo! Murmuró, defraudado, alguna que otra palabra malsonante y sus quejas subieron de tono cuando, por sorpresa, una piedra impactó en su espalda.

—Pero qué... —levantó la vista—. ¡Malditos! ¡Me las pagaréis!

Agitó el puño hacia los pájaros, amenazante. Mas, cuando miraba hacia las ramas, una nueva piedra surcó los aires para impactarle esta vez en la cabeza. *Plonc.*

—¡Eh! —Se dio media vuelta, las piedras no venían de los árboles. Por sorprendente que le pareciera no habían sido los pájaros.

—¡Oye! —escuchó gritar a una voz de niña—. ¡Ven!

El muchacho se volvió en dirección a la voz, completamente enfadado, y descubrió una verja de hierro negro que atravesaba el robledal a cierta distancia, a «un tiro de piedra», sirva la chanza. Pues bien, tras los barrotes, una silueta rubia y pequeña le hacía gestos con la mano. ¿Aquella niña tan bajita le había acertado en la cabeza desde tanta distancia? Aquella proeza alimentó su curiosidad, y hacia allí fue.

—¿Quién eres? —preguntó, olvidando como sólo un niño puede olvidarse de las ansias de

venganza.

—¿Es que estás sordo? —recriminó la chica clavando sus ojos ambarinos en él—. Llevo llamándote un buen rato.

—¿Para qué? ¿Qué quieres?

—¿Quieres ver a una bruja? —preguntó ella. Una sonrisa traviesa se dibujaba en su cara infantil y pecosa.

—Ya la estoy viendo —contestó el muchacho llevándose la mano a la cabeza. Seguramente le saldría un buen chichón.

—No, tonto, a una de verdad. Vieja y fea —indicó ella, mientras subía y bajaba las cejas con intriga.

—Tengo prisa —respondió el chico, tras pensar en ello durante unos segundos. Las brujas eran interesantes, pero también peligrosas. No quería acabar convertido en rana, o algo peor—. Mi padre me espera.

—¿Es que tienes miedo?

—Yo no le tengo miedo a nada —aseguró y recurrió a su excusa predilecta—: Mi padre dice que cada cual debe recorrer su camino en la vida sin desviarse de él, por muchas tentaciones que haya en sus lindes.

—Vaya, ¿tu padre es un caballero? —preguntó la chica con sorpresa.

—No, es arriero. De hecho me espera en el carro —el muchacho señaló con el pulgar a su espalda—. Sólo he bajado a estirar las piernas.

—Ya, claro, y a hacer pis. Que te he visto.

—¡Eh! no deberías mirar a la gente hacer eso.

La chiquilla rompió a reír.

—Te digo que tienes miedo, admítelo.

—Y yo te digo que no le temo a nada —respondió él, acercándose más a la verja—. ¿Cómo has entrado?

—La he saltado. ¿Vienes o qué?

Al detectar cierto temblor en la voz de la chiquilla, el muchacho sonrió.

—A ver si resulta que la que tiene miedo eres tú.

—¡Pues claro que tengo miedo! —admitió la muchacha con sorprendente sinceridad—. Es una bruja, no quiero acercarme más yo sola.

—Está bien, espera.

Con la agilidad de un mono, el chico se encaramó a la verja y saltó al otro lado. Es curioso el modo en que, pese a ser el mismo bosque, todo parece cambiar cuando uno salta una valla que no debe. El otoño de repente parecía menos amable, las ramas más huesudas y los cielos más oscuros. El silencio había acallado los trinos e incluso el sonido de las hojas. En la distancia, hacia el interior del extenso jardín, unos oscuros muros de piedra sugerían la silueta de la casa más grande que había visto en su vida.

—Venga... vamos —insistió ella, y él asintió. Ahora no podía dar un solo paso hacia atrás.

Se acercaron con cautela, entre los árboles, y cuando estuvieron más cerca de lo prudente se escondieron tras unos arbustos. Encarada hacia ellos, una ventana oscura parecía observarles, o advertirles.

—¿Conoces a la bruja? —preguntó el chico en voz baja, casi en susurros.

—¿Por quién me tomas? —ladeó ella la cabeza—. Desde luego que no.

—¿Y la has visto alguna vez?

—Alguna.

—Seguro que guarda cosas muy interesantes ahí dentro —pensó el chico en voz alta.

—Sí... bueno... pero seguro que si nos pilla nos come —afirmó la niña mirándole—. Quizá sería mejor marcharnos. Además, te espera tu padre.

—Sí, hombre —rió el muchacho—, ahora que estoy aquí no pienso marcharme sin ver a esa bruja. Y a sus tesoros.

La chica resopló, observando la ventana. Algo en el interior de los dos muchachos les gritaba que se marchasen de allí, pero quien no escucha las advertencias de los demás menos aún presta oídos a las propias. El chico sonrió y se acercó con cautela hasta el muro de piedra, dio un pequeño saltito, se encaramó a la losa que hacía las veces de alféizar y empujó lentamente la hoja de

madera. Estaba cerrada. Sacó entonces unas ganchos de sus bolsillos y comenzó a hurgar en la cerradura.

—¿Eres un ladrón?

—No soy ningún ladrón. Soy un superviviente —respondió sin apartar la vista de su trabajo— Es importante saber abrir las cerraduras para ser libre. Y yo soy libre.

—Pero eso será abrir puertas para marcharte, no para colarte dentro de las casas.

—Oye —replicó el muchacho, indignado—, tú eres la que me ha incitado a esto, deja de decir chorradas. —La cerradura cedió— Venga, vamos. Ven. Ha habido suerte.

—Sí... mucha —suspiró ella desde el matorral—. Oye, solo quería verla, no entrar en su guarida.

—No seas miedica.

—No lo soy.

Caminó despacio hacia él. Y él, tras cerciorarse de que no había nadie en el interior, tendió su mano para ayudarla a subir.

La habitación estaba completamente a oscuras y olía raro, a edad y misterios. La tarde estaba avanzada, poca luz se colaba desde el exterior. La silueta de unos muebles rancios se dibujaba ante ellos esparcidos en la pequeña sala. El muchacho le hizo un gesto a la niña para que guardase silencio y se acercó a tientas hasta la pared contraria donde, supuso, habría alguna puerta. Ella no dudó en darle la mano para caminar con él, por nada del mundo se quedaría sola en la oscuridad de aquel lugar.

—¿Vas a pasar más adentro? —susurró asustadiza.

—No... —respondió—, sólo quiero ver dónde está la puerta. Para saber por dónde pueden sorprendernos.

Tras localizarla y ver que estaba cerrada, aunque no con llave, el muchacho comenzó a investigar el interior de los muebles. Un fraude: sólo encontró libros y papeles que distaban de ser "tesoros" a sus ojos.

—Aquí no hay nada —susurró la muchacha.

Iba a proponer la retirada pero el chico levantó la palma de la mano.

—¿Has oído eso? —dijo.

—¿El qué?

—Pasos. Vienen de arriba —aseguró el chaval caminando de nuevo hacia la puerta.

—¿Dónde vas?

—Pues a ver a la bruja. Para eso me has llamado ¿no?

—Bueno, sí, supongo.

—¿Es que ya no quieres verla?

La muchacha aguardó pensativa.

—Yo solo quería tirarte una piedra.

Iba a enfadarse, pero sintió lástima. Si él era bajito, ella apenas le llegaba a los hombros. Debía contar su edad, quizá un año menos. Sus ropas eran sencillas, como las de él, y por su aspecto descuidado se notaba que no era una chica afortunada de familia con recursos. Allí, en la oscuridad de aquel lugar desconocido, pensó que quizá se encontraba sola. Se rascó la ceja.

—Bueno, espera —suspiró—. Echo un último vistazo y nos vamos ¿vale?

—Vale —la chica sonrió, y el asintió dándole la mano.

De nuevo los ruidos. Y esta vez sí que los escucharon los dos: pasos suaves, el roce de telas... ¡Alguien estaba al otro lado de la puerta! Sobresaltados, se escondieron bajo uno de los muebles, que parecía ser un viejo escritorio. Vieron cómo la luz trémula de un candelabro se deslizaba por debajo de las maderas. El sonido del pomo paralizó su respiración, y el lamento de las roídas bisagras hizo que les costara reprimir un grito. Los dos muchachos cerraron los ojos, asustados. Escucharon pasos acercarse y detenerse. Luego, una serie de ruidos: abrir algunos cajones, cerrar algún tipo de puerta, el peso de una pesada llave girando y el crujir de las tabloneras del suelo al alejarse nuevamente. El chico abrió los ojos y entonces la vio: estaba de espaldas, ligeramente encorvada. Vestía unos largos ropajes negros e iba encapuchada. En una mano sujetaba la luminaria, y en la otra un viejo volumen de, seguro, oscuros conjuros y diabluras.

El muchacho estaba paralizado. No pudo parpadear siquiera hasta que la bruja salió de la habitación y cerró la puerta a su espalda.

—Se ha marchado —le dijo a la niña, que estaba acurrucada contra él.

—Por favor —respondió abriendo sus grandes ojos temblorosos—, vámonos.

El muchacho asintió y salió de debajo del escritorio. La habitación ahora estaba completamente a oscuras y pronto supo el por qué: la bruja había cerrado con llave la ventana.

—No te preocupes —dijo—. Saldremos por otra.

Se acercaron una vez más hacia la puerta y suspiraron con alivio al constatar que se podía abrir. El chico la empujó lo mínimo para echar un vistazo y un oscuro pasillo apareció ante él. Algunas puertas se intuían a ambos lados y había unas escaleras al fondo. La bruja había venido de arriba y querían pensar que había regresado a las estancias superiores.

—Por aquí —dijo él, y ella le siguió.

Paso a paso, despacio y temerosos, se adentraron en el pasillo con la vista puesta en la puerta más próxima. Cuando llegaron a ella, la empujaron pero no se movió lo más mínimo. Cerrada. Un nuevo suspiro, un nuevo temblor. Una nueva sonrisa de ánimos, aunque leve.

Siguieron hasta la segunda puerta, también estaba cerrada. El chico se rascó la ceja, preocupado, y miró a las escaleras.

—No es una buena idea —dijo la muchacha.

—Podemos ir sin que nos vea —afirmó él, con cierta seguridad.

—No es eso, tonto —dijo nerviosa—. Arriba las ventanas están más altas.

—Vale, intentaré volver a abrir la ventana.

Volvieron a la habitación y el chico se subió a una silla para llegar a la cerradura. Comenzó a forzarla una vez más. Como temía, el ruido se extendió por el silencioso pasillo.

De nuevo los pasos en el techo.

—Venga, rápido —apremió ella.

Pasos en la escalera.

—¡Vuelve hacia aquí! ¡Date prisa!

—No grites.

Pasos en el pasillo.

—No nos dará tiempo —se alarmó la muchacha—. ¡Escondámonos!

Pero él, de nuevo, hizo oídos sordos a las advertencias, seguro de poder conseguirlo. Y justo cuando la cerradura volvió a emitir un chasquido, la puerta se abrió y la luz de varios candelabros inundó la habitación. ¡La bruja no estaba sola!

El jovencito abrió las hojas de la ventana de un empujón, subió a la muchacha hasta él con la agilidad que infunde el miedo y saltó con ella al exterior, sin mirar atrás. Ambos corrieron por el jardín, ya era de noche, y cuando llegaron a la valla ayudó a la niña a saltarla, pues ella sola no podía llegar. Espera ¿No podía?

Una vez que se aseguró de que ella estaba al otro lado miró a su espalda. Cinco mujeres vestidas completamente de negro corrían hacia ellos. Saltó con presteza y, una vez a salvo, miró a la niña.

—¿No decías que habías entrado saltando? —preguntó con sospecha.

—¡Calla y corre! —instó ella al ver que las monjas venían a la zaga.

—¡Kirisse! —gritaban las mujeres—. ¡Vuelve aquí! ¡No es seguro que salgas fuera!

El chico parpadeó anonadado. La chica ya corría hacia el bosque. Salió corriendo tras ella hasta que la alcanzó.

—¡No eran brujas! —gritó consternado mientras escapaba a su lado.

—¡No! —Respondió ella, agitada por la carrera.

—¡Y no te habías colado dentro!

—¡No! —dijo sonriéndole.

—¿Me has engañado? ¡Me has utilizado para escapar!

—¡Soy una superviviente! ¡Es importante saber abrir las cerraduras para ser libre! Y yo soy libre.

—La madre que me...

Los dos muchachos corrieron hasta que se cansaron y, pese a que la aldea no quedaba demasiado lejos de allí, anduvieron hasta las piedras que dominaban el valle. Los padres de aquel pillastre estaban acostumbrados a sus desapariciones, pero él sabía a buen seguro que pasar la noche fuera de casa le costaría más de un disgusto. Y qué decir de ella, era huérfana y se había fugado

del convento donde estaba acogida. Ambos desoyeron las malditas voces de la conciencia y se quedaron hablando y riendo toda la noche, sentados bajo las estrellas. Y se hicieron tan amigos que no se les ocurrió preguntarse los nombres hasta pasados los días, pero Kiri se llamaba ella, y Eddan se llamaba él.

FIN

¿Qué es la revista Valinor?

De manera complementaria a nuestra labor editorial, la **revista Valinor**

da la oportunidad a autores noveles de hacerse conocer por el gran público.

En ella, además de **relatos** de fantasía, terror y ciencia ficción hay espacio para la ilustración, la fotografía, el cine, la música, noticias, artículos, etc.

Si quieres publicar un relato en la Revista Valinor o colaborar de cualquier otra manera (publicidad, entrevistas, eventos o darte a conocer) puedes enviarnos un correo electrónico a la siguiente dirección **revista@editorialvalinor.com** y nos pondremos en contacto contigo.



Christall

Una serie de terror y aventuras de **Géraldine de Janelle**

«Christall» es una serie mensual de relatos ambientados en la llegada y exploración del Nuevo Mundo. Un lugar desconocido y misterioso para la mentalidad de los personajes de esta narración, que nos transporta a épocas antiguas a través episodios históricos mezclados con oscura fantasía.

La niebla

¡Velas a estribor! —gritó el pirata pegado al catalejo—. ¡Son tres mástiles! ¡Un galeón español!

—¡Hurra! —clamaron todos en cubierta.

La puerta del camarote del capitán se abrió con estrépito y el obispo emergió de sus profundidades para correr hacia el puente de mando. Tras abalanzarse sobre la borda, sonrió triunfante viendo que eran ciertas las proclamas.

—¡Hermanos, la suerte nos sonríe! ¡Son ellos!

El entusiasmo atronó, los piratas alzaron las cimitarras melladas al cielo sedientos de sangre y de oro. Don Álvaro se encontraba entre aquella chusma, haciéndose pasar por uno de ellos mientras se convencía continuamente de que no lo era. *El Obispo*, capitán del barco, caminó hasta las escaleras saboreando su momento. Se detuvo sobre ellas, por encima de todos, y los hombres le aclamaron.

—Al fin nos llega la recompensa a tantas semanas de sol abrasador y mar infinito. Allí, frente a vuestras narices... ¡La presa ha salido de su madriguera!

—¡Al abordaje! —retumbó el grito de batalla.

Pero un gesto de mano del capitán frenó la efusividad.

—¡Hermanos! Confiasteis en mí cuando os dije que les alcanzaríamos, y veis que lo hemos logrado. Confiad también en mí ahora cuando os digo que no es el momento de atacar.

Se extendieron los murmullos.

—¡Ahora es el momento, capitán! ¿Cuándo si no? —resaltó una voz lijada por el aguardiente.

—Aún nos tienen que llevar hasta el mayor tesoro que jamás hayáis podido imaginar. Debemos esperar agazapados, como lobos, y cuando nos muestren el lugar... ¡Les aplastaremos y seremos inmortales! —Golpeó la palma de su mano con el puño y volvieron los gritos de júbilo.

Pero aún faltaban voces discrepantes a las que convencer, aunque estas no se alzaban ya tanto como antes.

—Cuando lleguen a tierra tendrán refuerzos —murmuró un sucio pirata junto a don Álvaro, mientras *El Obispo* descendía para adentrarse de nuevo en su camarote entre vítores—. Deberíamos abordar ese galeón ahora o lo perderemos para siempre.

El escriba le miró, asintiendo levemente. Lo último que quería era parecer en desacuerdo.

—Mira —insistió el pirata mostrándole un anillo de oro macizo que oprimía grotescamente el dedo índice de su manaza—. Fue mi botín del último abordaje. Un triunfo sencillo y rápido, en alta mar—. Dirigió sus ojos de nuevo al galeón distante, llenos de avaricia y sadismo.

Don Álvaro no opinaba, le repugnaba todo aquello. Por su tamaño, pensó, el anillo debía haber pertenecido a una mujer.

* * *

Mientras tanto, en el interior del camarote, *El Obispo* se servía una copa mientras apuntaba la nueva información y coordenadas en el cuaderno de bitácora. Habían viajado demasiadas semanas tras la pista de aquel navío, y ahora, por fin, un golpe de suerte lo había puesto a su alcance. Debía mantener la calma, sabía que atacar a un galeón español no era igual que asaltar la goleta de unos incautos aristócratas, y que su potencia de fuego y número de soldadesca les superaba con creces. No, no quería desperdiciar la ocasión. Había perseguido al tal Ponce de León desde que supo lo que se traía entre manos. ¡La fuente de la eterna juventud, nada menos!

El capitán realmente creía en su existencia. Perseguiría a aquel soldado español hasta que le llevase a tan fabuloso lugar. Era un asesino, pero no un mentiroso, y había prometido a sus hombres la victoria contra la propia muerte; cumpliría su palabra aunque esta le obligara a no atacar. Por ahora.

Colmado de optimismo regresó a cubierta y subió al puente de mando. Los truhanes estaban agitados y expectantes. Él mantuvo la calma inspirando confianza en sus hombres.

—¡Capitán! —llamó uno de los bucaneros—. ¡Un banco de niebla al oeste!

El hombre se encaró al sol de poniente y alzó su vista agradecido a los cielos al ver las brumas velando las aguas a no demasiada distancia de ellos.

—Loada sea la Providencia que nos señala el camino oculto a ojos del enemigo. ¡Rápido! —Corrió hacia el timón—. Quizá aún no nos hayan visto. ¡A la niebla!

Esta vez los gritos de júbilo no estallaron, ni siquiera aparecieron. «Mal augurio», murmuraban los indios que había entre los tripulantes. Pero la voluntad del *Obispo* era orden y ley incuestionable, y el barco viró para encararse al horizonte blanquecino.

* * *

Al sumergirse en la niebla la temperatura cayó con rapidez. Si no fuera imposible siquiera pensarlo, dirían que se habían adentrado en el propio invierno. Las brumas parecían copos helados de nieve revoloteando a su alrededor, un viento susurrante agitaba sus ropas, barbas y greñas desaliñadas. El navío avanzaba en el más absoluto de los silencios sobre el rítmico golpe del mar contra su casco, que parecía susurrante y lejano. Cumplieron sus obligaciones sin levantar la vista del suelo en exceso. Nadie se atrevía a hablar. Sólo el capitán se mantenía en el puesto de mando, dirigiendo al *Incursor* rumbo a lo desconocido.

En la bodega, la tripulación dormía por turnos. Don Álvaro se encontraba allí, echado sobre una incómoda hamaca de sogas húmedas. Apenas había nadie a su alrededor, la oscuridad se extendía dentro de la niebla como si hubiera devorado el sol.

Sentía que la muchacha estaba cerca de él aunque no podía verla. Desde que subieron a bordo de aquel barco había permanecido oculta a ojos de sus asesinos, y también a los de él, como un fantasma; pero era capaz de percibir su presencia. Cada noche rezaba en silencio hasta dormirse. Y dormido estaba cuando comenzó a sentir que la hoja de su espada se enfriaba hasta tal punto que tuvo que apartarla de su pierna con cierto sobresalto. El escriba se incorporó alarmado y miró a su alrededor. Todos dormían. Algo no marchaba bien y la espada profanada se lo estaba advirtiendo.

Caminó despacio hacia las escaleras y empujó la puerta para asomarse al exterior. Un viento helado golpeó su rostro y la ventisca hizo palidecer sus ropas casi al instante. Arrebujado en su capa de viaje salió y dirigió la vista hacia el puente de mando, nadie había allí. Tampoco en el resto de la cubierta, abandonada y sin más movimiento que el crujir de las velas empujadas por el viento. Caminó, espada en mano, hacia la proa, y desde allí observó un desconcertante mar envuelto en una suerte de velo fantasmagórico que surcaban rumbo a la nada.

El silencio le embargó. Parecía arrastrarle a través de un vórtice desconocido, vibrante y etéreo. El viento comenzó a susurrarle al oído frases que no entendía. Murmullos que le rodeaban con una velocidad lenta y endiablada a la par. Don Álvaro

dio un paso atrás, consciente del peligro de aquella anomalía. La niebla, a sus ojos, comenzó a mostrar decenas de rostros blancos que le observaban de forma fría y distante. «No es un banco de niebla —le dijo la voz de la muchacha—, es un banco de espectros».

—¿Dónde estás? —preguntó mirando alrededor.

«Entre ellos. Pueden hablarme... dicen que salgas de aquí. Por favor, hazlo».

Don Álvaro no tuvo interés en preguntar nada más. Retrocedió despacio hasta la puerta y la cerró una vez estuvo dentro.

«Quieren recuperar lo que les pertenece —le susurró la muchacha— y no nos dejarán marchar hasta que lo hagan».

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó don Álvaro.

«Justicia».

El escriba observó a los piratas. Dormían ajenos al mundo, serios, sin la más mínima expresión. Descendió los escalones y caminó entre ellos.

«Me dicen que les devuelvas lo que les arrebataron».

—Yo no les robé nada, bien lo sabes.

«Lo quieren de manos de quien lo robó».

—Guíame entonces hasta él.

El español anduvo con cuidado entre la tripulación, silencioso como un felino, sintiendo el más absoluto de los desprecios por aquellos patanes.

«Quieto —dijo la voz de la chica—. Ese es. Quieren su colgante, y dicen que si no se lo entregamos jamás podremos marcharnos».

Don Álvaro asintió y se arrodillo junto al pirata señalado. Era el tipo que le habló en cubierta, el que le mostró aquel anillo de oro.

—Despierta —le dijo. El hombre abrió los ojos, somnoliento—. Acompáñame.

—Vete al infierno —le espetó y cerró de nuevo los ojos, pero la punta de la espada del escriba sobre su garganta le hizo cambiar de opinión—. ¿Qué... qué eres? ¿Un traidor?

—Acompáñame —repitió en voz baja e imperativa. El pirata asumió que sólo podía asentir.

Ambos caminaron hacia la puerta, y una vez allí, don Álvaro le observó con gravedad.

—Tienes que salir ahí fuera y devolver lo que robaste.

—¿Qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loco?

El escriba abrió la puerta y, con sólo contemplar el exterior, el pirata supo que aquel español no bromeaba. Palideció al momento, las nieblas le miraban fijamente y penetraban en su cabeza como una violenta tempestad blanca que le atormentaba con susurros. Cayó de rodillas, sin poder asimilarlo, completamente aterrado.

—Devuélveles el colgante y todo terminará —dijo don Álvaro.

—¿Qué colgante? Yo no me llevé ningún colgante —respondió, tembloroso, desde el suelo—. Solo conseguí este anillo.

«Es él —aseguró la chica—. dile que salga a entregarlo».

—Sal ahí fuera y devuélvelo.

—Te repito que no tengo ningún colgante.

Don Álvaro posó de nuevo su espada sobre el miserable y este tragó saliva con dificultad.

—No pienso salir ahí fuera. La tempestad me arrojará al mar.

«Que se ate aquella cuerda».

—Amárrate esta soga a la cintura. Yo la fijaré.

El hombre frunció el ceño, desconfiado.

—No tienes alternativa —le amenazó el escriba.

—Pero... yo no tengo...

—Andando.

El pirata anudó la cuerda a su cuerpo y dio dos pasos aterrados que le llevaron al exterior. Volvió la vista hacia el español con desolación y comenzó a andar atemorizado hacia la proa. Las nieblas pronto le envolvieron. La puerta se cerró de golpe.

* * *

Desde el interior de las bodegas se sintió el tenso silencio en el exterior, los pasos, el sonido de

un objeto cayendo al mar, los gritos de dolor y un sonoro chasquido. Un fuerte viento azotó las escotillas, y de nuevo llegó la calma.

Don Álvaro se atrevió a abrir la puerta. Las nieblas se estaban disipando. Miró una vez más al interior de la bodega. Todos dormían. Pero cuando volvió a encarar la cubierta se sobresaltó al toparse con la extraña muchacha. En pie, a su lado, le miraba impasible.

—¿Se han marchado? —preguntó el hombre y ella asintió.

El escriba caminó hacia la proa. En verdad brillaba de nuevo el sol y las brumas se deshacían. Todo estaba volviendo a la normalidad, el oleaje mecía la nave, el crujir de los listones, la tensión de las cuerdas, las voces despertándose en la bodega.

Mas algo había, sin embargo, que no había estado allí la noche anterior. Algo que intuyó el escriba y que le hizo asomarse al mascarón de proa. Y entonces lo vio.

Dando bandazos contra el casco, el pirata se mecía en la soga. Sus ojos muertos aún reflejaban el castigo. Él había asesinado a la joven mujer del aristócrata. Él había tirado su cuerpo al mar y se había llevado el anillo de sus nupcias. Él había devuelto aquella afrenta a las aguas bajo las cuales reposaban los cuerpos de los ahogados.

Había asegurado no haber saqueado ningún colgante, y el pirata murió sin saber a qué colgante se referían; pero don Álvaro en esos momentos lo supo: el «colgante» que reclamaban era él, y allí colgaba para satisfacción de los espectros que se marchaban como un banco de niebla sobre el mar.

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir a Géraldine de Janelle en su [página](#).



Otto

Boebaert

¿Conocéis a Otto? Es un pequeño perro, ajeno al amanecer zombi, que descubre que su amo se encuentra "un poco raro". Contamos con sus extrañas tiras cómicas con nosotros cada mes. ¡No os lo perdáis!



POEMARIO

El camino a casa, crepúsculo

Paisaje de la discordia
iluminado por la llama
de un sol temeroso casi extinguido.

Tras las nevadas rocas
un tenso ambiente se describe con el frío,
pero aún así las flores no han muerto.

Las filas están intactas
buscan el honor.
Brillan los cascos, escudos, lanzas y hachas.
Hombres de pie, fieros guerreros,

¡Alcen, y que brillen una vez más!

Guerreros, hermanos
¡Alcen sus espadas!
Pronto estaremos en casa.

No teman a la muerte
pronto estaremos en casa.
¡Observen!
Huelan su miedo
ellos nos temen, escapan,
a nadie perdonen.

La hora nos ha llegado
a la diosa del carro dorado
el lobo la cazó.
La oscuridad ha caído en nuestras espaldas
pintemos el campo,
de brutalidad, la gloria es su color.

Frenéticos alaridos se oyen
y el miedo se encarna en sus carnes
en sus ojos supura el temor
a la muerte no temen.

¡Peleen!...

La brisa de la noche acaricia
los cuerpos sin vida
y a quienes mueren empuñando la espada.

¡No duden del honor
hombres de gloria!

Los cascos se sacuden
el sol logra escapar
los dientes de la muerte
no fueron tanto para ella
ha vuelto a brillar una vez más.

Se alimenta el amanecer, se sacia,
purga sus almas para que el acero
cargue el peso de nuestra destrucción.

¡Hermanos del norte
por nuestro pueblo,
peleamos hoy!
Ha llegado la hora de volver a casa.
¡Odín! espéranos paciente
el arcoíris saliendo está.

¡No teman a la muerte hombres
pronto estaremos en Valhala!

Un poema de Jeremías Vergara.

Si te ha gustado puedes seguir sus obras en su [página web](#)



CUC DE PI
1901



Violeta
Moreno
Triviño

Corrección profesional

Resultados profesionales



www.correccionprofesional.com

¿Quieres
anunciarte
en nuestra revista?

Al ser una publicación

GRATUITA,

la **Revista Valinor**

**LLEGA A MUCHOS LECTORES
Y PASA POR MUCHAS MANOS.**

No lo dudes,
si quieres que te vean, contacta
con nosotros y pregúntanos.

revista@editorialvalinor.com

TERRA

QUEBRADA

WWW.UNDERCINE.COM

UNDERCINE

CINE DE TERROR. CINE FANTÁSTICO Y MUCHO MÁS



EDITORIAL VALINOR
www.editorialvalinor.com

